

MÉXICO 2010

Bicentenario Independencia
Centenario Revolución

Gobierno
Federal

SEP



ADMINISTRACIÓN FEDERAL DE SERVICIOS EDUCATIVOS EN EL DISTRITO FEDERAL

DIRECCIÓN GENERAL DE OPERACIÓN DE SERVICIOS EDUCATIVOS

COORDINACIÓN SECTORIAL DE EDUCACIÓN PRIMARIA

Leemos mejor día a día

ANTOLOGÍA

Primer grado



Vivir Mejor

La antología de lecturas *Leemos mejor día a día. Primer grado*, fue elaborada en la Coordinación Sectorial de Educación Primaria.

Luis Ignacio Sánchez Gómez
Administrador Federal de Servicios Educativos en el DF

Antonio Ávila Díaz
Director General de Operación de Servicios Educativos

Germán Cervantes Ayala
Coordinación Sectorial de Educación Primaria

Coordinación del proyecto:

Felipe Garrido
Academia Mexicana de la Lengua
Laura Nakamura Aburto

Selección de textos:

Dolores Díaz Loera
Irene Vargas León
Elsy del Ángel Gómez Villamil
María de los Ángeles García M.
Claudia Regina Gómez Rodríguez
Laura Nakamura Aburto
María del Refugio Camacho Orozco

Colaboración:

Sofía Valdez Martínez
América Martínez Frausto
María del Rocío Rodríguez Zamora

La mayoría de los textos reunidos en esta antología proceden de los libros que se hallan en las bibliotecas escolares y de aula. La lectura que se hace al inicio de cada jornada escolar es una invitación para que los alumnos –y los maestros– busquen el libro y lo lean completo.



<http://ayudaparaelmaestro.blogspot.com/>

PRESENTACIÓN

“Leer de a de veras es una tarea que ocupa toda la vida; siempre es posible ser un **mejor lector.**”

Felipe Garrido

La lectura es el instrumento esencial para la mayor parte de los aprendizajes que ofrecen la escuela y la vida. La lectura es la entrada a la cultura escrita, y sobre la cultura escrita se ha levantado nuestro mundo. Leyendo podemos aprender cualquier disciplina y abrirnos múltiples oportunidades de desarrollo, lo mismo personal que comunitario. Una población lectora es una población con mayores recursos para organizarse y ser productiva.

La aspiración es que la escuela forme lectores que lean por voluntad propia; personas que descubran que la lectura es una parte importante de su vida y que, a través de la lectura, desarrollen el pensamiento abstracto, la actitud crítica y la capacidad de imaginar lo que no existe –tan útil en la política, el comercio y los negocios como en la medicina, las comunicaciones y la poesía. Personas capacitadas para ser mejores estudiantes, pues sabemos que, en general, el fracaso o el éxito escolares tienen una relación directa con las capacidades lectoras de cada alumno.

Por todo lo anterior, la Administración Federal de Servicios Educativos en el Distrito Federal ha puesto en marcha el programa “Leemos mejor día a día”. El propósito de este programa es impulsar el desarrollo de las competencias comunicativas de los alumnos, de manera enfática en la lectura y la escritura. Para ello se proponen seis acciones:

1. Lectura de los maestros ante el grupo como la primera actividad del día. En voz alta, que sirva de modelo, que muestre al grupo cómo se lee, cómo se da sentido y significado a un texto.
2. Veinte minutos de lectura individual o coral tres días a la semana.

3. Veinte minutos de escritura libre dos días a la semana.
4. Publicación en cada salón, escuela y zona escolar de los avances mensuales en velocidad de lectura. Comunicación bimestral a padres de familia en los días de firma de boleta.
5. Veinte minutos de lectura en voz alta en casa. Los padres de familia “certifican” con su firma que sus hijos leyeron día a día 20 minutos en casa.
6. Consejos técnicos centrados en la mejora de la competencia lectora.

La primera acción es la lectura de los maestros ante el grupo como actividad con la que se inicia el día. Se propone que el maestro inicie la jornada escolar con una breve lectura. Es sabido que una de las más eficaces y sencillas maneras de acercar a los niños – y a los adultos– a la lectura es leyéndoles en voz alta, compartiendo con ellos toda clase de textos, lo mismo literatura que divulgación científica, historia, tradición; la lectura en voz alta, además, es el mejor modelo para que el alumno vaya descubriendo cómo se lee, cómo se le da sentido y significado a un texto.

Para que esta lectura diaria cumpla con su propósito debe ser variada; de temas, tonos, atmósferas y climas diferentes; provocar risa un día, y al siguiente nostalgia, o curiosidad, o reflexión, o asombro, de manera que despierte en los niños el deseo de seguir leyendo y la convicción de que en los libros puede encontrarse la sorprendente variedad del universo y la vida.

Con la publicación de esta antología se pretende que el maestro cuente con un texto para leer a sus alumnos cada día del ciclo escolar. Los textos reunidos se caracterizan por su variedad de temas y géneros, así como por su atención a los valores – la educación no se constriñe a la información que reciban los alumnos; requiere trabajar en la formación de su carácter y sus actitudes.

La mayoría de los textos seleccionados proceden de los libros que se hallan en las bibliotecas escolares y de aula. La intención es que sea más fácil que los alumnos –y los maestros– respondan a la invitación a la lectura que es cada uno de los textos que día tras día lea el maestro. Los fragmentos que se leen al comenzar el día deben propiciar que los

alumnos –y los maestros– busquen el libro, lo lean completo y luego... pasen a otro... o vuelvan a leer el primero.

La extensión de los textos está calculada para que su lectura, más los comentarios del maestro para iniciar y para concluir la actividad, no lleven más de tres o cuatro minutos, y que la lectura que se haga sea eso: una manera amable, interesante, intrigante, conmovedora de comenzar el día; una lectura en voz alta que abra la jornada escolar.

Algunos de los textos llevan, *en cursivas*, comentarios o informaciones para abrir y cerrar la lectura. La intención es que sirvan de modelo a los maestros, no que sean seguidos al pie de la letra. Lo importante es recordar que conviene decir unas cuantas palabras antes de comenzar a leer: para preparar el ambiente, decir lo que significa alguna palabra rara, informar dónde se encuentra una ciudad o quién es un personaje, o cualquier otra cosa que permita a los alumnos entender bien el texto –no entender lo que se lee es la razón más frecuente para aborrecerlo; la comprensión es la meta más importante de la lectura.

Igualmente, hace falta, al terminar la lectura, plantear alguna cuestión que guíe la curiosidad o la capacidad de reflexión de los alumnos, que les permita vincular lo que han escuchado con lo que viven dentro y fuera de la escuela.

La mayor parte de los textos han sido retocados: para aclimatar el léxico y la sintaxis a los usos del español de México y para ajustar su extensión al tiempo previsto para la actividad.

Algunas lecturas son breves, el propósito es que en ellas haya más tiempo para interactuar con los alumnos. Si se están leyendo adivinanzas o trabalenguas, hará falta que los alumnos intenten adivinar las respuestas o repetir los trabalenguas.

La aspiración es que todos los días, maestros y alumnos del Distrito Federal compartan y disfruten este momento de lectura, que favorezca la creación de un ambiente de lectura y de complicidad alrededor de los textos.

Un equipo de docentes de las diferentes direcciones operativas del Distrito Federal se formó para elegir los textos. Su experiencia como maestros, su conocimiento de los alumnos en las diversas etapas de su desarrollo, su sensibilidad como lectores se ha

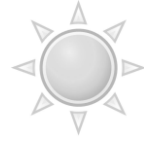
aprovechado para integrar las lecturas. La coordinación de este trabajo estuvo a cargo del maestro Felipe Garrido, quien con su larga trayectoria y experiencia como formador de lectores ha brindado acompañamiento y asesoría a este equipo en la tarea de selección y en la preparación de los materiales.

Ahora que esta antología llega a manos de los maestros, tenemos la oportunidad de que todos los que quieran participen: pueden solicitar el cambio de una lectura por otra; pedir que alguna sea suprimida; resaltar las virtudes o las ventajas de algunas; solicitar la inclusión de ilustraciones y materiales que no están en el libro que se ha tomado, como mapas, cuadros, fotos... Entre todos, iremos haciendo de esta antología un acompañante irremplazable de cada uno de nuestros días de clases.

La intención de la antología es facilitar las lecturas. Pero los docentes pueden sustituir algunos de estos textos por otros que ellos prefieran.

Lo importante es entender y disfrutar cada lectura. Conviene leer, y hasta ensayar, cada día lo que se leerá al día siguiente. Conviene leer los libros de donde se han tomado los fragmentos. Conviene leer otros libros, por lo que aprendamos en ellos y por el interés, por el gusto de leerlos.

I. Los colores



Blanco, amarillo, verde,
rojo, violeta y azul.

Los colores de este mundo
que siempre viste brillar,

si tú no sabes su nombre,
canta y lo aprenderás.

Blanca es la espuma del mar,
las nubes que vuelan,
es la nieve y el azahar.

Amarillo el Sol da su luz,
los campos dorados
que duermen en su quietud.

Blanco, amarillo verde,
rojo, violeta y azul.



Los colores de este mundo
que siempre viste brillar,
si tú no sabes su nombre,
canta y lo aprenderás.

Verde es la vegetación,
es la hierba que da al campo
su color y resplandor.

Roja es la fresa silvestre,
son las amapolas
y el color del corazón.

Blanco, amarillo, verde,
rojo, violeta y azul.
Los colores de este mundo
que siempre viste brillar,
si tú no sabes su nombre,
canta y lo aprenderás.

Violeta, nombre de una flor,
nombre de perfume,
dulce nombre de color.

Azul es el color del mar,
de lagos y ríos
y del espacio estelar.

Carmen Martín Anguita, *Poemas de lunas y colores*. México, SEP-Pearson, 2003.

2. El día y la noche

El día y la noche parecen un niño y una niña que juegan a perseguirse: primero es de día y luego de noche y luego de día y luego de noche... y siempre así. En esta lectura vamos a ver por qué.

Mira el cielo, obsérvalo. ¿Qué ves?

¿Lo puedes tocar?

¿Quisieras subir y llegar muy alto?

Aunque parezca un techo, el cielo es un espacio enorme.

Allí viven el Sol, la Luna, las estrellas, los planetas y los cometas.

El mundo

El lugar donde vivimos es un planeta que tiene la forma de una inmensa esfera.

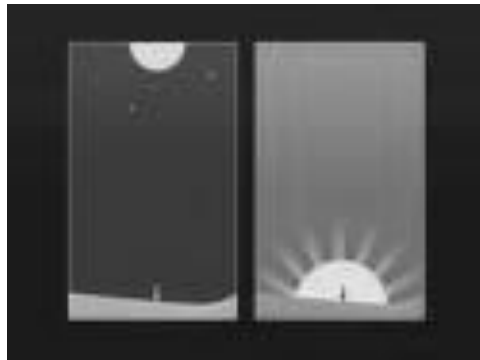
Tiene dos nombres. Se llama Tierra, y también se llama mundo.

Como la Tierra es una esfera que gira, el Sol ilumina primero un lado y después el otro.

Esto produce el día y la noche.

En este momento, ¿es de día o de noche? Muy bien, es de día. ¿Cómo lo sabemos? Porque hay luz, porque ahora estamos en esa parte de la Tierra que recibe la luz del Sol. A mí, en la noche me dan ganas de que me cuenten cuentos. ¿Y a ustedes?

Julieta Fierro, *El día y la noche*. México, SEP-Santillana, 2003.



3. Flor chiquita

Vamos a leer un lindo poema sobre una flor chiquita. O, mejor dicho, sobre dos flores chiquitas. Una es una flor, como las que hay en el campo. Y la otra es una niña, una muchachita a la que se le habla con cariño. A ver si podemos darnos cuenta de que, en realidad, se está hablando de dos flores. [La lectura es muy corta, para que dé tiempo de repetirla.]

Flor
chiquita
se esconde
en el monte.

Cuando paso
tú te me escondes,
cuando me mandas a cortar flores
desde el monte me estás viendo.

Flor
chiquita,
pido soñar con
esta flor bonita.



Flor, no te escondas.
Flor, no te escondas.
Huele esta flor
huele esta rosa.

Como ven, hay una flor chiquita, la niña, que manda a alguien que le habla a cortar flores en el monte. Y la flor que le lleva a esta niña es una rosa. Vamos a repetirla, para que veamos lo bonito que es este poema.

Jesús Silva Aparicio, "Flor chiquita" en Elisa Ramírez (adaptación), *Versos, arrullos y canciones*. México, SEP-CONAFE, 2002.

4. ¡Qué rico banquete!

Probar la comida de otros lugares es como viajar por esas tierras. Porque cada lugar del país y del mundo tiene sus platillos típicos, su cocina tradicional. Vamos a preparar, leyendo, un rico banquete...

A mis amigos y a mí, nos gusta traer comida especial a la escuela, para comer juntos.

Meiko trajo *sushi*. La familia de Meiko es de Japón.

El *sushi* se hace con arroz, pescado y verduras. A veces, se envuelve con algas.

Antonio trajo tostadas. La familia de Antonio es de México.

Las tostadas llevan frijoles, pollo, lechuga, queso, crema y salsa.

Larissa trajo *pizza*. La familia de Larissa es de Italia.

Para hacer *pizza*, se estira la masa en forma de círculo. A veces, el cocinero la avienta al aire para estirla.

¡Mmm!, ¡qué rico huele!

¡Mmm!, ¡qué rico se ve!

¡Mmm!, ¡qué rico sabe!

¡Qué rico banquete!

A mí ya me dio hambre. ¿A ustedes no? ¡Qué se les antoja?



Lynette Evans, *¡Qué rico banquete!* México, SEP-McGraw Hill, 2003.

5. ¡Cuántas palabras?

Cada palabra está formada por una serie de letras que unidas hacen un sonido que utilizamos al hablar y escribir. Cada letra sola no nos dice nada, pero unidas como un gran equipo forman las palabras. Las letras de una palabra pueden acomodarse de otra manera, y entonces... ¡forman otra palabra! [Es una lectura muy corta. Si se escriben en el pizarrón algunas palabras será más claro cómo al cambiar de lugar las letras una palabra se convierte en otra.]

Cuántas palabras esconde una persona en su nombre:

En Olga se esconde algo que se llama lago.

En *Omar* hay una *mora* y la gran ciudad de *Roma*.

Cuántas palabras esconde una persona en su nombre:

En *Eva* se esconde un *ave* que no encuentra quien no la vea.

En *Adán* no encuentro *nada*.

Cuántas palabras esconde una persona en su nombre:

Con seis letras en la oreja, *aretes* lleva **Teresa**.

Y aunque *Olivia* no lo sabe, lleva *alivio* a todas partes.

Cuántas palabras esconde una persona en su nombre...

Con las letras de tu nombre, a ver si puedes formar otras palabras.

Isaías Isabel, *¿Cuántas palabras?* México, SEP-Castillo, 2005.

6. La abeja

Abeja

Insecto que produce miel y habita en cualquier lugar donde haya flores. Vive en un panal de cera que fabrica con las demás abejas. Su enorme familia está formada por una reina madre, un ejército de hijas llamadas obreras y un único macho llamado zángano.

Cada abeja vive alrededor de 30 días, vuela casi toda su vida y trabaja hasta 10 horas al día, chupando el néctar de las flores para producir media cucharada de miel diaria.

¡Qué divertido el trabajo!

*Se engolosina la obrera,
en medio de su agasajo,
entre celdillas de cera.*

*La colonia se alborota
mientras la miel se fermenta,
madurando gota a gota,*

desde la flor opulenta. [llena de cualidades: hermosa, perfumada, radiante...]



Pedro Moreno, *Mi primer diccionario de fauna de México*. México, SEP-SM 2005.

7. Ronda del enredo

El pez en el aire,
el ave en el mar...
Aquí hay algo raro,
no sé que será.



El ave en el aire,
el pez en el mar
¡ahora sí lo dije
como es de verdad!

El ave en el agua,
el pez a volar ...
Esto no funciona.
Aquí algo anda mal.

Y lo que faltaba
no puede faltar:
la tierra-la tierra,
que es otro lugar.

Y creo que falta
¿qué me faltará?
No hay otro camino:
Volver a empezar.

Ahora está todo
todo y algo más:
¡tú y yo por el aire
la tierra y el mar!



David Chericián. "Ronda del enredo" en *Urí, urí, urá. Palabras para jugar*. México, SEP, 1994.

8. Un puñado de besos



Kati tiene una cajita llena de besos y una gran sonrisa. Cuando va al colegio, siempre lleva alguno en su bolsa de almuerzo.

Y su madre, al despedirse, siempre le da alguno más. Ella sabe que es mucho tiempo el que pasa en el colegio.

Todos sus besos son dulces. Saben a fresa, a vainilla, a chocolate. Y cuando a veces la sonrisa desaparece de su cara, Kati mete la mano en la bolsa y... la sonrisa vuelve grande, radiante.

Kati tiene muchos amigos. Uno de ellos se llama César.

César siempre lloraba cuando su madre se marchaba.



Pero Kati le dijo un día:

–¿Quieres un beso de vainilla?

A César se le pararon las lágrimas cuando la escuchó, y notó un calorcito suave en la cara, que acababa en un sonoro...muaaa.



Antonia Ródenas, *Un puñado de besos*. México, SEP-Anaya, 2005.

9. El traje nuevo del emperador

Hace mucho tiempo, hubo un emperador cuya mayor afición era lucir hermosos trajes. Nada le producía tanto placer como estrenar un vestido nuevo y desfilarse con él delante de sus súbditos.

Un día se presentaron ante él un par de granujas que, fingiéndose famosos sastres, le anunciaron con gran pompa:

–Majestad, tenemos una tela maravillosa con la que deseáramos hacerle un vestido. Se trata de la tela más hermosa que jamás ha existido, y además tiene la asombrosa propiedad de que sólo las personas inteligentes y dignas del cargo que ocupan pueden verla; para los necios es completamente invisible.

–Desde luego, deseo que me hagáis un vestido con esa maravillosa tela –dijo el emperador, y les dio una gran cantidad de dinero como adelanto por su trabajo.

Al cabo de unos días aparecieron los dos pillos fingiendo llevar un bulto en los brazos, aunque en realidad no llevaban nada.

–Aquí está vuestro vestido, majestad –dijeron al emperador–; si nos lo permitís, vamos a probároslo para hacer los últimos ajustes.

Naturalmente, el emperador no vio nada y tampoco sus ministros y consejeros; pero como los falsos sastres habían dicho que la tela era invisible para los necios, el primer ministro, pensando que los demás lo veían y él no; exclamó para que nadie lo tomara por necio:

–¡Oh, que vestido tan maravilloso! ¡Enhorabuena, majestad!



¡Es algo digno de un rey!

Y los demás, incluido el propio emperador, empezaron a alabar el hermoso traje que nadie veía, por miedo a ser tomados por tontos.

Así que el emperador se desnudó y los dos granujas hicieron como si le estuvieran probando y ajustando el traje, y acto seguido el emperador salió a dar un paseo para que todos sus súbditos admiraran su vestido nuevo.

Naturalmente, todos lo vieron desnudo, pero como se había corrido la voz de que el vestido era invisible para los tontos, nadie quería reconocer que no lo veía, hasta que un niño pequeño gritó:

—¡El emperador está desnudo! ¡Está desnudo!

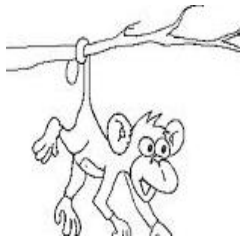
Así se dieron cuenta todos del engaño, pero ya era demasiado tarde, y el emperador siguió desfilando muy digno mientras sus pajes fingían sostener tras él la inexistente cola del vestido.

Hans Christian Andersen, "El traje nuevo del emperador" en *Grandes relatos para lectura infantil*. México, SEP-Geo, 2007.

10. Ahí vienen los monos



Ahí vienen los monos
de Cualichandé
y el mono más grande
se parece a usted.



Baila la costilla,
baila el costillar;
con cuidado chata,
no se vaya a caer.

Ya vienen los monos,
vienen de Tepic
y el mono más grande
se parece a ti.

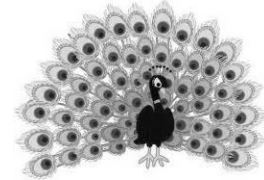
Baila la costilla,
baila el costillar;
con cuidado chata,
no se vaya a caer.

Vicente T. Mendoza, "Ahí vienen los monos" en *Lírica infantil de México*. México, FCE, 1984.

11. Colas

Una cola es una hilera de gente que se forma para comprar algo o para entrar a algún lugar. También es el rabo de muchos animales. Hay colas de muchas formas diferentes. Este libro nos presenta una serie de adivinanzas sobre las colas de varios animales. ¿Listos?

Tiene la cola más elegante
del reino animal;
en ella, muchos ojos
puedes encontrar.

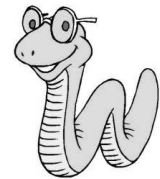


El pavo real tiene una de las colas más llamativas del reino animal. Los machos viven para ella: Se la arreglan todo el tiempo para impresionar a las hembras.



Astuto me llaman
y astuto soy;
difícil que me encuentren
pues no saben dónde estoy.

El zorro tiene una cola larga y esponjada que le sirve para despistar: cuando alguien lo persigue no sabe dónde empieza la cola y dónde la cabeza.



Parece una goma: se alarga, se achica;
el sol no le gusta
y en la tierra se oculta.

La lombriz, ¿tiene cola? Sí, la cola de la lombriz es el extremo opuesto a la cabeza.

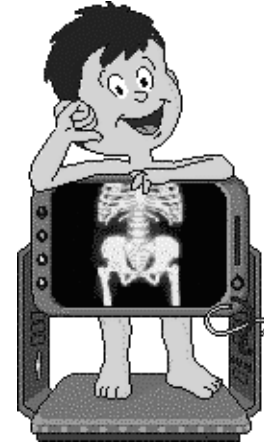
Piense cada uno en su animal favorito. ¿Cómo es su cola? A ver quién me trae mañana una adivinanza sobre esa cola.

Silvia Dubovoy, *Colas*. México, SEP-Everest, 2002.

12. Huesos

Piensa en todas las formas en las que se mueve tu cuerpo. Puedes correr, saltar y andar de cojito. También puedes parpadear o sacar la lengua. Tu cuerpo se está moviendo siempre, aunque estés dormido. Tu corazón late, y tus pulmones respiran para mantenerte vivo. Cuando corres, todo tu cuerpo se mueve, desde las cejas hasta los dedos de los pies.

Puedes moverte gracias a cómo trabajan juntos tus músculos, tus huesos, tu cerebro y tus nervios. Unos músculos tiran de tus huesos y mueven partes de tu cuerpo como los brazos y piernas. Otros, como los de la cara, tiran de tu piel para hacer que sonrías o frunzas el ceño.



Tu cuerpo tiene más de 200 huesos que forman tu esqueleto. Cuando naciste tenías unos 350, pero algunos de los más pequeños se soldaron según ibas creciendo. Todos tus huesos tienen diferentes formas y tamaños, y tienen su propio nombre.

Tu esqueleto mantiene unido tu cuerpo y le da forma. Si no fuera por el esqueleto, tu cuerpo se vendría abajo convertido en un montón informe. Es muy fuerte: protege las partes blandas: tu cráneo, por ejemplo, protege tu cerebro, y tus costillas protegen tu corazón y tus pulmones.

Tus huesos están hechos principalmente de agua y de un mineral llamado calcio. Un hueso es una estructura rígida, pero tiene cierto grado de elasticidad para que no se rompa fácilmente. El exterior de un hueso es muy duro, pero el interior es blando y esponjoso.

Un hueso roto puede arreglarse por sí mismo, pero a menudo necesita la ayuda de yeso para inmovilizarlo y permitir que se suelde correctamente. Los médicos usan unas fotografías especiales, llamadas radiografías, para mirar el interior de tu cuerpo y ver si tienes algún hueso roto.

Las articulaciones permiten que los huesos se muevan para que puedas girar, inclinarte y darte la vuelta. Imagínate que no tuvieras articulaciones en los codos: tendrías que ir siempre con los brazos tiesos.

13. Mi trabajo como hada de los dientes

Les voy a contar una historia de los días en que fui un hada de los dientes.

Era mi primer trabajo y no lo hacía muy bien. Todo comenzó de esta manera...

Acababa de acurrucarme en la cama... cuando ¡Talán talán! Sonó la campana de los dientes. Nunca se sabía cuándo a alguien se le va caer un diente ni cuando un hada de los dientes debe ir a recogerlo.

Los niños se pasan el día entero moviéndose los dientes para que se les caiga. Joaquín llevaba todo el día jalando de su diente. Y cuando se puso a masticar un caramelo ¡plin! Se cayó.

Les sorprenderá saber que hay personas que no creen en las hadas. Es triste pero es verdad. Curiosamente los niños que dicen no creer en ellas cambian de opinión en cuanto se les cae un diente.

Así sucedió con Joaquín. Cepilló su diente hasta dejarlo reluciente y lo colocó debajo de la almohada y se quedó dormido. En ese momento sonó la campana de los dientes y yo salí corriendo a buscarlo.

Joaquín vivía en el número 62 de un edificio de una gran ciudad. Para las hadas las ciudades son muy confusas así que tardé un buen rato en encontrar el lugar. Una vez dentro del edificio, descubrí que había muchos pisos y cada piso tenía muchas puertas con números. Volé por un montón de pasillos y cada vez me hacía más líos. Finalmente paré frente al número 26 creyendo que era el número correcto y entré por la cerradura. El pequeño Joaquín estaba acurrucado debajo de las sábanas y en la mesita de noche, dentro de un vaso de agua flotaban unos dientes, no un solo diente, sino una DENTADURA ENTERA. Me pareció muy emocionante encontrar tantos dientes a la vez, me los llevé y dejé una bolsa llena de oro. En mi opinión era un cambio justo.

Pero más tarde, cuando le mostré a la jefa de las hadas lo que había encontrado, se enojó muchísimo.



–¿Cómo puede ser un hada tan tonta? –gritó– ¡Son falsos! ¡No podemos hacer perlas con DIENTES FALSOS! Sólo sirven los dientes de niños para hacer perlas para hadas.

Así que perdí mi empleo. Esa misma noche otra hada fue a casa de Joaquín a recoger el diente y dejar una moneda de plata debajo de su almohada.

El dueño de los dientes postizos era un abuelito llamado Damián. Cuando se despertó, se sorprendió mucho al encontrar la bolsa llena de oro en lugar de su dentadura (que de todas formas nunca le había encajado bien). Desde entonces empezó a creer que las hadas realmente existen.

Geogie Adams, “Mi trabajo como hada de los dientes” en *Historias de hadas contadas por hadas*. México, SEP-Serres-Océano, 2005.

14. La boda del conejo

Una boda es la ceremonia en que dos personas se casan, y la fiesta que se hace para celebrarlo.

Había una vez un conejo que estaba amarrado con un mecate.

De pronto aparece un tigre y le pregunta:

–¿Qué haces ahí amarrado conejito?

–Lo que pasa es que me voy a casar, pero te puedes quedar en mi lugar, señor tigre.

El conejo le mintió al tigre, dizque se iba a casar. El tigre aceptó.

–Cuando escuches la música y los cohetes te pones listo –le dijo el conejo.

El tigre desató al conejo y se amarró en su lugar. Mientras el conejo se echaba a correr, el mecate se quemó y el tigre escapó. Fue a buscar al conejo, pero ya no pudo encontrarlo y no pudo comérselo, y allí termina el cuento.



El conejo era mucho más débil que el tigre, pero también era más astuto, y por eso consiguió escapar.

“La boda del conejo”, Elisa Ramírez (adaptación) en *Conejo y coyote*. México, SEP-CONAFE, 2002.
Ilustración Francisco Toledo

15. “Querida señora LaRue”. Cartas desde la Academia Canina

¿Se imaginan que los perros pudieran escribir? Pues vamos a leer tres cartas de un perro enojado porque su dueña, la señora LaRue [se pronuncia Larrú], lo mandó a una academia para perros, a ver si podían corregirlo.

La señora Gertrudis LaRue inscribió a su perro Ike en la Academia Canina, porque se portaba muy mal.

“¡Ya no aguanto más! –declaró a los periódicos la señora LaRue–. Quiero mucho a Ike, pero está muy malcriado. Se roba la comida de las alacenas, persigue a los gatos de los vecinos y se la pasa ladrando cuando se queda solo. Y por si fuera poco, la semana pasada casi me tumbó cuando cruzaba la calle ¡y arruinó mi abrigo de pelo de camello! Ya no sé qué hacer con él.”

Poco después, la señora LaRue empezó a recibir cartas de su perro Ike.

El 1° de octubre llegó la primera:

Querida señora LaRue:

¿Cómo pudo usted mandarme aquí? ¡Esto es una cárcel, no una escuela! Debería ver a los otros perros. ¡Son un desastre, doña LaRue! Definitivamente, aquí no me siento a gusto. Estoy angustiadísimo y quizás necesite algo para masticar cuando regrese a casa. ¡Por favor, venga, a buscarme hoy mismo!

Atentamente,

Ike



Mark Teague, “Querida Sra. La Rue”, *Cartas desde la Academia Canina*. México, SEP-Scholastic, 2006.



16. En las playas

En las playas de todo el mundo se reúnen los niños. El cielo infinito, en calma, sobre sus cabezas; el agua impaciente se alborota. En las playas de todo el mundo, los niños se reúnen gritando y bailando.

Hacen casitas de arena y juegan con las conchas. Su barco es una hoja seca que arrojan en la vasta extensión del mar. Los niños juegan en las playas de todo el mundo.

No saben nadar; no saben echar la red. Mientras el pescador de perlas se hunde en ellas y el mercader navega en sus barcos, los niños recogen piedritas y vuelven a tirarlas. Ni buscan tesoros ni saben echar la red.

El mar se alza en una carcajada, y brilla, pálida, la playa sonriente. Olas espumosas cantan a los niños baladas y arrullos, igual que una madre que meciera a su hijo en la cuna. El mar juega con los niños y, pálida, luce la sonrisa de la playa.



Rabindranath Tagore, "En las playas", en *Español Cuarto grado*. México, SEP, 1989.

17. Los delfines

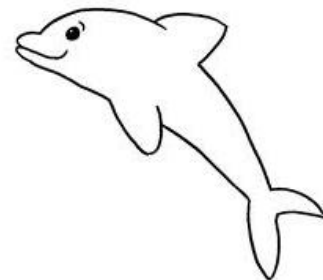
¿A quién no le gustan los delfines? Son un lindo animal, y uno de los más inteligentes que existen.

En los mares y océanos viven muchísimas especies de animales y plantas. Entre ellos, unos de los más simpáticos y bonitos son los delfines.

Los delfines viven en el mar, pero no son peces, sino mamíferos.

Al nadar van sacando los lomos, con su aleta, siempre en grupos. Y cuando están contentos dan grandes saltos fuera del agua.

Cuando se sumergen bajo el agua aguantan la respiración, como hacemos los seres humanos.



Su hocico termina en punta y les sirve para defenderse de sus enemigos, incluso de los tiburones. Se impulsan con fuerza y golpean con su trompa a sus enemigos.

Los mamíferos son animales que no ponen huevos; sus hijos salen de la madre ya formados, y mientras son pequeños se alimentan mamando. Alcen la mano quienes hayan visto un delfín, aunque sea en el cine o en la tele. ¿Quiénes lo han visto en vivo?

Renée le Bloas, *El delfín*. México, SEP-SM, 2003.

18. Los duendes de la tienda

La tienda de don Manuel era la más surtida del pueblo.

Don Manuel vivía atrás de su tienda, todas las noches la cerraba con tres candados y se iba a su casa. Una noche, don Manuel y su familia oyeron ruidos que venían de la tienda.

“¿Serán ratas? Mañana pongo trampas”, pensó don Manuel.

Al otro día, cuando abrió la tienda, encontró todo patas para arriba. Aquello era un verdadero desastre.

La mercancía de los mostradores estaba tirada en el suelo, los sacos de maíz y frijol despanzurrados, los tomates apachurrados.

Esa noche, don Manuel estuvo muy atento a cualquier cosa que se oyera.

Ya muy tarde, después de la medianoche, se oyó un ruidero bárbaro.

Don Manuel y su familia fueron a ver qué sucedía en la tienda. Cuando abrieron la puerta se llevaron una gran sorpresa.

Adentro había un montón de duendes haciendo travesuras. Luchar contra los duendes era inútil. Lo único que podrían hacer era cambiarse a otra casa.

Don Manuel y su familia empacaron todas sus cosas y las de la tienda. Subieron los bultos a una carreta y se fueron a buscar otra casa en otro pueblo.



Ya iban en el camino, cuando la esposa de don Manuel se acordó que había dejado la escoba en la tienda. El más pequeño de sus hijos se ofreció a ir por ella.
“No te preocupes, aquí la traigo”, dijo un duende que llegó corriendo. Y en seguida se oyeron risitas adentro de la carreta.

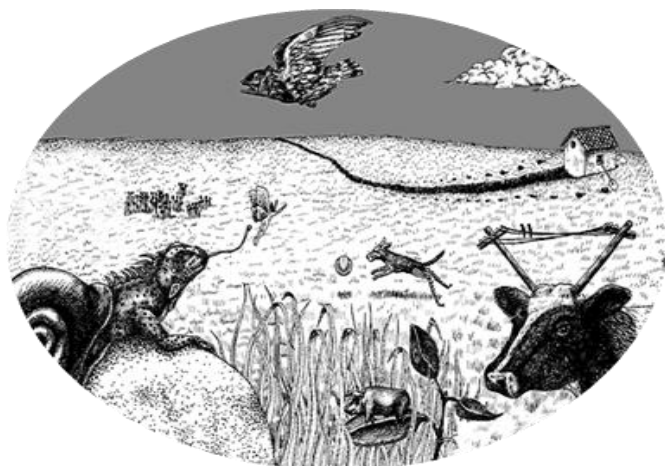
Los duendes de la tienda, Arturo Ortega (versión escrita). México, SEP-CONAFE 1989.

19. Las mentiras

Dicen que las mentiras son una mala costumbre. ¿Será? La verdad es que son muy divertidas, como las de estos versos que nos contó un día doña María del Refugio Verdín, en el rancho de San Sebastián El Álamo, municipio de Encarnación de Díaz.

Yo iba por un caminito
y me encontré un duraznito
cargadito de guayabas.
Le tiré muchas pedradas
y cayeron tejocotes.

Vino el dueño de las uvas
me aventó un zapatazo.
¡Jesús, María y José!,
me pegaron en un pie,
me amarraron las muelas.
Renuncio a las ciruelas
que ni siquiera probé.



“Las mentiras” en Isabel Galaor (recopilación) *Así cuentan y juegan en los Altos de Jalisco*, Manuel Ahumada, ilus. México, SEP-CONAFE, 2000.

20. El coco coco cocotero

En medio de la selva estaba tirado un tronco de cocotero.

Hacía varios días que el huracán lo había derribado, y allí se quedó calladito entre las yerbas.

Tenía miedo de que vinieran los hombres con sus hachas a hacerlo pedacitos.

El tronco se sentía resbaloso y húmedo y eso le gustaba muchísimo.

Y pensó: ¡Qué bueno! Aquí puedo esconderme sin que los hombres me vean. Y se acomodó entre el agua fangosa, calientita.



Una calurosa mañana se oyeron pisadas sobre la hojarasca.

El tronco tembló de miedo y tan grande fue su temblor que empezó a rodar hasta llegar a un pantano que estaba cerca.

Sólo cuando las pisadas de los hombres se alejaron, el tronco se atrevió a mirar para afuera.

Estaba tan bien ahí en lo húmedo y hacía tanto calor en la selva que decidió quedarse adentro un poco de tiempo. Durante el día escuchaba el glu-glu-glu-glu de los animalitos que vivían en el agua.

¡Cuántas cosas desconocidas iba descubriendo! De noche veía luces verdes y rojas, azules y amarillas que iban y venían.

Y empezó a ponerse verdoso. La lama del agua iba quedándose entre sus escamas de árbol. Una mañana se dio cuenta de que respiraba y que iban naciéndole cuatro retoños, dos a cada lado del cuerpo.

¡Creo que me estoy convirtiendo en animal!

¡Coco...coco...coco! gritó muy contento, aunque con bastante trabajo.

Mmmm... buscaré un nombre que recuerde de dónde vengo...

¡Me llamaré cocodrilo!

¡Cómo la ven?

Armida de la Vara, *El coco coco cocotero*. México, SEP, 1986.

21. Pero, ¿dónde está Ornigar?

Es el primer día de clases de los animales. La maestra organiza a los alumnos por sus características: los que tienen plumas y pico en un grupo; los que tienen pelo, en otro. Pero hay uno, Ornigar, el ornitorrinco, que no sabe dónde colocarse, pues tienen pico de ave, nació de un huevo, pero también tiene pelo. Está triste porque no encuentra grupo ni amigos. Ornigar es un animal diferente.

Después, la maestra ya no se fija en el físico de los animales y los organiza de acuerdo con sus capacidades: entre todos, formarán una orquesta. Y allí sí hay lugar para Ornigar.

Por la tarde organizan un juego de fútbol, y Ornigar también participa, porque es un buen portero.

Finalmente, el ornitorrinco participa en el taller de educación artística. Allí cada quien utiliza su pico, su trompa, lo que tenga. Lo importante es que el resultado sea exitoso.

Entonces los compañeros de Ornigar le otorgan el premio al “mejor camarada”.

El ornitorrinco es un animal que pertenece a una familia que tiene una única especie. Este interesante animalito vive en la región oriental de Australia, y también en la isla de Tasmania.

Mide de 30 a 45 centímetros de longitud y no llega a pesar más de cuatro kilos. Pasa la mayor parte del tiempo nadando en ríos y lagos de agua dulce, o se esconde en túneles que escarba. En estos túneles construye su nido, muy semejante al de algunos pájaros, y allí deposita sus huevos.

Es más activo durante la noche. Después del anochecer y antes del amanecer es cuando normalmente sale a comer. Durante las horas del día se le ve descansando en las orillas de los ríos y arroyos donde vive.



¿Por qué sus compañeros de clase eligieron a Ornigar como el mejor camarada? Lo mismo que la lectura de ayer, la de hoy trata de cómo debemos resolver nuestras diferencias.

22. Un corazón que late y late

Tutún...tutún...tutún...tutún ¿Alguna vez escuchaste el sonido de tu corazón? Trabaja y trabaja, de día y de noche, con frío o calor...Es el motor que se encarga de que la sangre recorra todo tu cuerpo, desde la cabeza hasta la punta de los pies.

El corazón no trabaja siempre igual: tutún-tutún-tutún-tutún cuando saltas mucho, y tutún... .. tutún... .. tutún... .. tutún cuando duermes. ¿Y sabes algo? El corazón no es como los corazones que todos dibujan por ahí: tiene la forma y el tamaño de un puño y, en cada latido, pasa de rojo apasionado a rosa pálido.



Carla Baredes e Ileana Lotersztain, *Tu cuerpo del 1 al 10*. México, SEP-Cordillera de los Andes, 2005

23. Un hombre cualquiera y los pepinos

Una vez, un hombre cualquiera fue a recoger pepinos a un huerto. Y mientras se arrastraba hacia los pepinos pensaba: “Si alcanzo a recoger un cesto entero de pepinos, lo vendo y con ese dinero me compro una gallinita. La gallina me va a dar huevos, los va a empollar y me van a nacer muchos pollitos. Alimento bien a los pollitos, los vendo y me compro una lechoncita, la engordo y cuando sea marrana me va a parir lechones.

Vendo los lechoncitos y me compro una yegüita que me va a parir potranquitos. Alimento bien a los potrancos, los vendo y compro una casa y hago una huerta. Cultivo la huerta y siembro pepinos, no me los voy a dejar robar.

Voy a contratar guardianes, los voy a poner a cuidarme los pepinos y yo mismo, de vez en cuando, me voy a dar una vueltica por el huerto para gritarles: “¡Hey, ustedes, vigilen con más atención!”...

El hombre se había concentrado tanto en sus cuentas, que se le olvidó del todo que estaba en un huerto ajeno y no se percató de haber gritado con toda su alma. Los guardianes oyeron su llamado de atención y, obedientes, se pusieron alerta, encontraron al ladrón y le dieron una paliza.

León Tolstoi, “Un hombre cualquiera y los pepinos” en *El león y el perrito y otros cuentos*. México, SEP-Panamericana, 2002.

24. El elefante y su hijo

El elefante y su hijo pasaban la tarde en casa.

El elefantito tarareaba una canción.

—¿No puedes estar callado? —dijo el papá elefante—. Papá intenta leer el periódico y no puede escuchar la canción al mismo tiempo que lee el periódico.

—¿Por qué no? —preguntó el elefantito.

—Porque papá no puede pensar en dos cosas a la vez, por eso —respondió el padre elefante.

El elefantito dejó de cantar. Se sentó en silencio. Papá elefante encendió un cigarro y se puso a leer.

Al cabo de un rato el elefantito le preguntó:

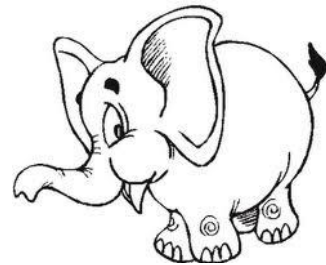
—Papá, ¿sigues sin poder pensar en dos cosas a la vez?

—Si, hijo —respondió el elefante—. Así es.

—Entonces —dijo el elefantito—. Deberías dejar de pensar en el periódico para pensar en la pantufla de tu pie izquierdo.

—Pero hijo... —dijo el elefante—. El periódico de papá es mucho más interesante e ilustrativo que la pantufla de su pie izquierdo.

—Puede que sí —dijo elefantito—, pero tu periódico no se ha incendiado con la ceniza del cigarro. En cambio, la pantufla de tu pie izquierdo, sí.



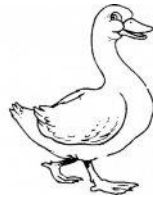
Papá elefante corrió a sumergir en agua su pantufla. Muy suavemente, el elefantito empezó a tatarrear de nuevo.

No siempre el saber puede suplir la observación directa.

Arnold Lobel. "El elefante y su hijo" en *Fábulas*. México, SEP-Celestia, 2006.

25. Adivinanzas

Dígame, ¿quién es el que hace,
ya le pregunten o no,
con la cabeza que sí
y con la cola que no?



Cuál es la sábana blanca
que se corta sin tijera
pero que verla cortada
nadie en realidad quisiera?



En la calle me toman
en la calle me dejan;
en todas partes entro
de todas partes me echan.



Preguntitas, María Sánchez de Tagle (selección). México, SEP, 1992.

26. Margarita

El cuento que vamos a leer hoy está en verso. Su autor es Rubén Darío, uno de los mayores poetas de todos los tiempos. El Señor es Jesús.

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha de día
y un rebaño de elefantes.

Un quiosco de malaquita,
un gran manto de tisú
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla,
una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti.
Cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.

Pues se fue la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso de papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: “¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
y ¿qué tienes en el pecho
que encendido se te ve?”

La princesa no mentía.
Y así, dijo la verdad:
“Fui a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad.”

Y el rey clama: “¿No te he dicho
que el azul no hay que cortar?
¡Qué locura!, ¡Qué capricho!...
El Señor se va a enojar.”

Y ella dice: “No hubo intento;
yo me fui no sé por qué.
Por las olas, por el viento
fui a la estrella y la corté.”

Y el papá dice enojado:
“Un castigo has de tener:
vuelve al cielo y lo robado
vas ahora a devolver.”

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el Buen Jesús.

Y así dice: “En mis campiñas
esa rosa le ofrecí;
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí.”

Viste el rey pompas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

Rubén Darío, “Margarita” en *Lengua Nacional* Cuarto grado. SEP, 1964.

27. Gustavo va a la escuela

El oso Gustavo es grande y fuerte, pero de pequeño no era así. Como todos los osos grandes y fuertes, alguna vez fue un cachorrito.

En aquella época vivía en una cueva acogedora, con mamá Osa, papá Oso, su hermana Olga y su tía Lili. Gustavo tuvo que aprender todo lo que un oso debe saber. Sus papás le enseñaron a treparse a los árboles, a pescar, a desenterrar raíces, a obtener miel de las abejas salvajes, y también a cuidarse de sus enemigos.

Como todos los osos, de pequeño, Gustavo era muy curioso. Le gustaba salir a pasear por el bosque y las praderas. Una mañana, en el camino se encontró a una niña. Ella llevaba en los brazos un enorme cono de colores.

–¿A dónde vas?

–le preguntó Gustavo.

–A la escuela

–respondió la niña.

–¿Por qué llevas ese cucurucho?

–quiso saber Gustavo.

–Es para la escuela– explicó la niña.

–¿Y qué tiene adentro?– volvió a preguntar él.

–Cosas ricas para comer: chocolates, paletas y ositos de goma.

–¿Ositos?– Gustavo dio un brinco del susto–.

¿Los niños se comen a los ositos?

–Sí, pero....



Michels Tilde, *Gustavo va a la escuela*. México, FCE, 1995.

28. Un azul muy especial

¿Cómo se imaginan que se les pone color a las cosas? En especial a las telas. Vamos a leer algo muy interesante sobre una forma muy antigua de ponerle color a las telas.

Estas eran tres hermanas, a las que su abuela regaló trajes indígenas. El de la mayor era una enagua azul; el de la segunda, roja; y la de la más pequeña era una enagua de caracolillo morada.

La abuela les contó que habían sido teñidas con colorantes de origen prehispánico y decidió llevarlas a Oaxaca, porque allí todavía se conserva la tradición de los tintes naturales.

Y para allá se fueron.

Viajaron a tierra caliente, al pueblo de Niltepec, donde los zapotecas cultivan el añil; planta cuyas semillas se siembran en abril. Las plantas de añil retoñan y viven hasta tres años. Obtener el colorante es muy laborioso.



Los antiguos usaban ollas con agujeros, por eso lo llamaban “añil de olla”; pero ahora se utilizan pilas escalonadas comunicadas entre sí. En la primera se deja reposar las hierbas en el agua hasta que fermentan y toman un color amarillo verdoso. En la segunda se le pone el fruto del árbol *guya-vere*, o cal, para que cuaje, y se bate fuertemente con un remo. Al agitarse y con el aire, el suero toma un color verde azulado. Al pasar a la tercera pila y asentarse, el color se vuelve azul.

Esta lectura está tomada de un libro titulado Tres colorantes prehispánicos. ¿Cuáles son los otros dos? El que quiera averiguarlo va a tener que ver el libro.

Beatriz de Maria y Campos Castelló, *Tres colorantes prehispánicos*. México, SEP-Patria Cultural, 1990

29. ¿Qué quieres ser?

¿Sabes qué hacen los ilustradores, los veterinarios, o los oceanólogos?

Ilustrador

¡Me paso el día dibujando! Me encargan ilustraciones para libros, revistas o diarios.... Casi siempre ilustro para niños, aunque algunas veces lo hago para adultos.

Para ser un buen ilustrador, no basta con saber dibujar personajes y decorados: también tengo que expresar emociones y darles un toque personal a mis ilustraciones.

Veterinario

Atiendo a los perros, a los gatos, a los pájaros. ¡Incluso a las serpientes!

Tengo un consultorio en el que ausculto, vacuno y opero. Otros veterinarios atienden a los animales del campo –vacas, caballos y oveja–

y van a los criaderos para ayudar en los nacimientos. Y otros trabajan en las fábricas de alimentos o de medicamentos para animales.



Oceanólogo

El mar es una extensión inmensa de la que poco se sabe... ¡Es un fabuloso campo de investigación para los curiosos como yo! Estudio las corrientes, las mareas, el fondo marino, los efectos de la polución sobre los animales y las plantas...

Investigo de qué manera se pueden aprovechar los recursos del mar o asesoro en el diseño de sistemas de protección de las costas...En el mar mismo o en el laboratorio, observo, analizo, intento explicar, verifico y vuelvo a observar con un único objetivo: develar los misterios del océano. ¿Y tú has pensado qué quieres ser cuando seas grande?

Nadine Mouchet y Sophie Bordet. *Cuando sea grande quiero ser...*México, SEP-Cordillera de los Andes, 2008.



30. Los colibríes

Los colibríes zumban cuando vuelan porque agitan las alas al igual que lo hacen las abejas y las libélulas.

Vuelan como helicópteros multicolores: hacia adelante, hacia atrás o de lado, sin cambiar la posición de su cuerpo. En cámara lenta, pues ya se ha podido filmar su vuelo, se aprecia su vertiginoso movimiento de hasta 75 aletazos por segundo.

Se llama también chupamirto, chuparrosa o chupaflor porque con el pico cerrado, a manera de popote, liba el néctar de las flores, sin necesidad de posarse.

Con su lengua larga puede alcanzar a sus presas a una distancia hasta el doble de pico.

En la punta de la lengua tiene espinitas con las que ensarta a los insectos y arañitas que le sirven de alimento. El colibrí habita solamente en el continente americano. De las 500 especies que existen, en México viven más de 50.

Los machos tienen brillantes colores metálicos en la frente, la garganta y el pecho.

Las hembras construyen preciosos nidos en forma de copa con pelusa de algodón y telarañas. Depositán dos huevecitos, los incuban, y luego alimentan con insectos a sus polluelos. Algunos colibríes son tan pequeños que pesan menos 2 gramos. 500 colibríes no llegan a pesar un kilo.

Rafael Martínez, *Animales mexicanos, aves y mariposas*, Felipe Dávalos, ilus. México, SEP, 1995. (Colibrí).

31. Ronda de la niña de mis ojos



A la niña de mis ojos
yo no la puedo mirar:
mirar de adentro hacia dentro
¿cómo se puede lograr?

Niña traviesa la niña
de mis ojos de mirar,
dentro y fuera, en cualquier sitio
y en todo la veo ya.

Porque mi niña traviesa
en todas partes está
y para verla no tengo
ni siquiera que mirar.

David Chericián, *El amor es un niño travieso*. México, SEP-Panamericana, 2002.

32. Un amigo

Tener un amigo es maravilloso. Es como levantarse y sentir que brilla el Sol.

Un amigo es alguien con quien puedes pasar un rato hermoso.

Pero un amigo es más que eso. Es alguien que piensa en ti cuando estás lejos. Alguien que cruza los dedos cuando tienes que hacer algo difícil.

Nunca estás del todo solo cuando tienes un amigo. Un amigo escucha lo que dices y también trata de entender lo que quieres decir. Pero un amigo no siempre está de acuerdo contigo. A veces te contradice para que pienses con cuidado.

Un amigo te quiere aunque te hayas equivocado.

Un amigo te impulsa a hacer cosas nuevas, cosas que tú nunca hubieras imaginado.

Amigo es una palabra hermosa. ¡Es casi la mejor palabra!

Todos pueden ser amigos de alguien. Pero es necesario que tengas el corazón abierto para ver cuando alguien quiere ser tu amigo.



Un amigo es alguien con quien puedes pasar un rato hermoso, que piensa en ti, que te escucha y te dice cuándo te equivocas, que te enseña cosas nuevas y siempre tiene tiempo para ti.

¡Alguien en quien puedes confiar!

¿Quién es tu amigo?

Leif Kristianson, "Un amigo" en *Español. Tercer grado. Lecturas*. México, SEP, 1999.

33. La pulga y el camello

La lectura de hoy es una fábula. Un cuento en el que los animales hablan y, con lo que hacen, nos dan lecciones.

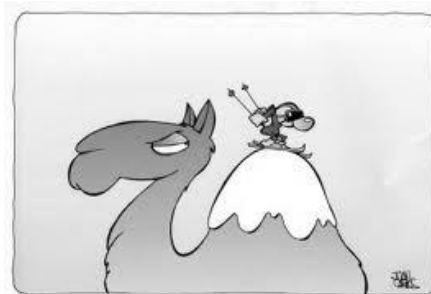
Montada una pulga sobre la carga que llevaba un camello, presumía que era más que él, porque iba encima. Después de un rato, por fin saltó al suelo diciéndole.

–Amigo mío, reconozco que peso muchísimo y como te tengo lástima, acabo de bajarme.

–De nada me sirve –respondió el camello– el favor que crees haberme hecho, pues el peso de tu cuerpo no quita ni añade nada, en lo más mínimo, al peso de mi carga.

Moraleja. Hay muchos ridículos que suponen que lo que son o lo que hacen es muy importante, cuando en realidad no tiene ninguna importancia.

Moraleja se llama la lección que una fábula pretende darnos. Esopo, el autor de esta historia, es un fabulista de la antigua Grecia.



"La pulga y el camello" en *Fábulas de Esopo y algo más*. México, SEP-Limusa, 2006

34. ¡Ay señora mi vecina!

¡Ay señora mi vecina,
se me murió la gallina!

Con su cresta colorada
pues, señora mi vecina,
se me murió la gallina,
domingo de madrugada;

Sí, señora mi vecina,
ay, señora, mi vecina
domingo de madrugada.



¡Míreme usted como sudo,
con el corral enlutado,
y el traje amarillo entero,
ya no la veré ataviada
paseando en el gallinero
y el gallo viudo!

¡Míreme usted cómo lloro,
con el pecho destrozado
y el gallo a coro!

¡Ay señora mi vecina,
cómo no voy a llorar,
si se murió mi gallina!

Nicolás Guillén, "¡Ay señora mi vecina!" en *Poetas Hispanoamericanos contemporáneos. Antología*. Gente nueva, La Habana, 1987

35. Redondo

¿Podrías adivinar cuál es la esfera más grande que puedes tocar? Una pista: no importa a donde vayas, siempre estás en ella. Exacto. La esfera más grande que pueden tocar es la Tierra, el planeta en el que todos nosotros vivimos. Como la Tierra es tan grande, quienes la estudian han hecho divisiones imaginarias para saber la ubicación exacta de los lugares. Estas divisiones se llaman meridianos y paralelos. Los meridianos son mitades de círculo. La Tierra dividida en meridianos se parece



mucho a una naranja entera pelada. Los paralelos son círculos. Dividir a la Tierra en paralelos es como cortar una naranja en rodajas. En la Tierra hay muchos paralelos, pero uno es el más importante: de ecuador. Esta línea invisible divide a la Tierra en dos partes iguales a las que llamamos hemisferios. El hemisferio que va del ecuador hasta el Polo norte se llama hemisferio norte. El que va del ecuador hasta el Polo Sur se llama hemisferio sur.

Claudia Hernández García, *Redondo: o cuando los círculos se convierten en esfera*. México: SEP-Castillo, 2006.

36. Historia verídica

El mundo es un lugar maravilloso, sorprendente. Y más nos vale que conservemos la capacidad de asombro. En esta lectura sucede algo muy curioso. Vean si no es cierto.

A un señor se le caen al suelo los anteojos, que hacen un ruido terrible al chocar con las baldosas. El señor se agacha afligidísimo porque los cristales de anteojos cuestan muy caro, pero descubre con asombro que por milagro no se le han roto.



Ahora este señor se siente profundamente agradecido, y comprende que lo ocurrido vale por una advertencia amistosa, de modo que se encamina a una casa óptica y adquiere enseguida un estuche de cuero almohadillado doble protección, a fin de curarse en salud. Una hora más tarde se le cae el estuche, y al agacharse sin mayor inquietud descubre que los anteojos se han hecho pedazos.

Cuando los anteojos se cayeron sin estuche no les pasó nada. Cuando ya estaban supuestamente protegidos, se hicieron pedazos. ¿No les parece curioso? Pero todos los días suceden cosas todavía más raras.

Julio Cortázar, "Historia verídica" en *Español Cuarto grado*. México, SEP, 1989.

37. El señor don gato

Estaba un gato sentado
 en una sillita de palo
 con el zapato picado
 y el sombrero a la francesa.

Llegaron cartas de España
 que si quería ser casado
 con una gata morisca
 de copete colorado.

El gatito, de contento,
 se subió por un tejado
 y se rompió tres costillas.
 a las doce de la noche
 ya el gatito había expirado.



Ya murió señor don gato,
 ya lo llevan a enterrar
 entre cuatro zopilotes
 y un ratón de sacristán.

Ton, tolón,
 muerto lo llevan en un cajón;
 como el cajón es de palo,
 muerto lo llevan en un caballo;
 como el caballo es torsillo,
 muerto lo llevan en un castillo;
 como el castillo es de fuego,
 muerto lo llevan en un borrego;
 como el borrego es de lana,
 muerto lo llevan en una cama;
 como la cama es de aceite,
 muerto lo llevan a San Vicente;
 San Vicente está cerrado,
 sale el diablo a repicar
 y les da de merendar
 guajolotes en conserva
 y lagartijas en pipián.

El señor don gato. México, SEP-Petra 1992.

38. El arca de Noé

Noé se puso de lleno a la tarea, ayudado por toda su familia. Como eran todos muy trabajadores, formaron un buen equipo y al poco tiempo el arca estaba terminada. Después comenzaron a reunir a los animales y a colocarlos cada cual en su sitio. Esto tampoco les resultó difícil porque en aquellos lejanos tiempos cualquiera tenía en su jardín osos y guanacos, leones y caimanes, y si no estaban en su jardín estaban en el del vecino y se los podían pedir prestados, y si el vecino no los tenía, con seguridad había en la selva de la esquina.



Una vez terminada el arca, Noé fue poniendo en fila los animales que había en su jardín y sus hijos salieron a buscar los que faltaban. Al atardecer, Noé fue pasando lista, y los animales fueron invitados a pasar al arca.

—A ponerse en fila por orden de tamaño: los más chicos primero y los más grandes después —dijo Noé.

—¿Qué ocurre? —preguntó una rana distraída y que todavía no se había enterado de nada—. ¿Vamos a jugar al martín pescador?

—¿Qué martín pescador? —le replicó la cebra— Vamos a viajar en arca, mientras dura el diluvio.

—¡No empujen! —gritaba la gallina.

—¡Me están pisando! —decía con toda su voz el bichito de San Antonio.

—¡Que se den prisa los que están adelante! —bramaba el león, y la leona trataba de calmarlo.

Imposible calcular cuánto tiempo tardaron Noé y sus hijos en poner la fila en orden, pero de pronto alguien miró para arriba y dijo: Se está poniendo nublado. Y entonces cayó la primera gota.

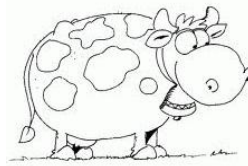
39. Los pregones de Juan Bobo

Un pregón es el llamado que hace un merolico, un vendedor, un trabajador para atraer a la gente. Vamos a leer unos cuantos, bastante disparatados, por cierto.

Pongan todos atención,
escuchen lo que ha pasado:
que la gata tuvo hijitos,
¡y todos salieron gatos!

Señores, paren la oreja,
les voy a contar un cuento,
la vaca tuvo vaquitas,
¡y los llamaron “becerros”!

Amigos, no se distraigan,
ahí les va una gran noticia:
que la esposa de mi tío
¡dizque dicen que es mi tía!



Ahora sí quiero pedirles
que escuchen bien lo que digo:
los hijitos de mi hermana
¡todos son mis sobrinitos!

Yo no sé si ustedes saben
esta cosa sorprendente:
tras de mayo viene junio
y tras de agosto, septiembre.

Lo que si no se sospechan
ni para nada imaginan:
que todo lo que les dije
¡son puritas boberías!

Margit Frenk, “Los pregones de Juan Bobo” en *Español Sexto grado*. México, SEP, 1987

40. Palabras para conocer el mundo

Agua

El agua es un líquido que sirve para muchas cosas. Todos la necesitamos para vivir y las personas también nos lavamos con ella.

Los patitos del estanque
siempre te hablan en latín:
como “agua” viene de “aqua”,
cantan “cua, cua,cua” sin fin.



Beso

Un beso es el contacto de los labios con otros labios o la piel. Es un acto de cariño.

“Cuando tengo hambre,
un beso me sabe a queso.
Cuando tengo sed,
un beso me sabe a usted.
Y si hace frío,
tu beso me sabe a abrigo.”



Burbuja

Una burbuja es aire rodeado de agua con jabón. Puedes hacer burbujas con un popote soplando dentro de un vaso de agua jabonosa.

“Dentro de una burbuja
va encerradita una bruja.
El aire la eleva y la empuja...
la empuja... la empuja...”



41. La mosca vanidosa



Una hormiga y una mosca discutían sobre cuál de las dos valía más. La mosca decía:

–¿Cómo puedes soñar siquiera en compararte conmigo? ¿No ves, acaso, cómo vuelo y cuánto hago? Me meto en todas partes, incluso en los palacios y en las mansiones de los más ricos; saboreo los alimentos antes que sus

propios dueños; me poso en la cabeza del rey y beso las flores más bellas y a las más hermosas muchachas. Me desplazo por el aire sin ningún esfuerzo y gozo sin preocupaciones de todo lo mejor que hay en el mundo. ¿Quieres decirme de qué cosa semejante puedes disfrutar tú, hormiguita miserable?

–Es verdad –respondió la hormiga– que es una gran cosa poder asistir a los banquetes más elegantes; pero siempre que sea porque te invitaron, no como intruso. Sí. Ciertamente frecuentas los palacios y las mansiones reales, pero tienes que hacerlo a escondidas, pues en cuanto te ven, siempre te quieren espantar, o aplastar.

Hablas majaderamente del rey y de las muchachas, sin el menor respeto. No te esfuerces en convencerme: todo eso es verdad. Sin embargo, cuando llega a pasarte cualquier cosa, no sirves para nada. Llega el invierno y yo tengo asegurada mi comida. Tú, en cambio, vas a posarte sobre la



pared donde muere el último rayo de sol... y te mueres de frío. Yo entro en mi casa, bien provista de todo, y allí estoy calentita, sana y salva... ¿Por qué no me contestas ahora?

Como la mosca no supo qué contestar, dio dos o tres vueltas volando y se marchó por la ventana.

“La mosca vanidosa” en *El libro de oro de los niños*. México, SEP-Hispano Americana, 1972.

42. Los Compadres

Un día un conejo se encontró con un coyote y le dijo:

–Mañana ponemos una trampa, compadre.

–Está bien, compadre.

Y al amanecer pusieron una trampa en el monte. La dejaron sola un buen rato y después se fueron a asomar y vieron que había caído un pájaro muy grande.

–Vamos a asarlo en la barranca, compadre –dijo el conejo.

–Está bien, compadre.

Y se fueron al cerro a asarlo.

–Haz la lumbre, compadre.

–Está bien, compadre –contestó el coyote.

El coyote hizo la lumbre y después el conejo le dijo:

–Ve a sentarte al cerro, compadre, si no se va a caer. Mientras, yo aso el pájaro. Cuando esté cocido te aviso.

Y se fue el coyote a sostener el cerro. Un momento después dijo:

–¿Ya se coció, compadre?

–Todavía no.

Y al rato volvió a preguntar:

–¿Ya se coció, compadre?

–Todavía falta, compadre.

–Compadre, ¿ahora si ya se coció?

Y el conejo ya no le contestó, porque ya no estaba. Se comió el pájaro y se fue. Y el coyote le dijo:

–Voy a soltar el cerro, compadre.

Enseguida, cansado de preguntar, soltó el cerro y se fue a ver a su compadre, que dizque estaba asando el pájaro.

–¡Me engañó mi compadre! –dijo el coyote cuando no lo vio– Cuando me lo encuentre me lo voy a comer.

Cuando volvió a encontrarse con su compadre, el coyote le dijo:



–¡Me engañaste, te voy a comer!

–No compadre, no me comas. En aquel árbol hay frutas. Te voy a cortar una. Yo me subo. El conejo se subió y le aventó una fruta en el hocico al coyote, que no pudo pasarla. Mientras el coyote se quejaba, el conejo se escapó. El coyote escupió la fruta y dijo:

–¡Me volvió a engañar mi compadre! Cuando me lo encuentre me lo comeré.

Se volvieron a encontrar y el coyote dijo:

–Ahora sí te como, compadre.

–¡No, no me comas, compadre! Mira, en aquel río hay un queso, ve a sacarlo.

Y el coyote, muy tonto, fue a sacarlo. Pero el conejo lo volvió a engañar: era la luna que se miraba en el agua.

El coyote casi se ahogó por querer sacarlo. Mientras, el conejo se escapó.

Y se volvieron a encontrar en un carrizal y el coyote le dijo:

–¡Ahora sí te como, compadre!

–No, compadre, no me comas. Te invito a un baile. Será aquí mismo. Quédate aquí.

–Está bien, compadre –contestó el coyote.

El conejo se fue y el coyote se quedó. Al rato el conejo le prendió fuego al carrizal y aventó cohetes por todos lados.

El coyote se asustó y con el susto de los cohetes que caían en sus patas empezó a bailar.

¡Pobre coyote! El conejo siempre fue más listo.

“Los compadres” Elisa Ramírez (adaptación) en *Conejo y coyote*. México, SEP-CONAFE , 2002.

43. Amapolita. Coplas

🌐 Amapolita

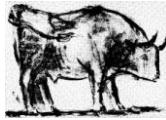
Eres chiquita y bonita
y así como eres te quiero:
pareces amapolita
cortada en el mes de enero.

Jalisco

🌐 El torito

Este torito que traigo
lo traigo desde Jalapa
y lo vengo manteniendo
con cascaritas de papa.
Este torito que traigo
lo traigo desde
Campeche
y lo vengo *manteniendo*
con pura sopa de leche.

Veracruz



🌐 El palomero

La cucha no quiere maíz
ni los cuchitos de leche.
No quieren comer parados
hasta que la puerca se eche.

Guerrero y Michoacán

🌐 El trompito

Corre muchacho,
corre corriendo,
que la gallina
ya está poniendo.
Corre muchacho
por la azotea,
que la gallina
cacaraquea.

Veracruz



44. La tortuga y los patos

Los patos levantaron el vuelo, llevando a Doña Tortuga prendida de la vara fuertemente con la boca. Se levantaron por el aire y Doña Tortuga miraba encantada todo lo que iba pasando bajo sus ojos. Con la boca bien apretada, se balanceaba por encima de los árboles. Los demás animales, al verla pasar, no salían de su asombro.

El cerdo, el burro, el chivo, el perro, comentaban en voz alta aquella maravillosa proeza:

–¡Doña Tortuga es la reina de las tortugas! –decían–. ¡Elevarse por los aires con su casa a cuestas! ¡Qué maravilla!

–¡Doña Tortuga es la emperatriz de las tortugas! Doña Tortuga los oía y se llenaba de orgullo. Tanto, que olvidó que tenía que tener la boca cerrada y gritó:

–¡Sí, soy la reina de las tortugas y me voy a otros países porque aquí no hay nada que merezca ser visto por mí!

Bueno, eso fue lo que quiso decir, porque apenas abrió la boca, empezó a caer por el aire, dando vueltas, y no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra. Lo único que se le oyó fue: AAhhhhhhhhhhhhhhhhhh... ¡Patapáate!...

Doña Tortuga cayó en mitad de la laguna. Cayó y rebotó. ¡Menos mal que sabía nadar!



Muy agitada, llegó por fin a la orilla. Sus amigos los patos se alejaban, a todo volar, rumbo a los lejanos países del Oriente y Doña Tortuga apenas tuvo tiempo para hacerles adiós con la pata. Los otros animales se acercaron a socorrerla y la acompañaron hasta su casa. Doña Tortuga se sintió muy triste, y al otro día, para distraerse y olvidar su pena, salió a dar una vuelta por los alrededores.

¡Pobre tortuga! Y ¿qué podemos aprender de lo que le pasó?

La tortuga y los patos, Beatriz Barnes (adaptación). México, SEP-CEAL, 1988.



45. El desierto

Cuando Benjamín era pequeño, una de las veces que su papá Armando lo llevó al cine, vieron una película que se desarrollaba en el desierto. Benjamín, de inmediato, asoció el desierto con las dunas donde jugaba cuando él y su familia iban a la playa, pues se dio cuenta que el desierto también estaba formado por grandes promontorios de arena y escasa vegetación.

Así mismo, Benjamín se percató que el desierto que aparecía en la película era enorme y que las dunas de arena donde jugaba no tenían comparación con aquellas inmensidad. Vio que los hombres se vestían con largas túnicas y se cubrían la cabeza con unos extraños enredos, similares a la toalla que su mamá se ponía cuando terminada de bañarse.

Le llamó la atención ver que los hombres del desierto montaban caballos, camellos y dromedarios. Los caballos le eran más cercanos, pues hasta los había montado en el rancho de su tío Miguel; mientras que a camellos y dromedarios sólo los había visto de lejos en el circo y en el zoológico de Chapultepec.

Francisco Morosini Cordero, *El desierto*. México, SEP-Instituto Literario de Veracruz, 2007.

46. La piel es nuestro escudo

¿Qué tanto cuidas tu piel? Ya que vives con ella, duermes con ella, sueñas con ella y a través de ella te comunicas, ¿sabías que tu piel es el órgano más extenso del cuerpo? Además de actuar como escudo protector contra el calor, la luz, lesiones e infecciones, tu piel también cumple con estas funciones:

- * Regula la temperatura corporal.
- * Almacena agua y grasa.
- * Evita la pérdida de agua.
- * Previene la entrada de bacterias.

¿Sabías que las personas cuyos antepasados vivían en regiones soleadas tienen la piel más oscura que las personas cuyos antepasados vivían en regiones con menos luz solar?

Dato curioso: No hay dos huellas dactilares iguales.

<http://www.CONAFE.gob.mx/mportal7/Chispas/Chispas01Octubre09.pdf>

47. Adivinanzas nahuas

A que no la puedes decir:
soy un rollo
que de noche desenrollo
para que puedas dormir



El petate (Petlatl)

Adivina adivinando,
todos los días
con la casa va cargando

El caracol (Wilaka)

A la comida invitada,
aunque sea de plato
y cuchara.

La tortilla (Tlazkalli)

Hay que adivinar,
no lo puedes ver,
aunque sin esfuerzo
lo sientas correr.



El viento (Yeyekatl)

José Antonio Flores Farfán, *Adivinanzas nahuas de hoy y siempre*. México, SEP-Corunda, CIESAS, 2002.

48. La liebre y el elefante

Hace mucho tiempo vivía una liebre muy inteligente. Desde muy pequeña iba siempre a jugar a la orilla del lago.

El agua de aquel lago era limpia y transparente y todos los animales del bosque iban a beber allí.

No lejos del lago había un árbol grueso. Los hombres habían cortado aquel árbol y había brotado una capa de resina. La liebre vio aquel ancho y cómodo tronco y al saltar para sentarse, se quedó pegada a la resina.

¡Pobre liebre! No podía moverse del lugar de donde estaba; ni siquiera podía cambiar de posición.

Estaba muy asustada pensando que iba a morir allí. Pensaba en cosas muy tristes cuando vio llegar al elefante que iba al lago a tomar agua.

–Este elefante me salvará la vida –pensó la liebre. Y le gritó:

–Oye, elefante –no bebas agua de ahí. El dueño del lago me dijo que me quedara aquí a vigilar para que no bebiera nadie.

El elefante no hizo caso y la liebre, entonces, le gritó con más fuerza:

–¿Eres sordo? ¿No oyes? ¡Si te atreves a beber de mi agua, te arrancaré la cabeza!

–Tú sabes bien que estás diciendo tonterías –respondió el elefante. El agua no es tuya sino del lago.

Si bebes de esa agua –amenazó la liebre– Te romperé la trompa con una patada!

–¡Qué liebre tan tonta! Cree que me puede desbaratar. ¡La aplastaré y haré una mermelada con ella!



El elefante se acercó a la liebre, la agarró con la trompa, tiró y la arrancó de la resina.

El pelo de la liebre estaba tan apegado a la resina que un poquito se quedó pegado en el tronco. Después le volvió a salir, pero desde entonces, el pelo de la parte trasera de las liebres es blanco.

–Ahora –chilló el elefante– te aplastaré de un golpe y te meteré bajo tierra.

–Mi querido hermano mayor. Hace tiempo que tengo ganas de morir, pues llevo ya miles de años viviendo; desde que se creó la tierra. Pero como me das lástima, te diré que hay en todos mis huesos un veneno mortal tan fuerte, que una sola gota mataría a cualquiera. Si me golpeas con tu trompa, mi veneno se meterá en ella, y si me pisoteas, el veneno entrará en tus patas y morirás. Yo, en cambio, seguiré viviendo. Si de veras quieres matarme, tienes que buscar un lugar cubierto de maleza, juncos y cañas. Déjame allí y entonces sí moriré.

El elefante cogió a la liebre con la trompa y la dejó en un sitio cubierto de cañas. En cuanto la liebre se vio libre salió huyendo como una flecha.

Y mientras corría, iba hablando sola:

–Mi hermano mayor, el elefante, cree que estoy muerta. Pero cuando me vea entre los vivos, comprenderá enseguida que no puede con mi picardía.

“La liebre y el elefante” en Marín Medero (recopilación), *Volvamos a la palabra*. México, SEP-Limusa, 1989.

49. Recuerdo

Hoy vamos a leer una poesía linda, muy sencilla, hecha con las palabras que usamos todos los días. Se titula "Recuerdo". Es algo que un hombre recuerda, que lleva en la memoria. Y lo dice con palabras simples. Es muy cortita. La vamos a leer dos veces. Una senda es un camino.

He venido por la senda
con un ramito de rosas
del campo. Tras la montaña
nacía la luna roja;
la suave brisa del río
daba frescura a la sombra;
un sapo triste cantaba
en su flauta melodiosa;
sobre la colina había
una estrella melancólica.
He venido por la senda
con un ramito de rosas.



Es tan lindo este poema que dan ganas de hacer otro. Así, con palabras que todos conocemos, sobre algo sencillo, como ir por un camino llevando unas pocas flores.

Juan Ramón Jiménez, "Recuerdo" en *Español Segundo grado*. México, SEP, 1968.

50. El campesino y los pasteles

Una vez fue un campesino a la ciudad. Y se encontró con un grave problema. Solamente tenía veinte pesos, y le estaba doliendo una muela. El campesino pensaba: " Si me saco la muela y pago al dentista, no puedo comer; si lo gasto en comer, me seguirá doliendo la muela."

Estaba el buen hombre con estos pensamientos cuando fue a pararse enfrente de una pastelería. Allí se quedó largo tiempo mirando embobado los pasteles, hasta que pasaron por allí dos muchachos y le dijeron para burlarse:

–¿Cuántos pasteles te atreverías a comer en una comida?

–¡Hombre, me comería quinientos!

–¡Quinientos! ¡Dios nos libre!

–Pues de qué poco se asustan ustedes –y de esta forma comenzaron a discutir, ellos diciendo que no y él insistiendo que sí.

–¿Qué apuestas? –dijeron los muchachos.

–Pues... si no me los como, me dejo sacar esta muela –y el campesino señaló la que le dolía.

Los muchachos aceptaron alegres la apuesta.

El hombre comenzó a comer y, cuando ya no tenía más hambre, dijo:

–He perdido, señores.



Entonces llamaron a un dentista y le sacaron la muela.

Los muchachos se reían diciendo:

–Miren a ese tonto, que por hartarse de pasteles deja que le saquen una muela.

Entonces les respondió el campesino:

–Más tontos son ustedes, porque gracias a esta apuesta he matado el hambre y, además, me han sacado una muela que me había dolido toda la semana

Juan de Timoneda

<http://foros.enplenitud.com/showthread.php?12274-Cuentos-Mitos-y-Fragmentos>

51. Hechizo para deshechizarse

Si un día pierdes el juicio
a causa de un maleficio,
a nadie pidas permiso
para invocar este hechizo:

POLVO DE ESTRELLAS,
ESPUMA DE MAR,
VIENTOS POLARES,
AURORA BOREAL.

Si dices estas sandeces
y las repites mil veces,
es posible que en un mes
te sientas bien otra vez...
¡Tal vez!



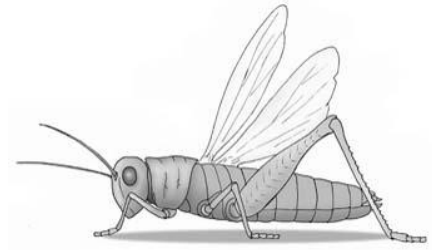
Irene Vasco, "Hechizo para deshechizar" en *El mundo que amo. Antología de poesía iberoamericana para niños*, Francisco Delgado Santos (invest. y selecc) México, SEP-Euroméxico, 2006.

52. El mundo de los insectos

Los insectos son pequeños animales de seis patas, que tiene dos apéndices en su cabeza llamados "antenas". Los insectos viven en casi todas partes, desde las montañas más altas hasta los desiertos más inhóspitos. Tu jardín es el hogar de miles de estas pequeñas criaturas.

El saltamontes tiene patas largas y flexibles, que hacen de él un auténtico campeón de salto. Al primer indicio de peligro, se impulsa hacia las alturas para alejarse.

Los saltamontes se alimentan de flores y hojitas, Además, entonan una sonora melodía para encontrar su pareja.



¿Qué tan lejos?

Si pudieras saltar como lo hace un saltamontes, podrías brincar sobre 10 automóviles estacionados en fila.

¿A quien llama un saltamontes en peligro?

¡Al Chapulín Colorado!

El saltamontes macho “canta” al frotar sus patas traseras contra las alas. Esta fricción emite un sonido muy característico.

Cuando un saltamontes se enoja, escupe un jugo marrón de aspecto repugnante, llamado “jugo de tabaco”, que espanta a sus enemigos.

Algunos saltamontes tienen oídos en el abdomen.

Michael Chinery, *Insectos*. México, SEP-Planeta Mexicana, 2003.

53. ¡Cuánta gente!

En el mundo hay millones y millones de personas, pero entre tanta gente, cada uno de nosotros es diferente: todos somos únicos.

La forma de nuestra nariz es diferente y también la de los ojos, el color del pelo y de la piel, la altura... ¿cuántas características más se te ocurren?



Hay gente de un extremo del mundo al otro. Gente muy vieja, como nuestros abuelos, gente mayor, como tus padres, y niños como tú.

Y cada persona es diferente de las demás. A todos los niños del mundo les gusta lo mismo: jugar y pasarlo bien con su familia y amigos.

¡No somos tan diferentes como parece! ¿Te imaginas saber cosas de toda la gente del mundo?

Cómo hablan, cómo escriben, cómo bailan... ¡Tienes un mundo entero para descubrir!

“¡Cuánta gente! Todos diferentes todos iguales” en *Niños y niñas del mundo: de un extremo al otro*. México, SEP-Tercera edición, 2005.

54. El aire y las nubes

La tierra está rodeada de aire. Allí están las nubes que el aire arrastra. Seguramente has visto cómo se mueven.

El aire también transporta polvo, por eso a veces el cielo se ve gris y no azul.

El aire es por donde vuelan las mariposas y los pájaros.

Las nubes suelen ser blancas. Puedes jugar a mirarlas e imagina que tienen formas de objetos, plantas animales y hasta de personas que conoces.

Aunque parecen bolas de algodón, son de aire. Cuando se ponen grises es que va a llover.

Cuando vean nubes, obsérvenlas con atención, a ver qué figuras van formando.

Julieta Fierro, “El aire y las nubes” en *El día y la noche*. México SEP-Santillana, 2003.

55. La semilla

Un día, mamá compró ciruelas para dárselas a sus hijos después del almuerzo y mientras era la hora, las puso en una bandeja. Vania, que nunca había comido ciruelas, las olió durante mucho rato. Le encantaba su olor. Tenía unas ganas enormes de comérselas y se quedó mucho tiempo a su lado. Cuando todos se fueron de la despensa, Vania ya no pudo contenerse más, tomó una ciruela y se la comió. Un poco antes del almuerzo, la mamá tomó las ciruelas para limpiarlas y notó que faltaba una.

Se lo dijo al padre. Durante el almuerzo el padre comentó: Muy bien niños, ¿sería alguno de ustedes el que se comió una ciruela? Pero todos respondieron: "No". Vania, aunque se puso colorado como un cangrejo, también lo negó: "No, yo no me la comí".

Entonces el padre muy serio continuó: "Si alguno de ustedes se la comió, está muy mal, pero eso no es lo peor. Lo peor es que dentro de las ciruelas hay una semilla muy dura, y si alguien no sabe comérselas y se traga la semilla, entonces se muere al día siguiente. Eso es lo que de verdad me preocupa".

Vania palideció y exclamó: "No, yo no me comí la semilla, la boté por la ventana". Entonces todos se rieron y Vania se puso a llorar.



León Tolstoi, "La semilla" en *El león y el perrito y otros cuentos*. México SEP-Panamericana, 2002.

56. Suma de ecos

Del fondo de una granada,
hada,
que también era princesa,
esa
que desayuna manzana,
Ana
es su nombre y vive en vilo,
hilo
para zurcir terciopelo,
pelo



con coleta bien peinada,
nada
entre jugos de frutal,
tal
hada infeliz, ¿oh, sorpresa!
presa
del fondo de la granada.

Antonio Rubio, "Suma de ecos" en *Versos vegetales*. México, SEP-Anaya, 2005

57. Vista de gato, oído de perro.

El perro tiene un oído magnífico. Por la noche descubre hasta el más sutil de los ruidos. Es capaz de oír aquello que nadie más puede captar.

El gato tiene una estupenda vista.

Sus ojos brillan en la oscuridad, e incluso puede ver en las tinieblas más espesas.

Hubo una vez un gato y un perro que dormían en la misma habitación, y una rata pasó sobre el techo. De la cola de la rata cayó un pelo.

Entonces el perro dijo:

–He oído algo. Pero no veo nada.

El gato le respondió:

–Yo no he oído nada, pero he visto esto.

Y el gato le enseñó al perro el pelo de la rata.



Vista de gato, oído de perro” en *El libro de los cuentos y leyendas de América Latina y España*. México SEP-Ediciones B., 2007.

58. El paseo de Chapultepec

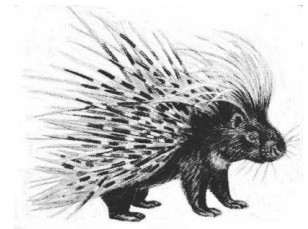
En la Ciudad de México hay algo que es muy bueno. Es un lugar para cualquiera que desee visitarlo, venga de donde venga. Se llama Chapultepec. Allí viven muchos animales. Viven unos que trajeron del norte, otros de África, y otros más de algunas partes de México.

Allí viven elefantes muy grandes que comen paja, y el oso blanco que viene de donde hay mucha nieve y le gusta meterse en el agua.

Es muy bonito, todo blanco.

Allí en Chapultepec se ve al puerco espín que viene de África y es distinto de nuestro puerco espín, pues es grande. El zoológico se encarga de cuidarlo y alimentarlo.

Se come todo lo que le dan. Tiene su propia jaula. No recuerdo si lo vi bien o no, porque lo único que se le nota son las espinas, que son largas y le salen de la mitad del cuerpo.



Parece que no se puede agarrar, porque sus espinas son muy puntiagudas y peligrosas. Es como nuestro puerco espín: no pueden agarrarlo los perros. Está relacionado con los de nuestra región.

Ernesto Pérez Francisco y Marcelino Lorenzo Mejía, *El paseo de Chapultepec*. México SEP, 2003.

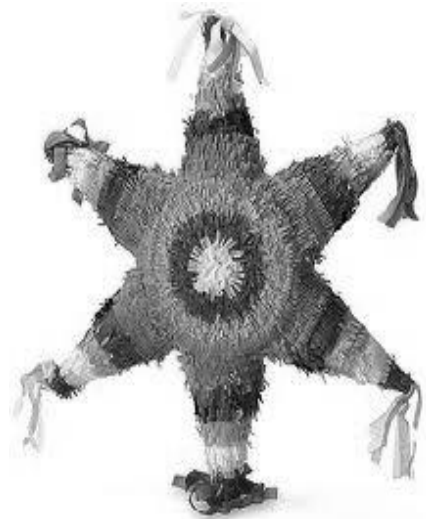
59. La piñata

No quiero oro ni quiero plata,
yo lo que quiero es romper la piñata.
Echen confites y canelones
pa' mis muchachos que son muy tragones.
No quiero oro ni quiero plata,
yo lo que quiero es romper la piñata.

De los cerritos y los cerrotes
saltan y brincan los tejocotes.

Ándale amigo, sal de rincón
con la canasta de la colación.
Ándale amigo, no te dilates
con la canasta de los cacahuates.

Castaña asada, piña cubierta,
que vivan, que vivan los de la fiesta
y que les sirvan ponches calientes
A las viejitas que no tienen dientes.
No quiero oro ni quiero plata,
yo lo que quiero es romper la piñata.



“La piñata” en María Luisa Valdivia (selección), *Cancionero mexicano*, México, SEP, 1993.

60. Canción de cuna para despertar a un niño

Te estoy esperando no demores mucho
porque hay tantas cosas que hacer en el mundo
despierte mi niño... Despierte mi sol...
despierte pedazo de mi corazón.

Yo sé que te esperan dolores y penas
que vivir es duro y se es feliz apenas
pero con tu ayuda y la de otros más
haremos que al fin se pueda respirar.

Te tengo guardada en un cajón la risa
en otro ternura y en otro caricias
y uno está vacío para que después
lo llene la dicha de verte nacer.

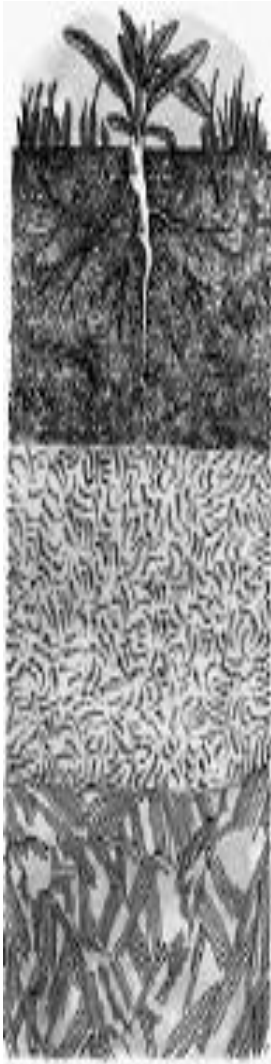
Asómate al mundo y empezá a crecer
porque ya no hay mucho tiempo que perder.

Despierta mi niño... Despierta mi Sol...

Despierte pedazo de mi corazón...

Despierte...





61. Tierra

¿Alguna vez has cavado en la tierra?

¿Has hecho pasteles de lodo?

¿Has ayudado a plantar un jardín?

Probablemente habrás advertido que no toda la tierra tiene el mismo aspecto.

Hay tierra que es de color oscuro. Otra es de color claro. Otra es muy pegajosa. Otra más es blanda y esponjada. La tierra, en todas sus distintas formas, es importante para nuestro mundo. Cavemos hondo en la historia de la tierra y veamos de qué se trata.

Algunas personas piensan que la tierra es sólo algo que debe limpiarse –como cuando tienes tierra en tu ropa y echas ésta a lavar. Pero la tierra es en realidad una de las cosas más importantes de nuestro Planeta.

A la tierra la llaman “suelo” los científicos. El suelo se encuentra sobre la superficie del Planeta y es tan importante para la vida en nuestro mundo como lo son el aire o el agua. Sin el suelo, muchos seres vivos morirían.

Steve Tomecek, *Tierra*, México, SEP-Stamplery Enterprises, 2005.

62. Los veinte ratones

Arriba y abajo
por los callejones
pasa una ratita
con veinte ratones,
unos sin colita
y otros muy colones,
uno sin orejas
y otros orejones,
unos sin patitas
y otros muy patones,
unos sin ojitos
y otros muy ojones,
unos sin narices
y otros narigones,
unos sin chipito (Hociquito)
y otros muy chipones...



Vicente T. Mendoza, "Los veinte ratones" en *Lírica infantil de México*. México, SEP-FCE, 1980

63. Las risas del monte

Antes de llegar a pueblo de Santiago Tuxtla, hay un montecito de donde brota un ojo de agua fresca. Cuando yo tenía como diez años iba con mi primo Tomás a jugar en ese lugar, el agua era tan limpia y transparente que nos gustaba estar por mucho rato. Un día vimos a unos jóvenes bañándose, pero con el sombrero puesto y sobre éste su ropa.

–¿Oye, por qué traes la ropa en la cabeza? –le pregunté a uno.

–Si no, se la llevan los chaneques. ¡Te dejan en cueros! –nos dijo. Ni caso le hicimos, nos quitamos la ropa y nos metimos a jugar.

Brincamos y nos revolcamos en la orilla del agua hasta que quedamos arrugados como gusanos, al rato, decidimos irnos a la casa, pues ya teníamos hambre.

Nos salimos.

–¿Dónde dejaste la ropa, Tomás? –me preguntó mi primo.

–Pues allí, en esas piedras.

–No, no está, –le dije.

–¡Cómo no! –me contestó. Y ahí andamos busque y busque, pero nada, ni los zapatos.

–Pues vámonos así... –me dijo mi primo.

Íbamos cuidando que nadie nos viera, en cueros como andábamos lo que iban a pensar... A medio monte escuchamos risas entre las plantas.

–¡Los chaneques! –gritó Tomás. Y nos echamos a correr, pero entre más aprisa íbamos. Más risas oíamos, ya llevábamos la carne chinita del miedo, pero ni modo, así llegamos a la casa y mi mamá nos regañó, porque según ella, nos habían robado.



“Las risas del monte” en Esperanza Penagos y Luz Ma. Muñoz (recopilación) *La tierra de los susurros*, Adaptación de Jesús Paredes y Jesús Pérez–Ruiz. Eduardo Enríquez Rocha, ilus. México, SEP-CONAFE , 2004.

64. Del cacao al chocolate



¿No sería fantástico que los chocolates crecieran en árboles?

Pues bien, la parte más importante del chocolate crece realmente en un árbol: es el cacao. Los árboles de cacao sólo se dan en tierras muy calientes y húmedas, en los llamados trópicos.

Cuando los frutos del cacao están maduros, los cortan con grandes cuchillos.

Una vez abiertos, se le extraen las semillas. En cada fruto hay alrededor de 60 semillas.

Los granos del cacao se ponen a tostar en grandes hornos. Así, el cacao adquiere su fino sabor. Además, de esta manera las cáscaras de las semillas se resquebrajan y pueden desprenderse fácilmente. Se ponen a secar y se empacan en grandes sacos. Estos granos se exportan a muchas partes del mundo en barcos mercantes que cruzan el mar para que todos los países puedan disfrutar el chocolate.

Los granos tostados, libres ya de la cáscara, se muelen. Pero no se vuelven polvo, sino que forman una pasta pues los granos contienen grasa en bastante cantidad. Esta grasa se llama manteca de cacao. Mientras más finamente se muele la pasta mejor sabor tendrá después el chocolate.

Con la pasta de cacao pueden hacerse dos cosas: o se le extrae la grasa y se obtiene el polvo de cacao, o se mezcla con otros ingredientes como leche y azúcar, para preparar chocolate para la mesa, que se bebe disuelto en agua o en leche; o para fabricar la infinita variedad de chocolates que tomamos como golosinas.

Hay diversos tipos de chocolate: el chocolate con leche de color claro, tiene mucha leche y sabe dulce. El chocolate amargo, de color oscuro, se hace con mucho cacao y poca leche. Cada fábrica de chocolate tiene sus propias recetas.

Pero todo chocolate contiene cacao.

65. Canción de los constructores

Hay que hacer una casa
sin puertas ni ventanas,
ni techos, ni paredes—
una casa muy casa

pero bien ancha,
pero bien larga,
pero bien amplia

para que todos entren,
para que todos salgan,
para que todos todos
a donde vayan vayan—

en el verano fresca,
en el invierno cálida,
pero sin puertas puertas
ni ventanas ventanas
ni paredes paredes
ni techos techos —nada
que impida que la gente
encuentre las entradas

todas bien anchas,
todas bien largas,
todas bien amplias

para que todos entren,
para que todos salgan,
para que todos todos
a donde vayan vayan.



David Chericián, “Canción de los constructores” (fragmento), en *Urí urí urí. Palabras para jugar*. México, SEP-1994.

66. ¿Por qué nos comunicamos?



La comunicación es un intercambio de información. Si no compartiéramos los descubrimientos, tendríamos que aprender todo desde cero. No habría manera de saber, por ejemplo, que el fuego quema hasta que nos hubiéramos herido. Ni tampoco tendríamos libros favoritos. Y lo más importante, compartir nuestros sentimientos y tener amigos nos hace la vida más agradable.

¿Cómo nos comunicamos?

Cuando estamos con alguien, utilizamos la voz y el cuerpo para comunicarnos. Cuando alguien está a mucha distancia, podemos entrar en contacto por teléfono o enviar una carta. Podemos incluso comunicarnos con personas a las que no conocemos, gracias a los libros y a los programas de televisión.

¿Cómo habla el cuerpo?

No hace falta hablar para que nos entiendan: podemos utilizar el cuerpo. Imagina todas las distintas formas de decir hola a alguien.

Dependiendo del lugar del mundo en que estemos, podemos saludar, dar la mano, besar la mejilla, inclinar la cabeza, dar un abrazo, chocar <<esos cinco>>, frotar las narices o hacer una reverencia.

Mead Richard, *Por qué suenan los teléfonos y otras preguntas sobre las comunicaciones*. México, SEP-Everest, 2005.

67. El lagarto

El lagarto está mojado,
tiene cara de pantano,
tiene boca de serrucho...
En el agua está embarrado.

El lagarto está pisado,
mil escamas ¡ten cuidado!
Sus ojitos que te miran
con un traje verde claro.

Tiene cortas las patitas,
nada y nada coleando
va de izquierdas a derechas...
Como un péndulo va andando.

(No más bolsos ni chaquetas
ni zapatos ni maletas
las corrientes, las orillas...
De los ríos de la selva)



Salvador de Toledo, "El lagarto" en *El zoológico*. México, SEP-Everest, 2005.

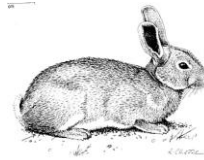
68. Se va a caer el mundo

El conejo vio que estaba perdido, que se le venía el mundo encima, que la peor desgracia que le podía ocurrir la tenía a cuatro pasos.

Allí delante estaba el zorro, astuto y veloz. El conejo no tenía escapatoria.

Fue entonces cuando pensó que la única salida que le quedaba era engañarlo. Hasta ese momento a ningún conejo se le había ocurrido nunca burlar a un zorro. Parecía algo imposible.

“Si no se me ocurre algo muy pronto, me va a comer”, se dijo. Junto al conejo había una piedra. ¡Si al menos pudiera ocultarse tras ella... ¡Pero ya era imposible, porque el zorro lo había visto.



“Se va a caer el mundo” en *El libro de los cuentos y leyendas de América Latina y España*. México, SEP- Ediciones B, 2007.

69. Nariz de papá, cabello de mamá

La Tierra es un planeta maravilloso por la diversidad de seres vivos que habitan en ella. Imagínate cuántos animales conoces: perros, vacas, jaguares, tiburones, cangrejos, víboras, mosquitos, ranas, águilas, hormigas, nosotros los humanos y muchísimos otros más.

Pero no olvides que las plantas también son seres vivos. Tenemos palmeras, rosas, maíz, eucaliptos, girasoles, pinos, nopales, pasto, jacarandas y miles de especies más que sería imposible enlistar.

¡Ah! ¿Pensaste que era todo? Nos falta mencionar la enorme variedad de hongos que existe, con muchas formas y colores, como los champiñones, el huitlacoche y las

setas. Y si observas a través de un microscopio, verás organismos muy pequeños como las bacterias.

¿Alguna vez te has preguntado por qué cada especie es distinta a las otras? ¿Y por qué a pesar de que los individuos de cada especie son muy similares entre sí, cada uno tiene características particulares?

La respuesta está en los rasgos que heredamos los seres vivos generación tras generación a lo largo de muchísimos años. Te invitamos a que aprendas más acerca de este fascinante tema...

Desde hace mucho tiempo, sabemos que los perros nacen de los perros, así como el maíz nace del maíz. Esto quiere decir que en cada especie existen rasgos o características que se han transmitido de generación en generación a lo largo de miles de años, como tener plumas en el caso de las aves o tener hojas en el caso de las plantas.

Estas características que se han transmitido de padres a hijos permiten que la forma del cuerpo se conserve a través del tiempo.

Enrique Ortiz Moreno, *Nariz de papá, cabello de mamá. Los rasgos físicos y el respeto a la diversidad.* México, SEP- Enrique Ortiz Moreno, 2007.

70. La Cenicienta

Érase una vez una hermosa joven que vivía con su madrastra y las dos hijas de ésta. Tanto su madrastra como sus dos hermanastras la maltrataban y se burlaban de ella; la obligaban a hacer todas las tareas de la casa, y como siempre llevaba ropa vieja y estaba sucia de la ceniza de los fogones, la llamaban Cenicienta.

Un día el príncipe del reino en que vivía dio una gran fiesta, pues quería buscar esposa entre las jóvenes del país. Las hermanastras de Cenicientas se pusieron contentísimas y empezaron a hacer preparativos para la fiesta, y cuando ella preguntó si podría ir también, se burlaron cruelmente:

—¿Tú, tan sucia y desastrosa? ¿Quieres que el príncipe muera de susto?

La noche de la fiesta, cuando su madrastra y sus hermanastras se fueron camino de palacio, Cenicienta se quedó llorando desconsolada en el jardín de su casa. De pronto apareció ante ella un hada que le dijo:

-No llores, Cenicienta; soy tu hada madrina y voy a ayudarte.

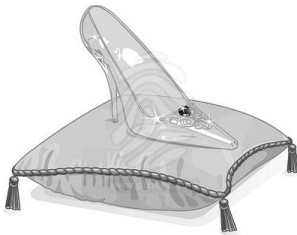
Con un toque de su varita mágica convirtió los andrajos de Cenicienta en un precioso vestido, y una calabaza en una lujosísima carroza. Luego transformó unos ratoncillos que correteaban por allí en pajes y le dijo a Cenicienta:

-Ve a palacio y diviértete; pero regresa antes de medianoche, pues a esa hora desaparecerá el encantamiento, y la calabaza y los ratones volverán a ser como antes.

Cenicienta llegó al palacio, y estaba tan hermosa que todo el mundo quedó deslumbrado, incluido el príncipe, que quiso bailar sólo con ella toda la noche.

Tan feliz estaba Cenicienta que no se acordó de la hora hasta que en el reloj empezaron a dar las doce. Entonces echó a correr, montó en su carroza a toda prisa,

y aún no había llegado a su casa cuando la calabaza, los ratones y sus andrajos empezaron a volver a su forma original.



Al marcharse corriendo, Cenicienta había perdido uno de sus zapatos, tallado en fino cristal, en la escalinata del palacio. El príncipe, enamorado de ella, recogió el zapatillo y mandó buscar a la mujer capaz de calzárselo, pues era realmente diminuto.

Muchas jóvenes del reino se probaron el zapato, pero a ninguna le entraba, hasta que finalmente le llegó el turno a Cenicienta. Al comprobarse que el zapato era suyo, fue llevada a palacio y el príncipe la tomó por esposa.

71. Trabalenguas

Me han dicho un dicho
que han dicho que he dicho yo;
ese dicho está mal dicho,
pues si lo hubiera dicho yo,
estaría mejor dicho
el dicho que han dicho
que he dicho yo.

Una pícara pájara
pica en la típica jícara;
en la típica jícara,
pica una pícara pájara.

En el juncal con don Joaquín
juncos juntaba Julián;
juntase Juana a las dos
y entonces, juncos juntaron
Juana, Joaquín y Julián.

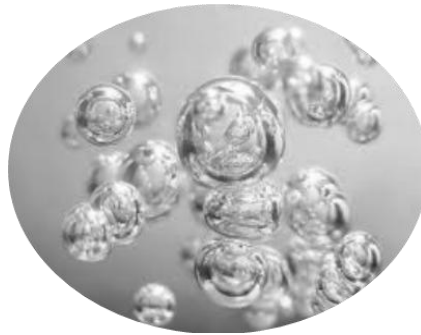
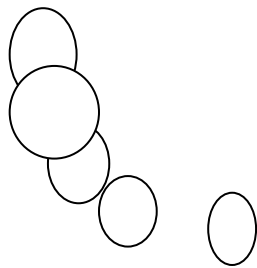
El cielo está enladrillado.
¿Quién lo desenladrillará?
El que lo desenladrille
buen desenladrillador será.

María Chuchena techaba su choza,
y un techador que por ahí pasaba le dijo:
–María Chuchena, ¿techas tu choza o techas la ajena?
–Ni techo mi choza, ni techo la ajena,
que techo la choza de María Chuchena.

Margarita, Robleda, *Trabalenguas, colmos, tantanes y un pilón de Margarita*. México SEP-Sitesa, 2008.

72. Las burbujas

¿Te habías fijado que todas las burbujas tienen la forma de una esfera? La forma del aro para hacer la burbuja no importa. Aunque soples por un “aro” cuadrado, la burbuja siempre sale como una esfera. Esto pasa porque la esfera es la forma a la que le cabe más usando menos material. Suena complicado, pero no lo es tanto. Veamos un ejemplo. Si metes la mano en un guante, verás que ocupas toda la tela del guante para cubrir tu mano, desde los dedos hasta la muñeca. Ahora, si la metes con el puño cerrado, notarás que sobra la tela que antes cubría tus dedos. Tu mano sigue siendo la misma, pero cuando la haces bolita necesitas menos tela para cubrirla.



Claudia Hernández García, “Las burbujas” en *Redondo: o cuando los círculos se convierten en esferas*, México: SEP-Castillo, 2006.

73. El pájaro carpintero y el tucán

Leyenda de los Huambisa. Amazonas.

Pues dicen los que lo vieron que hace mucho tiempo estaba el pájaro carpintero picoteando intensamente un hueco en lo alto de un árbol.

Trabajaba con mucha prisa, porque quería poner un huevo en un lugar seguro— Con su fuerte pico golpeaba –toc, toc, toc—, una y otra vez, rítmicamente, la corteza del tronco, que retumbaba en toda la selva como si fuera un tambor.

De pronto llegó volando el tucán, con sus preciosas plumas de colores y su enorme pico grueso y largo como su propio cuerpo, y se posó al lado del pájaro carpintero. Venía a

ver cómo éste hacía su nido, pues había escuchado decir que era el mejor constructor de nidos de toda la selva.

El tucán le preguntó:

–¿Es cierto que haces los mejores nidos?

–Pues eso dicen y es verdad: mira cómo los hago –respondió el pájaro carpintero –toc, toc, toc–, sin dejar de golpear el tronco con el pico.

El tucán, que a pesar de tener un gran pico no sabía hacer huecos y tenía que vivir al aire libre, dijo:

–Pájaro carpintero, a mí me gustaría tener una casa como la suya, para poner los huevos y vivir tranquilo.

El pájaro entonces tuvo una idea:

–Mira, compadre, ¿por qué no hacemos un trato? Tú me regalas las plumas de colores que tienes en la cabeza y que me gustan mucho, y, a cambio, yo te regalo mi casa para poner tus huevos y criar a tus hijos. ¿Te parece bien?

Al tucán le pareció muy buena idea y aceptó el cambio.

–Ea, hagámoslo ya.

Así que el tucán le entregó las plumas multicolores de su cresta al pájaro carpintero, y éste a cambio le cedió su nido. A partir de aquel día se hicieron, además muy buenos amigos. Y, desde entonces, los pájaros carpinteros golpean alegremente con su pico en los árboles y mueven con orgullo la cabeza, donde se ve un hermoso penacho de plumas rojas y amarillas.

Y también desde entonces los tucanes y sus familiares, los pájaros tabaqueros, siempre tienen un lugar donde resguardarse de las intensas lluvias tropicales de la selva peruana.



“El pájaro carpintero y el tucán” en Ana Garralón (comp.), *Cuentos y leyendas hispanoamericanos*, México, SEP-Larousse, 2007.

74. Cajitas frutales

Para guardar
el bigote de un ratón,
la cáscara de un piñón.



Para guardar
las burbujitas de un pez,
la cáscara de una nuez.



Para guardar
todas las horas del día
la cáscara de sandía.

Para guardar
de todo un poco,
una cáscara de coco



Antonio Rubio, "Cajitas frutales" en *Versos vegetales*. México, SEP-Anaya, 2005.

75. La muerte y el pelón

Había una vez un señor que se encontró con la muerte que le dijo:

–Ahora sí te voy a llevar.

–No me lleves– le dijo el hombre.

–Pues vengo dentro de ocho días, entonces si te voy a llevar.

Al regresar a su casa el señor le contó a su esposa que se lo iba a llevar la muerte. Pero su esposa dijo:

–No te llevaré, porque cuando te conocí estabas mechudo; y ahora te rasuras pelón para que no te reconozca.

Bueno– dijo el hombre.

– Se rasuró. Llegó el día del plazo, vino la muerte y preguntó por el señor.

Le dijeron que no estaba.

–Entonces, si no está el mechudo, aunque sea a este pelón me llevo– dijo la muerte.



"La muerte y el pelón" en Elisa Ramírez Castañeda (adaptación), *Cuentos de engaños, para hacer reír y fantástico*. México, SEP-CONAFE, 2002.

76. ¿A qué sabe?

Una porción de pizza sabe deliciosa. El sabor te lo indica la lengua. Mírate en un espejo y saca la lengua: está cubierta de diminutos abultamientos llamados papilas gustativas.



Envían mensajes a lo largo de nervios hasta tu cerebro para decirte a qué sabe lo que comes. Las diferentes partes de tu lengua captan los sabores dulces, ácidos, salados y amargos. Los alimentos sabrosos suelen, además, oler bien. Tu sentido del olfato te ayuda a captar los aromas más delicados de lo que comes. Si estás acatarrado y tienes la nariz congestionada, probablemente seas capaz de saborear tu comida. Esto se debe a que tu sentido del gusto y del olfato están estrechamente ligados.

Anita Ganeri, *¿Tienes hambre?* México, SEP-Everest, 2005.

77. Libélula

Insecto capaz de volar en reversa. Cuando nace, parece cucaracha y vive bajo el agua; cuando crece se transforma. Sus ojos se hacen grandes, le nacen cuatro alas y se le estira la cola; entonces sale del agua y vuela, con un ruido como de helicóptero.

Puede moverse más rápido que un auto. Con sus enormes ojos puede ver a un mosquito a varios metros de distancia, alcanzarlo y atraparlo con un labio que se estira hacia adelante; en un solo día devora cientos de moscos y moscas.



Esbelta, acuática,
antigua, mítica,
vuelas entusiasta
sobre el agua vasta.

Glotona, ruidosa,
te mueves garbosa
atrás adelante,
hermosa, chispeante.

Pedro Moreno y Alma Velasco, "Libélula" en *Mi primer diccionario de fauna de México*. México, SEP-SM, 2005.

78. La matraca traca

Los días de feria
la matraca traca
por todas las calles
hace su alharaca,
loca chachalaca
cacaraqueadora,
dispara su risa
de ametralladora,
se suelta tronando
de risa se ataca,
se desempaqueta,
se desempetaca,
que se desternilla,
de risa se mata,
que se descuaderna,

que se desbarata,
parladora boca,
pelada carraca
que el ruido mastica
y el eco machaca,
con nada se aplaca
su seco palique,
cotorra de porra
curruca y urraca,

rehilete loco,
dentada maraca,
entre triquitraques
la matraca traca.

Gilda Rincón, "La matraca traca" en Esther Jacob (selección), *Costal de versos y cuentos*, Sergio Arau, ilus. México, SEP-CONAFE, 1991.



79. El gato con botas



Al morir, el padre de Juan le heredó un gato y unas botas.

“¿Para qué quiero un gato?”, pensaba Juan.

En ese momento el gato se puso las botas y le dijo:

–Si haces lo que yo te diga, serás feliz.

El gato se fue al bosque y atrapó un conejo. Se lo llevó al rey y le dijo:

–Te traigo este obsequio de parte de mi amo, el marqués de Carabás.

El rey nunca había escuchado aquel nombre, porque el gato lo acababa de inventar,

Al día siguiente el gato fue con el rey y le obsequió dos perdices a nombre del marqués de Carabás.

Y así, todos los días, el gato iba al palacio y le daba un regalo al rey, de parte del marqués de Carabás.

Un día, el rey salió a dar un paseo con su hermosa hija. El gato corrió hasta llegar con Juan y le ordenó que se metiera a nadar al río.

Juan se quitó la ropa y se metió al agua. Entonces el gato escondió las ropas y cuando el carruaje del rey pasaba por ahí, gritó:

–¡Auxilio, le han robado las ropas a mi amo!

El rey escuchó el llamado y ordenó que le dieran a Juan uno de sus propios trajes. Cuando Juan apareció ante el rey con el traje puesto, se veía tan elegante que parecía un verdadero marqués.

El rey le dio las gracias por todos los regalos que había recibido.

Juan no entendía nada.

El rey invitó a Juan a subir a su carruaje.

Al verlo, la princesa quedó tan impresionada que se enamoró de él.

Juan se casó con la princesa y de este modo el gato con botas cumplió su promesa de hacerlo feliz.



Charles Perrault, “El gato con botas” en *Español. Primer grado. Lecturas*. México, SEP, 1998.

80. Pedro y el árbol de dinero

Pedro pensó en hacer una maldad. De madrugada se fue a un camino, buscó un árbol pequeño y le pegó monedas en las ramitas. Cuando acabó, se sentó cómodamente debajo de él y esperó a que pasara alguien. Ya tenía un buen rato cuando aparecieron unos arrieros, a quienes les ofreció venderles el árbol de dinero.

–¿Cuánto vale? –preguntó uno de ellos.

–Lo doy en cien pesos –contestó Pedro, que siempre pedía esa cantidad.

–Está muy caro. Te damos cincuenta.

–No, si no estoy loco. Este árbol produce dinero. Si lo compran, se hacen ricos. Se los dejo en cien pesos. Eso sí, con la condición de que yo le dé la primera sacudida.

–Está bien, sacúdelo. Si produce dinero, ya nos dará más.

De esta manera, Pedro vendió el árbol y se quedó con todo el dinero.



“Pedro y el árbol del dinero” en Isabel Galaor (comp.), *Así cuentan y juegan en los Altos de Jalisco*, Abelardo Culebro, ilus. México, SEP-CONAFE, 1991.

81. No puedes ver tus huesos con binoculares

Los binoculares, o catalejos, son esos lentes que se usan para ver de lejos. Por supuesto que no sirven para ver los huesos. ¿Cómo pueden verse los huesos? Vamos a verlo.



No, no puedes ver tus huesos con binoculares, pero si te lastimas, un doctor puede ver tus huesos mediante rayos x. Una mala caída o un accidente pueden causar que cualquiera de tus huesos se rompa. El área alrededor de los huesos rotos se inflama y duele.

Tus huesos están hechos de células vivas, tal como todas las otras partes del cuerpo (excepto por el cabello y las uñas).

Cuando te rompes un hueso, pronto se forma un coágulo de sangre alrededor de las dos partes donde se rompió el hueso. Entonces empieza un proceso mediante el cual las células comienzan a formar un hueso nuevo.

Las células que reparan al cuerpo fabrican un hueso nuevo y lo vuelven a tejer sin ayuda del doctor. Es necesario que el hueso esté colocado exactamente en la misma posición, generalmente mediante un yeso, y manteniéndolo de esa forma por un tiempo, si no puede que el hueso no se cure adecuadamente.

Una persona puede terminar con un brazo más corto que el otro, o con una pierna chueca.

Con ayuda de los rayos X, el doctor puede colocar el hueso roto exactamente en la posición correcta. Más tarde, otro juego de radiografías le mostrará al doctor cuando las puntas del hueso se hayan recuperado. Entonces se puede quitar el yeso.

Harrie Ziefert, No puedes ver tus huesos con binoculares: una guía de tus 206 huesos. México, SEP-Planeta Mexicana, 2006.

82. País de la fantasía

País de la Fantasía
donde todo es ilusión,
donde los caballos vuelan
como nubes de algodón.

Personajes de mil cuentos
viven en su capital,
no hay fronteras y en su entrada
pone:
¡Sólo hace falta soñar!

El Gato con Botas
cantaba feliz,
y Caperucita
quiere ser actriz.

La Bella Durmiente
sueña con bailar.
Pinocho ya dice
siempre la verdad.



El Patito Feo
un cisne será,
y la Cenicienta
ya no barre más

Alicia siguiendo
al conejo está,
y un mundo de estrellas
sueña Peter Pan.

País de la Fantasía,
donde todo es ilusión,
donde los caballos vuelan
como nubes de algodón.

Personajes de mil cuentos
viven en su capital,
no hay fronteras y en su entrada
pone:
¡Sólo hace falta soñar!

83. La camella bailarina



La camella no pensaba en otra cosa que en ser bailarina de ballet.

–Para que todos mis movimientos sean un ejemplo de gracia y belleza –decía la camella–. Ése es mi único deseo.

Practicaba una vez y otra sus piruetas, sus *relevés* y sus arabescos. Repetía las cinco posiciones básicas cien veces al día. Ensayó muchos meses bajo el sol abrasador del desierto. Tenía los pies destrozados y el cuerpo dolorido por la fatiga, pero ni una sola vez pensó en desistir.

Por fin, se dijo: «Ahora soy bailarina.» Anunció un recital y bailó ante un grupo de camellos amigos y de críticos. Cuando terminó su actuación, se deshizo en una reverencia. No hubo aplausos.

–Debo decirle con toda franqueza –dijo un miembro del público–, como crítico y como portavoz de este grupo, que es usted cachetuda y jorobada, grandota y desmañada. No es usted, como el resto de nosotros, otra cosa que un camello. Nunca ha sido ni será una bailarina de ballet.

Entre risitas y burlas, la concurrencia se disolvió por las arenas del desierto.

¡Qué equivocados están! –se dijo la camella–. He trabajado duro. No cabe duda de que soy una magnífica bailarina. Bailaré y bailaré, sólo para mí.

Así lo hizo, y disfrutó muchos años.

Quien se quiere a sí mismo es feliz.

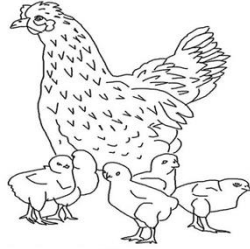
Arnold Lobel, “La camella bailarina” en *Fábulas*. México, SEP-Celistia, 2006.

84. Una polla pinta. Coplas

Una polla pinta
y una colorada
ponen sus huevitos
en la madrugada.

Y de rama en rama
y de flor en flor
canta un pajarito
rendido de amor.

Paloma blanca, piquito de oro
que con tus alas, volando vas.
pasan los montes, pasan los ríos
pasan las olas del ancho mar.



Soy caracol, ¡caracoles!
casa no compró ni vendo,
con orgullo voy y vengo
deslizándome entre flores!

Pobrecito gato
no hallaba qué hacer:
agarró una rata
y se la empezó a comer.

Préstame tu gato prieto
para ponerle calzones,
me lo llevaré a mi casa
para que coma ratones.

85. La tierra de arena

Hace mucho tiempo sólo existía el mar y el cielo. Un día el Señor del viento decidió crear la tierra, pero necesitaba un poco de arena del fondo del mar.

Al enterarse, los animales marinos quisieron ayudar.

Así que se reunieron para ver quién nadaba mejor.

Como el viaje era muy largo, no invitaron a la tortuga. –Es muy lenta –dijeron.

Así el primero en bajar fue el camarón, pero como era tan pequeño se cansó muy rápido y mejor se regresó.

Después siguió el tiburón, pero a medio viaje le dio hambre y a medio viaje se puso a cazar peces.

En tercer lugar bajó el pulpo, sólo que se aburrió y prefirió irse con el calamar.

Por último fue la ballena, quien nadó velozmente, pero casi al llegar se quedó dormida.

Total que ninguno logró llegar y subieron muy tristes a ver al Señor del Viento.

Entonces vieron que la tortuga se acercaba con mucha prisa.

–¿De dónde vienes? –le preguntó el Señor del Viento.

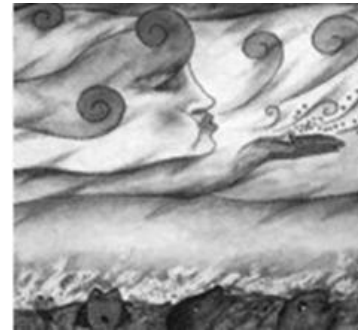
–Traía la arena, pero se me cayó –contestó con tristeza.

–Con lo que queda en tus aletas alcanza –dijo el Señor del Viento, quien tomó los granos y los regó por todas partes.

De los granos de arena surgieron las playas, los campos y las montañas.

En agradecimiento, el Señor del Viento permitió que la tortuga fuera la primera en tocar la tierra.

Y desde entonces se le ve por todas partes.



“La tierra de arena” en *Español. Primer grado. Lecturas*, SEP, 1998.

86. Mambrú

Mambrú se fue a la guerra, do, re, mi,
Mambrú se fue a la guerra, no sé cuando vendrá,
do, re, mi, fa, sol, la, no sé cuando vendrá.

Sube a la torre niña, do, re, mi,
Sube a la torre niña, a ver si viene ya,
Do, re, mi, fa, sol, la a ver si viene ya.

Ahí viene un pajarito, do, re, mi,
Ahí viene un pajarito, ¿qué noticias traerá?,
Do, re, mi, fa, sol, la ¿qué noticias traerá?

La noticia que traigo, do, re, mi,
La noticia que traigo: Mambrú ha muerto ya,
Do, re, mi, fa, sol, la, Mambrú ha muerto ya.

En caja e terciopelo, do, re, mi,
En caja e terciopelo lo llevan a enterrar,
Do, re, mi, fa, sol, la, lo llevan a enterrar.

Arriba de la caja, do, re, mi,
Arriba de la caja dos pajaritos van,
Do, re, mi, fa, sol, la, dos pajaritos van.

Los pajaritos cantan, do, re, mi
Los pajaritos cantan el pío, pío, pan,
Do, re, mi, fa, sol, la el pío, pío, pan.



87. Las colas de cerdo

Pedro Urdemales pastoreaba una piara de cerdos cerca de un lugar pantanoso. Los animales no eran suyos sino de su patrón.

—¿Nos vendes esos cerdos?—le preguntaron unos viajeros que por allí pasaban.

Pedro se lo pensó bien y respondió:

—Los venderá, sí, pero sin cola.

A los viajeros no les importó la curiosa condición que les ponía, porque lo que querían no era la cola sino todo lo demás.

Así pues, pronto se pusieron de acuerdo y acabaron de cerrar el trato. Entonces el pastor cortó la cola a los cerdos. Los viajeros pagaron el dinero convertido y se llevaron los animales.

Pedro Urdemales, que tenía que justificar ante el dueño lo que había ocurrido con sus cerdos, fue a su encuentro y le dijo:

—Los cerdos se me han escapado y se han hundido en la ciénaga. ¡Lo siento! Sólo se les ven las colas.

El amo corrió hacia el lugar pantanoso y, en efecto, vio que en medio del cieno asomaban las colas de sus cerdos.

Ataron sendas cuerdas a dos de ellas y se dispusieron a sacar los animales hundidos. Pedro tiró flojito porque ya sabía que no había nada metido en el barro. En cambio, el dueño dio un tirón tan fuerte que cayó de espaldas al suelo, dándose un tremendo trompazo.

Nunca más volvieron a intentar sacar ningún cerdo de allí, y Pedro Urdemales aún se ríe de las trampas que urdió, y todavía disfruta del dinero que ganó con la venta de los marranos.



“Las colas del cerdo” en *El libro de los cuentos y leyendas de América Latina y España*. México SEP-Ediciones B, 2007.

88. Más que un par de alas

La Mosca.

La mosca es totalmente inofensiva pero se parece al mosquito y es diez veces más grande que él, así que cuando la vemos provoca más de un susto.

Uno de los problemas de las moscas y mosquitos es que pueden ser portadores de enfermedades. El mosquito *Anopheles* infecta a los humanos con la malaria, una enfermedad muy grave que padecen en el mundo muchas personas.

Se llaman **dípteros** porque vuelan con las alas delanteras, ya que las traseras las tienen convertidas en muñones. Es un grupo de insectos muy relacionado con el hombre. Los mosquitos y los tábanos son **hematófagos**, es decir, se alimentan de la sangre de las personas o de los animales domésticos. Las moscas se alimentan de cualquier cosa que se pueda comer: cuerpos de los animales, restos orgánicos, carnes, desechos, incluidos excrementos. En todos estos sitios la mosca deposita su huevo, de donde nace la larva. Las larvas de las moscas son blanquecinas, agusanadas y realmente asquerosas.



89. El duende que jugaba canicas

Una noche fui a una fiesta con mis amigos y estuve bailando un buen rato, luego me aburrí y decidí irme para mi casa. Iba yo caminando por la calle cuando llegué a un terreno baldío cercado con alambre de púas, una cerca muy alta. Apenas lo pasé que veo en el corredor de una casa a un niño jugando a las canicas; eran como las dos de la mañana y pues me pareció raro, ¡muchacho canijo, qué haces a estas horas! –le dije. El chamaco nada más se me quedó mirando. ¿No oyes? te estoy hablando, ahorita no son horas para jugar. Dime dónde vives para llevarte –le pregunté. El niño: en silencio. ¿Adónde vives? ¿Qué no sabes hablar?

Nada más negó con la cabeza. Pues si no sabes hablar, me vas a decir en qué casa vives. Y que me dice sí con la cabeza, se agarró de mi mano y me fue jalando. Entonces empezó lo feo, porque el chamaco me llevaba hacia el solar cercado. ¡No hombre, allí no vamos a entrar! ¡No hay paso! –le dije. Pero el niño me jalaba, tenía mucha fuerza. Llegamos al alambrado y que lo traspasa, sin arañarse siquiera.. ¡Ay, yo quería soltarlo pero no me dejaba!, entonces que le veo los ojos y los tenía como brasas, rojos y brillantes. ¡Ave María purísima! ¡Dios mío!, empecé a gritar y que se desvanece el chamaquito. Luego me agarró un frío, un temblor y me eché a caminar hasta llegar a mi casa. No, con eso no me quedaron ganas de volver a ningún baile.



Jesús Paredes y Jesús Pérez-Ruiz (Adaptación) "El duende que jugaba canicas" en Esperanza Penagos y Luz Ma. Muñoz (recopilación) *La tierra de los susurros*, ilus. Eduardo Enríquez Rocha. México: SEP-CONAFE. 2004.

90. Los secretos del agua

Mira a tu alrededor. Si observas con atención, verás que hay agua en muchos sitios: en tu casa, en los ríos y mares.... Pero también hay agua que no puedes ver. ¿Sabías que un ser humano de 70 kilos contiene unos 45 litros de agua?

El agua es el producto químico más fácil de obtener, pero sabemos poco sobre ella.

Hoy en día estamos tan acostumbrados a utilizar el agua que creemos que es un recurso inagotable. ¡Pero de eso nada!

De hecho, los astrónomos estudian el universo para intentar descubrir zonas donde pueda haber agua.

Algunas estrellas tienen agua en su atmósfera.

Ya se ha encontrado agua en la atmósfera de algunas estrellas, en las nubes de polvo de estrellas, en los cometas, en los satélites y en los planetas del sistema solar, en forma de vapor o de hielo.

¿Cómo llegó el agua a la Tierra?

Los astrónomos y los geólogos se preguntan cómo pudo llegar el agua a la Tierra. Parece que ya existía cuando nuestra estrella, el Sol, todavía no era más que una inmensa nube de gas ardiente. Entonces, el agua estaba unida a otras partículas. Estas, al enfriarse, se unieron entre sí, y formaron enormes meteoritos y, más tarde, planetas. El agua fue liberada en los planetas. Allí, según la temperatura, se evaporó, como ocurrió en Venus, o se heló, como pasó en Marte.



91. La luna empieza a salir

La luna empieza a salir
me cobija con su abrazo
y me acuna en su regazo
como haciéndome dormir.
Sólo le quiero pedir
al verla reina en el cielo
que no limite mi vuelo
mis ansias de libertad.
Quiero crecer de verdad.
eso es todo lo que anhelo.



Y aunque es grande su hermosura
y deslumbra con su luz
no quiero ahogarme en la cruz
de sus brazos de ternura.
Yo prefiero la locura
de mis sueños de papel
para perseguir aquel
verso que me entibie el alma
y me devuelva la calma
confundiéndome con él.

Mercedes Calvo, "La luna empieza a salir" en *Los espejos de Anaclara*. México, FCE-f,l,m, 2009.

92. El león y el mosquito

Había una vez un león fiero y perezoso al que le gustaba permanecer echado, haciendo la siesta. Un día caluroso se tendió a la sombra de un gran árbol a esperar que pasara la tarde, Pero un mosquito que quería vengarse de él empezó a zumbarle en el oído.

El león se despertó rabioso y rugió:

–¿Por qué no me dejas dormir?

–Pasaba por aquí, y canto porque vengo contento– le contestó el mosquito.

–¿Cómo te has atrevido a molestar al rey de los animales, que te puede destrozarse simplemente con su voz?

–Tienes muy mal genio y unos colmillos que espantan a cualquiera, pero yo no te tengo miedo.

El león se levantó y se dirigió hacia él con las fauces abiertas. Entonces el mosquito se le coló por la nariz y empezó a picarle por dentro.

El orgulloso animal se revolcaba sobre la hierba, pero no conseguía atraparlo ni librarse de él.

El insecto, seguro de sí mismo a pesar de ser tan pequeño, salió de la nariz del león y se burló de él con estas palabras:

–¿De qué te sirve ser el rey de la selva si no puedes ni con un mosquito?

Y el pequeño animal zumbó de nuevo a su alrededor y se le metió en el interior de la oreja.

–Les voy a decir a todos los habitantes de la selva que no has podido conmigo–dijo el diminuto mosquito al fiero león para humillarlo.

Y cansado de picarle, echó a volar satisfecho y distraído, con tan mala suerte que al pasar entre unas ramas quedó atrapado en una telaraña. Pronto llegó la araña y se lo comió sin más, sin preguntarle nada.



93. El hombre feliz

Había una vez un rey y enfermo. Sabía que su muerte estaba próxima, pero como era tan poderoso se resistía a creer que la muerte pudiera llevárselo. Mandó reunir a los mejores médicos de su reino y cuando vio que eran incapaces de curarlo, ordenó venir a otros tantos de tierras muy lejanas. Pero no sirvió de nada: se estaba muriendo de puro viejo y contra eso, le dijeron, no había cura posible.



Entonces el rey supo de un sabio que vivía muy lejos y que tenía respuesta para todo. Al punto, envió a sus mensajeros a preguntar qué hombre era el que podía curarlo.

Los mensajeros regresaron y dijeron:

–Su Majestad tiene que encontrar un hombre que no le pida nada a la vida, tomar su camisa y ponérsela. Si lo hace, se curará.

El viejo rey se puso muy contento.

–¡Ya me siento mejor!– dijo a sus consejeros, y los envió a que buscaran por todo el reino a aquel hombre. Los consejeros buscaron por aquí y por allá, y dieron con un gran número de hombres ricos y felices. Pero, cuando se les preguntaba, siempre echaban a faltar alguna cosa que hacía que su vida no fuera feliz del todo.

Mientras los consejeros se iban adentrando en tierras cada vez más lejanas, el viejo rey se debilitaba más y más. Una noche, los consejeros escucharon hablar en voz alta a un hombre de rostro alegre y sano con una jarra de cerveza en la mano, que se encontraba en una esquina de la taberna donde se alojaban, al lado mismo de la chimenea. Tenía aspecto de ser muy pobre, pues llevaba una chaqueta remendada y unos pantalones desgastados ya por el uso. De repente, golpeó la mesa con el puño y exclamó en voz alta:

–¡Yo no le pido nada más a la vida!

Cuando los consejeros escucharon estas palabras, se acercaron a él y le suplicaron que fuera con ellos para salvar al rey.

–¡Te hará más rico que lo que jamás hayas podido soñar!–le prometieron.

–Pero si ya soy lo bastante rico–dijo feliz el hombre–. Tengo todo lo que puedo necesitar, así que ¿por qué habría de viajar hasta tan lejos para salvar a vuestro viejo rey?

Nadie pudo convencerle y los consejeros empezaron a desesperarse. El simple hecho de no poder convencerlo con sus sobornos les confirmó que efectivamente habían encontrado al hombre que buscaban. Al final, optaron por ir rellenando con cerveza la copa del hombre varias veces hasta que éste cayó en un profundo sopor. Entonces, lo metieron en su carruaje y lo condujeron rápidamente hasta el palacio del rey.

Una vez allí, llevaron al hombre borracho en presencia del rey.

–¡Majestad– dijeron–, por fin hemos dado con un hombre que es del todo feliz y que no pide nada más a la vida!

El anciano rey, muy debilitado, levantó una mano:

–¡Dadme su camisa!– ordenó–, Me la pondré y así volveré a encontrarme del todo bien.

Los consejeros despojaron al hombre borracho de su chaqueta remendada con gran rapidez, pero debajo tan solo encontraron un andrajoso chaleco sucio y usado.

–¡Oh, Majestad!– exclamaron los consejeros–. Parece ser que este loco feliz no lleva puesta camisa alguna...

Entonces, el anciano rey dejó escapar un largo y conmovedor gemido y murió. Tan sólo entonces los consejeros entendieron el significado último de las palabras del sabio: no hay en el mundo persona alguna que tenga todo lo que desea, y ni siquiera los reyes pueden vivir para siempre.



Antonio Barber, “El hombre feliz” en *Cuentos ocultos de Europa del Este*, Paul Hess ilus. México SEP-Shena Guild. 2004.

94. ¿De qué se hace el pan?

El pan se hace de trigo, Los granjeros plantan el trigo en los campos.

Conforme el trigo crece le sale una espiga en la punta: Allí es donde están los granos de trigo.

En el momento de la cosecha una trilladora corta el trigo. Los granos se separan.

El resto de la planta se deja en el campo para que se seque y se convierta en paja.



El granjero vende el grano al molino de harina.
 En el molino, los granos se muelen para convertirlos en harina. La harina se vende a las panaderías y tiendas.
 En la panadería se agrega agua, azúcar y levadura para formar una masa.
 La masa se amasa y se mete a cocer al horno...
 ¡y sale como pan!

Ronne Randall, "¿De qué se hace el pan?" en *¿De dónde proviene los alimentos que hay en tu refrigerador?: Para explicar la fuente de los alimentos*. México, SEP-Planeta Mexicana, 2007.

95. Ricitos de oro y los tres ositos

Cierto día, una niña a la que por su hermosa cabellera rubia le llamaban Ricitos de oro, fue a dar un paseo por el bosque que había junto a su pueblo.

Estaba cantando alegremente y recogiendo florecillas cuando, de pronto, se puso a llover. Echó a correr, buscando cobijo, y vio a lo lejos una acogedora casita en medio del bosque, hacia la que se dirigió. Al llegar gritó y llamó a la puerta, pero nadie salió a abrir. Ricitos de Oro probó a girar el picaporte y la puerta se abrió la puerta: no estaba cerrada con llave.

La niña entró y vio una mesa con tres platos humeantes; uno grande, otro mediano y otro pequeño. Frente a cada plato había una silla cuyo tamaño se correspondía con el plato: la primera silla era grande, la segunda mediana y la tercera pequeña.

Ricitos de oro tenía tanta hambre que se acercó a la mesa y, al ver que los platos estaban llenos de gachas, empezó a comer del plato pequeño. Cuando terminó se comió las gachas del plato mediano y finalmente se sentó en la silla grande y vació el tercer plato.

—¡Qué buenas estaban!, —exclamó la niña—. Pero ahora me ha dado sueño...



Subió unas escaleras y llegó a una habitación en la que había tres camas; una grande otra mediana y otra pequeña. Se tumbó en la cama pequeña y se quedó dormida.

Al rato llegaron los dueños de la casa, que eran una familia de osos: papá oso, mamá osa y su hijo osito.

—¡Se han comido la sopa! —exclamaron los osos.

Subieron corriendo a la habitación y, al ver a Ricitos de oro dormida, dijeron:

—¡Qué niña tan linda!

Ricitos de Oro despertó. Como sabía cocinar bien, les hizo un gran pastel para compensar la sopa que se había comido, y desde aquel día fue muy amiga de la simpática familia de osos.

“Ricitos de Oro y los tres ositos” en *Grandes relatos para lectura infantil*. México, SEP-Geo, 2007.

96. El sueño de Camilo

Como Camilo siempre anda detrás de cosas extraordinarias, le suelen suceder cosas extraordinarias. Ayer, por ejemplo, mientras buscaba un tesoro enterrado se quedó dormido. Al rato sintió que su cuerpo se entumecía, que no podía mover los brazos ni las piernas; en fin ¡que se había convertido en lombriz! Y como no tenía manos para pellizcarse y averiguar si era un sueño, se dijo:

—¡Aprovecharé la ocasión! ¡Buscaré el tesoro bajo la tierra!

Y sin esperar más, emprendió el descenso.

Un bosque de raíces le dificultaba la marcha pero, de pronto el suelo se abrió bajo su cuerpo y comenzó a caer y caer.

Algo tibio y suave interrumpió su caída.

—Hola, ¿qué te trae por estas profundidades? —preguntó el topo que le había servido de colchón.

—Busco un tesoro.

—¿Qué es eso?

—Es algo muy valioso. ¡Con un tesoro podría hacer realidad mis sueños!

–No creo que esté por aquí. Te llevaré a la capa de más arriba. Allí encontrarás aire, restos de plantas y otros animalitos que tal vez sepan dónde está tu tesoro—. Y el topo se aventuró por unas interminables galerías hacia la superficie.

–¡Qué fantástico laberinto! ¿Lo hiciste tú?

–¡Claro! Pero los hombres me persiguen, dicen que los perjudico con tantos túneles. No saben que por ellos circula aire que enriquece el suelo.

¿Falta mucho para llegar a la capa de más arriba?

–No, ya llegamos ¡Que encuentres tu tesoro!

¿Tesoro? –preguntaron un montón de vocecitas. Camilo no veía a nadie.

–¡Somos chiquititas! Nosotros comemos y comemos. Desbaratamos los restos de animales y plantas para obtener nuestro alimento. Al hacerlo dejamos en el suelo sustancias nutritivas que lo enriquecen... ¡Somos las bacterias! A Camilo le resultó conocido el nombre pero lo que más llamó su atención fue eso de que enriquecían la tierra.

Una lombriz gorda se le acercó:

–¡Qué triste y flaco se te ve, cuate! ¿qué te pasa?

–Busco...

–¡Comida!...Pero si estás rodeado de ella.

Camilo miró a su alrededor y sólo vio tierra.

–Prueba un bocado de tierra. Verás lo bien que te vas a sentir.

Camilo no esperó más y se arrastró hacia la superficie que se hallaba a pocos centímetros.

Una luz dorada lo cegó. Era la luz del sol.

Cuando Camilo despertó estaba sudoroso y sucio...pero se sentía requeté contento.

Había descubierto los tesoros de la tierra!

Mónica Lavín, "El sueño de Camilo" en *Cosas curiosas de aquí y de allá II*. México, SEP-Innovación y comunicación, 1991.

97. La tierra es redonda

La tierra aparece una gigantesca pelota.

Tiene un precioso color azul porque está cubierta de agua.

Está rodeada de una capa de aire.

Gracias al agua y al aire podemos vivir en la Tierra.

La tierra es demasiado grande para que nos podamos dar cuenta de que tiene forma de pelota. Por eso, durante mucho tiempo se creyó que era como un gran plato plano. En realidad, la Tierra se parece más a una naranja, achatada por encima y por debajo.

A menudo se llama a la Tierra “el planeta azul”, porque el agua de sus océanos cubre dos terceras partes de su superficie. Entre los océanos, enormes bloques de tierra forman los cinco continentes en los que viven las personas. En los continentes también hay agua: ríos, arroyos, lagos y fuentes subterráneas que proporcionan agua dulce.

¿Cómo nos aguantamos sobre la Tierra?

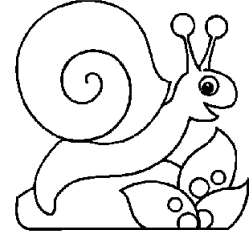
Nos aguantamos sobre la Tierra porque existe una fuerza que nos atrae hacia su centro y nos sujeta al suelo. La Tierra atrae también todos los objetos: si lanzamos una piedra hacia arriba vuelve a caer al suelo.

¿Las personas que viven debajo de la Tierra tienen la cabeza hacia abajo?

La Tierra es como una pelota; no tiene parte de arriba ni parte de abajo. Creemos que tiene una parte encima y otra debajo porque la vemos así en un dibujo, pero la podríamos dibujar en cualquier otro sentido.



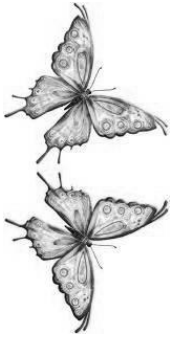
98. Cancioncilla



Doña Caracola
y don Caracol

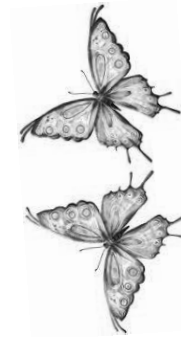
toman en la playa
un baño de sol.

Su bella casita
de nácar y sal
parece un anturio
de rosa y coral.



Están fatigados
de tanto viajar;
los trajo a la orilla
la mano del mar.

Conocen la historia
de los marineros,
hablan con los peces
y con los luceros.



Fanny Osorio (Colombia)

“Cancioncilla” en Francisco Delgado Santos (Invest. y selecc) *Antología de poesía iberoamericana para niños*. México, SEP-EUROMÉXICO, 2006.

99. ¿Por qué tienes hambre?

¿Tienes hambre? Esa es la forma que tiene tu cuerpo de decirte que necesitas comer algo. La comida contiene muchas sustancias imprescindibles que tu cuerpo usa para crecer, permanecer sano y separar las partes que lo necesiten. Los alimentos, además te aporta energía.

Tu cuerpo necesita alimento para funcionar, del mismo modo que un coche necesita gasolina. Te sientes hambriento cuando tus depósitos de energía se vacían.



Tu cuerpo comienza a digerir la comida tan pronto tomas el primer bocado. En tu boca, los dientes cortan y mastican el alimento en trozos pequeños, la lengua los mezcla y los lleva a la parte trasera de tu boca. Tu boca fabrica saliva. Humedece los trozos de comida haciéndolos resbaladizos y fáciles de tragar. Por eso ante una comida deliciosa se te hace agua la boca.

Pásate la lengua por los dientes ¿Notas sus diferentes formas? Tus dientes delanteros son afilados, para morder, mientras que los traseros son planos, para aplastar y triturar. Cuando eres pequeño tienes dientes pequeños, llamados dientes de leche, que se caen cuando cumples cinco o seis años; son sustituidos gradualmente por treinta y dos dientes nuevos, más grandes.

Anita Ganeri, *¿Tienes hambre?* México, SEP-Everest, 2005.

100. El peinado de la tía Chofi

Una historia ¡de pelos! Fíjense. Seguro que conocen a alguien que se parezca a la señora de esta lectura.

A mí no me gustan las bodas. Pero a mi tía Chofi le encantan. Se viste con plumas, pieles, piedras y guantes. Y hay algo que siempre me quita la respiración: su peinado. Y es que cuando hay una boda, primera comunión, quince años o funeral, mi tía Chofi hace una cita en el Salón de Belleza Elodia.

En ese lugar, la señora Elodia realiza el milagro: agarra los pocos pelos rojos de mi tía. Después los lava, los seca, los estira, les hace crepé, los extiende y los soba hasta transformar la escasa cabellera de mi tía en un edificio de fantasía. Lo hornea durante varias horas en el secador y después lo rocía con siete litros de laca para darle firmeza.



El día de la boda, mi tía llegó a nuestra casa con un peinado que medía dos metros de altura.

Cuando abrimos la puerta para salir, se escuchó un zumbido. Al levantar la vista descubrimos un bicho que se acercaba volando a toda velocidad.

–¿Qué es eso? –preguntó mamá.

– ¡Yo sé lo que es! Es un mayate.

–¿Y eso qué es? –interrogó mi hermana.

–Un mayate –les informé– es una especie de escarabajo, pero más rechoncho y escandaloso.

El insecto voló en picada y ¡zaaaas!, se zambulló en el peinado.

–Quítenmelo, pero sin descomponer el peinado –advirtió la tía.

Nos asomamos temerosos a las profundidades de esa selva roja.

El peinado seguía intacto y el insecto seguía adentro. De nada valieron súplicas, amenazas ni los más rudos procedimientos.

–Ni modo –se impacientó papá–. Se nos hace tarde. Tendrás que ir con... con... eso.

Mi tía, aunque nerviosa, sabía que no tenía alternativa.

La fiesta transcurría normalmente, pero a cada rato mi tía se sobresaltaba. Cuando terminamos de cenar y empezó la música, mi tía ahogó un grito.

–¿Qué te pasa? –le pregunté.

–Creo que el escarabajo está bailando –susurró.

Me asomé y, efectivamente, el escarabajo estaba bailando.

Observé fascinado que el merengue del pastel tenía grandes semejanzas con el peinado de mi tía.

Llegó el momento de felicitar a los novios. Mi tía se levantó y, al abrazar a la novia...

¡ZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZ! El escarabajo decidió volar dentro del peinado.

–¿Qué ruido es ése? –preguntó la novia, asustada–. Parece que viene de tu cabeza, tía.

–Es mi aparato para la sordera –respondió ella con una sonrisa de pánico.

Entonces sucedió lo peor: el escarabajo salió del peinado, caminó por su superficie y zumbó malévolamente.

–¡En el peinado de la tía Chofi hay un animal! –gritó la novia.

A mi tía, de horror, se le erizaron los pelos, ¡y el peinado se desbarató!

Fue la mejor boda que he asistido. En la siguiente invitación, la tía Chofi se compró un sombrero.

Vivian Mansour Manzur, *El peinado de la tía Chofi*. Martha Avilés, ilus. México, SEP-FCE, 2004.

101. La nariz



La nariz es el adorno central del rostro y la sede del sentido del olfato. Los olores, buenos o malos, atraen o ahuyentan, respectivamente y guían en la búsqueda de alimento, de un compañero, o de un lugar.

Sin embargo, para algunos animales la nariz no es sólo esto, sino también un instrumento con otros usos.

Sin duda alguna la nariz más larga es la del elefante africano. Su trompa puede medir más de dos metros de largo, desde la raíz hasta el extremo. Está formada por una especie de doble tubo musculoso.

El elefante asiático es más pequeño que su primo africano y se distingue de él, entre otras cosas, por las dimensiones de las orejas y la conformación de la punta de la trompa.

Ante todo es una nariz porque el animal usa la trompa para respirar y husmear exactamente como nosotros (el elefante tiene un olfato finísimo; es lo menos que le podía suceder con semejante nariz); pero también es una mano delicada y potente con la cual, simultáneamente, el animal puede recoger frágiles bayas silvestres, arrancar un árbol, rascarse la oreja o acariciar tiernamente a sus crías.



Annette y Talus Taylor, "La nariz" en *Los cinco sentidos*. México, SEP-Mondadori, 1992.

I 02. Las hormigas

Un hilo de hormigas
como en procesión,
pasa por el patio
bajo el girasol.

Parece que viaja
sin luz ni motor,
un tren infinito
que nos dice adiós.

¡La cueva está lejos
como una estación!



Quisiera contarlas:
¡ya pasan de cien!
son mil vagoncitos
del anochecer...

¡Cuidado amiguito!
no acerques el pie,
que se descarrila
mi pequeño tren...

Felices los sueños
que viajan en él

Ernesto Rodríguez, "Las hormigas" en Francisco Delgado Santos (invest. y selecc) *Antología de poesía iberoamericana para niños*. México, SEP-Euroméxico, 2006.

I 03. Pulgarcita

Érase una vez una mujer que quería tener un hijo pero no sabía dónde irlo a buscar. Al fin se decidió ir con una vieja bruja, quien le dio un grano de cebada, le dijo que lo plantase en una maceta y le aseguró que vería grandes maravillas.

La mujer sembró el grano y brotó una gran flor, parecida a un tulipán, pero con los pétalos cerrados. Le pareció tan bonita que la besó y en el mismo momento se abrió la flor y en su interior apareció una niña pequeñísima pero muy bonita, a la que llamó Pulgarcita.

Una noche en que la pequeña dormía encima de la mesa, dentro de una cáscara de nuez, entró por un cristal roto de la ventana un sapo, quien pensó que Pulgarcita sería una buena esposa para su hijo. Cargó con la cáscara de nuez con la niña dentro y salió de nuevo por el cristal roto. La llevó hasta el arroyo y la depositó sobre una hoja de nenúfar. Al encontrarse allí y saber que tenía que casarse con el horrible hijo del sapo, Pulgarcita lloraba sin parar. Los pececillos, al verla tan hermosa, sintieron pena de ella. Se reunieron todos alrededor de la niña y cortaron el tallo del nenúfar. La hoja salió flotando río abajo llevándose a Pulgarcita lejos del alcance del sapo.

En su barca la niña pasó por delante de muchas ciudades hasta que llegó junto a un gran bosque. El nenúfar se acercó a una de las orillas y Pulgarcita pudo bajarse.

Junto al bosque se extendía un gran campo de trigo y por él se adentró la pequeña hasta detenerse frente a la puerta de la casa de un ratón, quien al verla tan bonita y tan sola, decidió darle cobijo pensando en casarla con su vecino, un topo rico e instruido.

Se hicieron las debidas presentaciones y el topo quedó encantado con aquella inesperada boda. Al día siguiente cuatro arañas comenzaron a tejer el ajuar de Pulgarcita. Pero la niña tampoco deseaba ser la esposa de un topo y vivir toda su vida bajo tierra. De modo que volvió a echarse a llorar desconsoladamente.

La misma mañana de boda acertó a pasar por allí una golondrina. Pulgarcita al verla, le pidió que la llevara con ella. La golondrina aceptó y con la niña encima voló hacia las tierras cálidas. Allí la depositó sobre un pétalo de una hermosa flor. Pero ¡qué sorpresa! En el cáliz de la flor había un hombrecito blanco y transparente que llevaba en la cabeza una corona de oro. Era el ángel de la flor.

Cuando vio a Pulgarcita quedó encantado. ¡Era tan bonita! Y quitándose la corona de la cabeza se la puso en la de ella, al tiempo que le preguntaba si quería casarse con él. Pulgarcita, feliz, dijo que sí ¡qué diferencia entre este pretendiente y el hijo del sapo o el topo!



104. Un podador...

Un podador podaba la parra
y otro podador que por allí pasaba
le dijo:
–Podador que podas la parra,
¿qué parra podas?
¿Podas mi parra o tu parra podas?
–Ni podo tu parra ni mi parra podo,
que podo la parra de mi tío Bartolo.



Si Roza Rizo

Si Rosa Rizo, rusa,
reza en ruso,
¿cómo reza Rosa Rizo, rusa,
En ruso?
¿Parará, papá?
¿Parará, peín?
Parará.

“Un podador” en María Sánchez de Tagle (selección), *Preguntitas*. México, SEP, 1992.

105. La caja

Marta encontró una cajita sobre la mesa de la cocina de Jorge.
“No abrir”, decía la nota.
–No lo haré –dijo Martha –.
No soy fisgona.
Pero Marta no podía apartar los ojos de la caja.
Volvió a leer la nota.

“No abrir”, decía.

Marta no podía soportarlo.

–Una miradita no hará daño a nadie.

Y desató la cuerda.

Toda la colección de palomitas de maíz de Jorge saltó fuera de la caja.

–¡Cielos! –exclamó Marta.

A Marta le llevó toda la tarde recoger las palomitas de colores.

Una amarilla le dio bastante la lata.

Cuando Jorge llegó a casa, Marta estaba leyendo una revista.

–Pareces cansada –dijo Jorge.

–¿No pensarás que he abierto esa cajita, verdad?

–Claro que no –contestó Jorge.

–No soy fisgona –explicó Marta.

Jorge no dijo una palabra.



James Marshall, *Jorge y Marta en la ciudad*. México, SEP-Espasa Calpe, 1989.

106. Festín congelado

La Antártida es una vasta tierra helada que rodea al polo sur. Parece un desierto de hielo, pero el océano que la rodea está lleno de peces, ave, focas y ballenas.

En la Antártida viven siete clases de pingüinos, pero los pájaros bobos son los más comunes. ¡Se reúnen hasta cinco millones de ellos en una zona de cría!

Las ballenas jorobadas, y otras catorce especies de ballenas y delfines, viajan cada verano a la Antártida para alimentarse.

¡Crustáceos! Estos animales miden sólo 4 cm de largo pero son muy abundantes.

Una sola colonia puede cubrir 45 000 campos de futbol y pesar dos millones de toneladas.

Nicola Davis, “Festín congelado” en *Océanos y mares*. México SEP-Altea, 2006.

107. ¿En dónde tejemos la ronda?

¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos al pie de los montes?
El monte nos va a contestar.
¿Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar!
¿La haremos, mejor, en el bosque?
La voz y la voz va a trenzar,
y cantos de niños y de aves
se irán en el viento a besar.



¡Haremos la ronda infinita!
¡La iremos al bosque a trenzar,
la haremos al pie de los monte
y en todas las playas del mar!

Gabriela Mistral

<http://www.silvitablanco.com.ar/gabrielamistral/donde.htm>

108. ¿Qué son los sentidos?

Imagina cómo sería el mundo si no pudieses ver ni oír hablar a tus amigos, ni oler o probar tus alimentos. No pensamos en nuestros sentidos, pero ellos nos dicen qué sucede a nuestro alrededor. Tenemos cinco sentidos principales: la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto.

Los animales también tienen sentidos, y algunos son mejores que los nuestros. Los perros oyen sonidos que nosotros no podemos, y su olfato es mucho más fino.

¿Cómo vemos?

Tus ojos, como una cámara toman fotografías del mundo exterior. Puedes ver lo grande y lo pequeño, así como muchos colores diferentes.

El círculo negro en medio del ojo es la pupila. Es una abertura por la que la luz penetra en el ojo.

La parte del ojo con color es el iris. Puede ser azul, verde o café. ¿De qué color es tu iris?

Jinny Johnson. *Los sentidos*. México, SEP-Altea, 2005.

109. Aventuras de Picofino

Antes de leer, ¿quién se imaginan que es alguien que se llama Picofino? Vamos a ver quiénes adivinaron.

Quién soy yo?

Yo soy Picofino, un gallo que va por el mundo corriendo aventuras.

Nací en una granja; pero un día me marché de casa. No fue por mi gusto. Tuve que escaparme.

Estaba delgado, tenía pocas fuerzas, la cresta muy pálida y las plumas cortas.

En resumen, era feo y débil. No servía de jefe en el gallinero.

Por ese motivo la mujer granjera me quería guisar.

Mi madre lloraba.

Mis hermanos estaban muy tristes. Me decían: “Lo siento” o “Qué mala suerte”. Todos, menos Carolina.

Carolina dijo:

–¡Ya está! ¡Ya lo tengo!: le enseñé a volar y luego se escapa.

Carolina volaba muy bien. Era su afición.

Pero yo tenía un miedo terrible a subirme al aire.



¿Cómo haría Picofino para perder el miedo a volar? Habrá que buscar el libro y terminar de leerlo.

Concha López Narváez, *Aventuras de Picofino*, Juan Ramón Alonso, ilus. México: SEP: Anaya, 2002.

110. El convite del zorro y la cigüeña

El zorro invitó a la cigüeña a comer a su casa. Pero no pensó en el largo pico de su amiga, y sirvió los deliciosos manjares en un plato. El zorro comió opíparamente, pero la cigüeña sólo pudo picotear la comida.

Al día siguiente la cigüeña le devolvió la invitación. Pero cuando el zorro llegó a casa de su amiga dispuesto a comer, encontró los manjares servidos dentro de una botella. La cigüeña metió el pico dentro del cuello de la botella y se lo comió todo... ¡pero el zorro sólo pudo lamer el borde!



“El convite del zorro y la cigüeña” en *El libro de los cuentos y leyendas de América Latina y España*, Jesús Gabán, ilus. México SEP, 2007.

111. Hola Bebé

Desde hace mucho tiempo mamá, papá, Bea, Isa y yo hemos esperado que llegue este día. Mamá tiene dolores y eso quiere decir que su bebé está listo para nacer. Isa y Bea hacen una cama gigante al lado de la chimenea para mamá y el bebé.

Yo ayudo a mamá a colocar la ropa del bebé en la mesa. Las medias son tan pequeñas que sólo mis dedos caben dentro.

–Juan, esta noche vestiremos al bebé con su ropa nueva– me dice mamá.

Es difícil imaginarlo.

Me pregunto si será niño o niña.

Me gustaría tener un hermano.



Jenni Overend y Julie Vivas, *Hola Bebé*. México, SEP-Ekaré. 2002.

112. Avestruz y otros animales

Todo lo hace en grande el gran avestruz...
Más grande que un hombre,
no puede volar aunque tenga alas.
Pero corre, corre distancias enormes.
Y entre varios niños podrían comerse
el tremendo huevo del gran avestruz.



Es el tesoro de China
el oso panda gigante.
Le gustan las hojas tiernas
y los brotes e bambú.
Es bonito. Es elegante.
¿No lo encuentras así tú?

Comiendo frutos e insectos,
alfiletero de agujas,
corretea por los rincones
el erizo pequeñuelo.
Si un enemigo lo ataca
no le importa y se hace rosca,
convirtiéndose en pelota
de duras y agudas púas.



Entre las arenas de grano dorados
camina el camello con sus grandes pasos.
Pasa mucho tiempo sin agua y comida entre la ventisca,
pero siempre llega con las mercancías que le han encargado



113. El enmascarado de lata

–¡Se los juro que sí es!

–Ay, si y yo soy hijo de Supermán.

–Pues mi papá es mejor que el mismísimo Supermán, porque él sí es de este planeta. Les repito que mi papá es.... –siempre hacía una pausa dramática antes de decir el otro nombre de mi progenitor– ¡El Enmascarado de Lata!

Mi papá me había dicho mil veces que no anduviera revelando su identidad secreta, pero como yo le decía: ¿de qué sirve ser el hijo del mejor luchador de México si no puedo pregonarlo a los cuatro vientos? De cualquier manera, nadie me cree.

Mi papá tenía un nombre conocido por todos, Juan Alvarado; y un oficio público: pedicurista. Esta profesión, dedicada a combatir el pie de atleta y acabar con callosidades provocaba risa, pero yo era testigo de cómo mi padre llegaba cada tarde del pequeño consultorio, se quitaba la bata blanca, se daba un regaderazo y en un pequeño maletín introducía una capa refulgente, unas botas doradas, unas mallas bordadas con soles y una máscara dorada que dejaba libres cuatro agujeros para que de ahí emergieran sus ojos, nariz y boca. Mi mamá y yo sabíamos que, cada noche, el gangoso pedicurista que se la pasaba raspando callos durante todo el día se despojaba de su aburrida identidad para transformarse en un poderoso luchador.

Otra de las razones por las cuales nadie me creía era que mi papá es alto y musculoso, y yo salí tan chaparrito que siempre me tocaba ser el primero en la fila cuando nos acomodaban por estaturas.

–Si en verdad quieres demostrarnos que tú eres hijo de El Enmascarado de Lata, te propongo algo –dijo retadoramente Álvaro, el niño que más me molestaba del salón.

–Pide lo que quieras, todo lo puedo cumplir –respondí, muy envalentonado,

–Tráenos la máscara de tu papá una hora antes de su lucha...

–Hecho.

Vivian Mansour, *El Enmascarado de Lata*, Trino, ilus. México: SEP-FCE, 2006.

114. El águila



Una vez un águila construyó su nido lejos del mar y cerca de un gran camino. Al terminarlo decidió que estaba tan bien, que podía vivir allí con sus hijos.

Pero un día, cuando el águila volvía al nido sosteniendo en sus garras un gran pescado, se encontró con unos campesinos que trabajaban en el camino muy cerca del

árbol. Estos apenas los descubrieron, rodearon el árbol y empezaron a gritar y arrojarle piedras.

El águila se aterró, dejó caer el pescado y los campesinos no tardaron en recogerlo. Apenas lo tuvieron en sus manos se marcharon.

Al pasar el peligro, el águila se acercó al nido y se posó en el borde. Los aguiluchos, para saludarla, levantaron las cabezas y piaron: querían comida.

El águila estaba muy cansada y no era capaz de volar otra vez hasta el mar; entonces se acostó en el nido, cubrió los aguiluchos con sus alas, los acarició y les organizó las plumitas como pidiéndoles que esperaran un poco. Así, voló hasta la rama más alta del árbol para alejarse un poco de ellos. Pero los chillidos y las protestas de los aguiluchos eran cada vez más tristes.

Entonces, de repente, el águila lanzó un alarido tremendo, extendió las alas y emprendió el pesado viaje hacia el mar.

Sólo volvió hasta tarde en la noche. Cuando lo hizo volaba despacio y muy cerca a la tierra.

De sus garras colgaba de nuevo un gran pescado. Antes de llegar al árbol, hizo un rodeo corto para cerciorarse de que no hubiera gente por allí. Plegó sus alas y se posó en la orilla del nido.

Los aguiluchos levantaron de nuevo las cabezas y abrieron unos picos enormes. Entonces el águila deshizo el pescado y alimentó a sus hijos.

115. Jorna, El horno

El p'urhepecha es la lengua originaria de una parte de Michoacán. En p'urhepecha, horno se dice jorna. Y el poema que vamos a leer hoy habla de eso, de un horno de los que se usan para cocer objetos de barro. El poema dice que el rebozo de la novia ciñe un cántaro. Es decir, la muchacha usa su rebozo para sujetar el cántaro lleno de agua, para poder llevarlo aunque pese bastante.

Ahí está ese horno
rodeado de tepalcates,
fajado con un mecate;
es de adobe, está fuerte.
Ahí hornearon
aquel cántaro,
el que la novia acaricia,
el que ciñe su rebozo
para ir a sacar agua.
Ése es el cántaro,
con el que el joven
le ayuda y le susurra
al oído:
—Yo te quiero
mucho.



Como ven, se puede hacer poesía sobre todos los temas, todos los objetos. ¿Qué tal si luego ustedes inventan un poema sobre sus zapatos, o sobre un espejo, o sobre lo que ustedes quieran? Díganse a su mamá, a su papá, para que ellos lo escriban. Si me los dan, yo los iré leyendo, y los pondremos en el salón.

Domingo Santiago Baltazar, *Jorna, El Horno*. México, SEP, 2005.

116. Ripios y adivinanzas del mar



Creo que todos hemos visto el mar, aunque sea en la tele. Vamos a leer unos versos sobre el mar y sus habitantes.

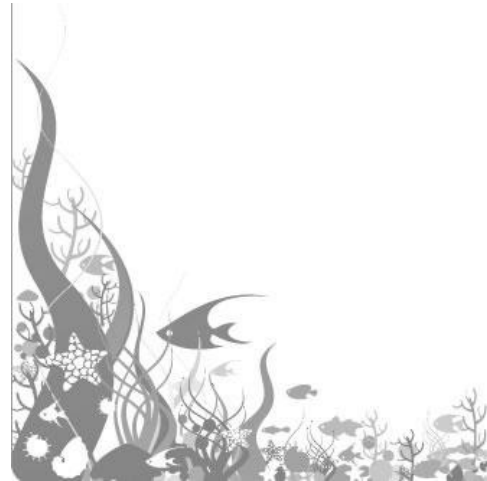
¡Ay, pero qué pena!
Sobrándole tanto el agua,
el mar se lava la cara
con pura arena.

Para vivir tiene el pulpo
tentáculos por doquier:
le sirven para comer,
y por ello no lo culpo.

Por más que se esconde
la tortuga,
y en su concha se acurruca,
llega el tiburón
y se la manduca. [se la come]

¡Mira qué fiesta:
sobre las rocas
miles de focas
duermen la siesta!

A ver quién le hace un verso a un animal



117. Las siete cabritas y el lobo

Érase una vez una cabra que tenía siete cabritas. Un día quiso salir al bosque a buscar comida y llamó a sus pequeñuelas.

–Hijas mías –les dijo–, me voy al bosque; mucho ojo con el lobo, pues si entra en la casa las devorará a todas. El muy bribón suele disfrazarse, pero lo conocerán enseguida por su ronca voz y sus negras patas.

Se despidió la mamá cabra y emprendió su camino.

No había pasado mucho tiempo cuando llamaron a la puerta y una voz dijo:

–Abran, hijitas. Soy su madre y traigo algo para ustedes.

Pero las cabritas comprendieron, por la ronca voz, que era el lobo.

–No te abriremos –exclamaron–, no eres nuestra madre. Ella tiene una voz suave y cariñosa: eres el lobo.

Se fue éste a la tienda y se compró un buen trozo de yeso. Se lo comió para suavizarse la voz y volvió a la casita. Llamando nuevamente a la puerta:

–Abran hijitas –dijo–les traje algo. Pero el lobo había puesto una negra pata en la ventana, y al verla las cabritas, exclamaron:

–No, no te abriremos; nuestra madre no tiene las patas negras. ¡Eres el lobo! Corrió entonces el muy bribón a un panadero.

–Échame harina blanca en el pie –le dijo. –Si no lo haces, te devoro. Y el hombre, le blanqueó la pata.

Volvió el rufián por tercera vez a la puerta y, llamando, dijo:

–Abran, pequeñas; soy su mamá.

Las cabritas replicaron:

–Enséñanos la pata.

La fiera puso la pata en la ventana, y, al ver ellas que era blanca, abrieron. Pero fue el lobo quien entró. ¡Qué sobresalto! ¡Y qué prisas por esconderse todas! El lobo se las engulló a todas menos a la más pequeñita que, oculta en la caja del reloj, pudo escapar. Ya satisfecho, el lobo se alejó y, en un verde prado, se echó a dormir.

Al poco rato regresó a casa mamá cabra. ¡Santo Dios, lo que vio! La puerta, abierta, todo volcado y revuelto; las almohadas, por el suelo. Buscó a sus hijitas pero solo la más pequeña con vocecita queda, dijo:

–Mamá, estoy en la caja del reloj.

La sacó de allí, y la pequeña le explicó lo que había pasado. ¡Mamá cabra lloraba desconsolada! Cuando ya no le quedaban lágrimas, salió al campo en compañía de su pequeña y, al llegar al prado vio al lobo dormido, roncando. Al observarlo de cerca, le pareció que algo se movía y agitaba en su abultada barriga. “¡Válgame Dios! –pensó–. ¿Serán mis hijitas, que se las ha merendado y que están vivas aún?”

Y envió a la pequeña a casa en busca de tijeras, aguja e hilo. Abrió la panza al lobo, y saltaron las seis afuera sin daño alguno, pues la bestia, en su glotonería, las había engullido enteras. ¡Con cuánto cariño abrazaron a su mamá! Pero la cabra dijo:

–Traigan piedras; llenaremos con ellas la panza de esta bestia. Las cabritas trajeron piedras y las fueron metiendo en la barriga. La madre cosió la piel y cuando el lobo se despertó, se encaminó a un pozo para beber agua.

Al llegar al pozo e inclinarse sobre el brocal, el peso de las piedras lo arrastró y lo hizo caer al fondo. Viéndolo las cabritas, acudieron corriendo y gritando:

–¡Muerto está el lobo! Y, con su madre, se pusieron a bailar en torno al pozo.

Hermanos Grimm

<http://los cuentos de hadas.blogspot.com/2009/05/las-siete-cabritillas-y-el-lobo.html>

118. Cómo aparecieron las cuevas y las montañas

Todos hemos visto cuevas y montañas, por lo menos en la televisión. Alcen la mano los que hayan estado en estos lugares. Vamos a ver cómo se formaron, según un mito indígena.

Hace muchísimos años, dice la gente más vieja, el mundo se perdió con el mar. El agua salada anegó la tierra y toda la gente murió ahogada. El mar dejó señales: hay muchos lugares que son salitrosos. También formó el mar grandes montañas. Las olas amontonaron muchas tierras, de esa manera se formaron las montañas y todos esos lugares donde el mar pasó cuando iba de regreso a su lugar de siempre.

Donde golpeaban las grandes olas, allí se formaron las cuevas. El mar hizo grandes montañas y cuevas.

En esas cuevas, el mar dejó muchos animales marinos: caracol, pescado, tortuga y otros más. Muchos animales marinos se atoraron en las cuevas donde quedó agua de mar.

Dicen los ancianos que antes, cuando iban a las montañas cercanas al pueblo, llegaron a ver a varios animales marinos pegados en lo alto de la montaña, donde otras personas han escarbado para extraer la raíz de algunas plantas pero encontraron arena.

Así fue, dicen los ancianos, como aparecieron las cuevas y las montañas.



Los mitos explican cómo aparecieron los seres humanos, los animales, las cosas. La ciencia tiene otras explicaciones.

Alejandra Cruz Ortiz, "¿Cómo aparecieron las cuevas y las montañas?" en *El origen del mundo y de los hombres*. México, SEP-CIESAS, 2005.

119. La edad de la basura

La próxima vez que compres un alimento para llevar, piensa en el empaque. Se usa una vez, pero puede durar tanto como tú o más.

Basura como ésta se agrega a la gran montaña de desechos que generamos cada año. Hoy, la basura es un problema mundial. Tanto, que llega a los rincones más remotos del mundo.

Los estilos de vida han cambiado mucho en el último siglo y los desperdicios también. Antes, había pocas cosas que

se empacaban, y se compraban para que duraran. Ahora, los empaques están en todas partes y lo que compramos, desde ropa hasta celulares, pronto hay que sustituirlo por otro.

Los desechos actuales contienen grandes cantidades de plástico. Los plásticos son muy útiles y es difícil imaginar la vida sin ellos. Pero como las bacterias y demás microbios no los destruyen, quizá no desaparezcan. A veces los objetos de plásticos se trituran, pero sus fragmentos pueden durar cientos de años.

Una forma de reducir desechos plásticos es eliminar los empaques que nadie necesita, y algunos países han establecido multas por arrojar las bolsas de plástico. Mejor aún, los científicos tratan de desarrollar nuevos tipos de plásticos biodegradables, que se pudran al tirarlos.



David Burnie, "La edad de la basura" en *Planeta en peligro*. México, SEP-Altea, 2006.

I 20. Así nace una rana

Una mañana de abril, una rana pone sus huevos en un estanque. Tarda un buen rato porque pone muchos: unos cuatro mil en total.

La masa que forman los huevos se llama hueva. Cada huevo parece un diminuto punto negro, envuelto en una bola gelatinosa que lo protege de los peligros del estanque.

Los huevos cambian rápidamente. En dos semanas salen los renacuajos.

Los renacuajos recién nacidos no saben nadar. Se pegan a las hojas y a los tallos acuáticos por unos días, mientras se desarrollan un poco más.

Tres días más tarde, los renacuajos están nadando por todo el estanque. Cientos de diminutos cuerpos menean sus colas para impulsarse en el agua.

El estanque es un lugar peligroso. Muchos renacuajos terminan siendo alimento de peces, larvas de libélula y escarabajos acuáticos.

A las dos semanas de haber salido del huevo, los renacuajos comienzan a cambiar. Primero se les alarga la cola. Luego les crecen las patas traseras.

Mientras tanto, dentro de sus cuerpecitos se empiezan a formar los pulmones, que pronto reemplazarán a las branquias, y les permitirán respirar fuera del agua.

En las semanas siguientes, a los renacuajos les salen las patas delanteras. Ahora nadan hasta la superficie para llenar sus pulmones de aire.

Con los ojos saltones, la boca ancha y el cuerpo más robusto, los renacuajos se parecen cada vez más a las ranas. Pronto desaparecerá la cola. También les está creciendo algo dentro de la boca. ¡Es la lengua larga y pegajosa de la rana!

Una rana es adulta unos dos años después de que deja el estanque.

Este maravilloso cambio de renacuajo a rana se llama metamorfosis. En los últimos días del verano, empiezan a dejar el estanque.

Las ranas son animales anfibios. Los anfibios nacen en el agua, pero cuando son adultos viven en la tierra.



Claire Llewellyn, *Así nace una rana*. México, SEP-Santillana, 2005.

121. Canción

Se apagaron las estrellas
y la luna duerme;
para que no se caiga,
¿quién la sostiene?
En el agua del río
puede caerse.

¡Cuidado luna!
Que el río tiene piedritas de colores,
algas y peces...
Te morderán toda
para comerte.

¡Cuidado luna!
¿quién te sostiene?
Si te quedas dormida
vas a caerte.



Frida Shultz, "Canción" en Marín Medero (selección), *Volvamos a la palabra*. México, SEP, 1990.

122. Ruiditos

En cuanto nació empezó a hacer ruidos. No el llanto de todos los niños, sino el sonido de la vida: ouñá, ouñá. No se dedicó a hacer ruidos: CRIAC, GURC,ZWARSP, YIIIA, CRIAC, hasta silbidos soltaba: *fiuuu, piuuu, fiii*. No aprendió como todos los bebés, a decir mamá y papá, sino pas, cuas, zumm, crash y en vez de reír dulcemente como hacen los bebés, Ruiditos aprendió a carcajear terroríficamente: Jia, Jia, Jia.

Se aficionó a todos los juguetes que hacían ruido, como los de hule o de plástico que, al apretarlos, sueltan un silbido.

Desde muy pequeño aprendió a comunicarse a base de ruidos. Cuando quería leche imitaba a las vacas: muuu, muuu. Si lo que quería era agua, entonces hacía glu, glu, glu, glu. Si tenía frío y quería que lo cobijaran: brrr, iuff, brr, iuff, ujujú, aaaaá, aj, aj, aj. Y como los papás entendían que había que taparlo para quitarle el frío. Cuando cumplió seis años a sus papás ya les comenzó a preocupar que Ruiditos no mostrara el menor interés por hablar. En la escuela también les extrañó al principio a sus compañeros y profesores pero luego se acostumbraron.

El día en que en la calle su perrito se le soltó de la mano que sujetaba la cadena y lo atropelló un auto, Ruiditos le contó a todo mundo que gua, gua, gua,; barrumm, zummm, shrurrrum; gua, gua, gua; zhummm, iuruuñ, crash, pas, cuas; au, au, ña, ña, buuu,mja, bay. Y así supimos que el Canelito había muerto atropellado.

Sus papás intentaron por todos los medios encontrar una razón para hacerlo hablar y procuraron demostrarle que no todo se podía decir con ruidos.

¿Y cómo vas a decirle a alguien que lo quieres mucho? –le preguntó su papá. Ruiditos se llevó la mano izquierda al corazón, al que hizo palpar: Pum, pum, pum, a lo que agregó un ¡huyyy!.

Ruiditos sigue sin hablar y ya tiene 10 años.

¿Qué cosa crees que él no podrá decir con ruidos?

Héctor Anaya, “Ruiditos” en *Cuenta, cuenta*. México, SEP-Castillo, 2003.

123. La mariposa y el grillo. (Cuento tarahumara)

Una tarde andaba una mariposa volando cerca de unos pedregales cuando oyó el canto de un grillo. Se acercó a la casita para platicar con él:

–No hay nada más hermoso en este mundo que ser mariposa–le dijo.

–Yo vivo muy feliz–contestó el grillo–aunque no puedo volar como tú.

–Pobre animalucho–dijo–, se siente feliz cantando y saltando.

La mariposa siguió volando en tanto caía la tarde, Al día siguiente unos niños salieron al campo y lo primero que vieron fue una linda mariposa.



Todos trataron de agarrarla. La pobre mariposa iba de un lugar a otro sin poder escapar, y cansada de tanto volar se paró en la ramita de un encino pequeño. Los niños la atraparon: uno la agarró por las alitas, otro por el cuerpecito y la destrozaron.

El grillo desde su casita lo vio todo y pensó. “Siendo grillo soy más feliz que cualquier animal”.

“La mariposa y el grillo” en *De aluxes, estrellas, animales y otros relatos*. México, SEP-Sans Serif, 1991.

124. En espera de la lluvia

En la actualidad, hay mucha gente alrededor del mundo que espera con ansia la lluvia. Ésta repone 1% del agua de la Tierra que podemos usar, pues llena los riachuelos, los ríos, los lagos, las charcas y las presas. También ayuda a los campos secos y hace que los cultivos crezcan.

La lluvia va y viene por todo el planeta, pero nunca desaparece, pues el ciclo del agua es un “sistema cerrado”, o sea, que la misma agua cae en forma de lluvia una y otra vez. El agua que cayó como lluvia hace millones de años, sigue cayendo actualmente. La razón por la cual el agua continúa circulando es que puede cambiar de estado gaseoso a líquido y viceversa.

El hacer llegar el agua limpia a las casas de las personas es una tarea difícil. En la mayoría de las ciudades y pueblos, el agua se obtiene de ríos, lagos y agua subterránea y se almacena en las presas. De ahí, el agua se filtra, se purifica y se bombea por un sistema de tuberías para que llegue a nuestra casa.

Después de que usamos el agua, se recoge y se le da tratamiento, antes de regresarla a los ríos o los mares.

Avelyn Davidson, “En espera de la lluvia” en *El valor del agua*. México, SEP-McGraw-Hill Interamericana, 2005.

I 25. Los fantasmas no existen

“Los fantasmas no existen”, me digo, mientras subo de dos en dos las escaleras interminables de la casa de mi abuela.

“Los fantasmas no existen”, me repito, mientras bajo, otra vez, las interminables escaleras de esta casa tan grande, llena de recovecos y pasadizos, en donde todavía me pierdo cuando me dejan solo.

Aunque me digo y me repito, no me acabo de convencer de que los fantasmas no existen. Anita y Edelmira dicen que ahí están, que viven en la casa desde hace años y que su paseo favorito es el de las escaleras, tal vez por lo oscuras que son.

A mi abuela no le gusta que me cuenten sobre fantasmas. Cuando le pregunto si es verdad que me van a sacar de la cama y a jalarme los pies, se pone muy brava.

–Ésas son bobadas –contesta y cambia de tema.

Entre el silencio de la abuela y las historias de Edelmira y Anita, vivo muerto de miedo de las escaleras. Por eso me invento toda clase de trucos y mentiras para que alguien me acompañe en esta casa tan deshabitada... y tan habitada al mismo tiempo. (¿Vivimos sólo cuatro? ¿Vivimos cuatro personas y algunos fantasmas? ¿Cuántos son?) Por eso cuando estoy solo, subo y bajo corriendo las escaleras, con los ojos casi cerrados, para no verlos si se asoman por ahí. (¿De qué tamaño son? ¿De qué color se ven?)

Irene Vasco, *La sombra de la escalera*. México, SEP-FCE, 2007.

I 26. El señor de los siete colores

Pues señor, cuentan los que lo vieron, que hace mucho tiempo el arco iris era un señor muy pobre. Tan pobre que no tenía ni ropa para ponerse.

Su desnudez le apenaba mucho y decidió un día buscar una solución.

Pero no se le ocurría nada y decía:

–¿De dónde voy a sacar yo ropa?

Y se ponía aún más triste.

Un día brilló en el cielo un gran relámpago y el señor decidió ir a visitarle.

–Tal vez él pueda ayudarme.

Así que se puso en camino y, después de varios días de viaje, llegó ante él.

Mientras le contaba sus penas, el relámpago le miraba con tristeza y parecía estar muy pensativo.

Hasta que habló:

–Grande es mi poder, pero no tanto como para darte ropa. Sin embargo, tu historia me ha conmovido y por eso te voy a hacer un regalo.

Y siguió hablando:

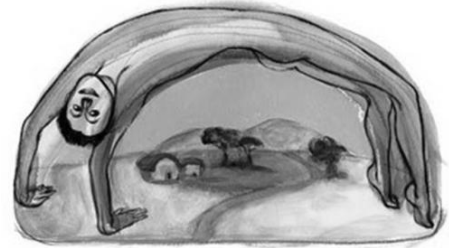
Te voy a dar estos siete colores. Con ellos podrás pintarte el cuerpo y te vestirán para siempre.

El hombre pobre sonrió.

–Además –siguió el relámpago, aparecerás ante la gente después de las tempestades y anunciarás la llegada del sol. La gente te querrá y te mirará con asombro.

Y así fue como, a partir de ese momento, el arco iris se le llamó el Señor de los Siete Colores.

Y, como me lo contaron, te lo cuento.



“El señor de los siete colores” en Ana Garralón (Selección y adaptación) *Cuentos y leyendas hispanoamericanos*. México, SEP-Larousse, 2007.

127. Flotación e inmersión.

Algunos materiales son muy ligeros y pueden flotar en el agua o en el aire. Otros, como las rocas, son muy pesados y se hunden.

El helio es un gas más ligero que el aire. Los globos se llenan de helio para que floten en el aire.

Muchos materiales, como las piedras, son muy pesados para flotar en el agua. Esto quiere decir que se van al fondo si se les lanza a un río o al mar.



La balsa y los salvavidas son de hule. Inflados con aire flotan en el agua. De este modo, puedes jugar en el mar –¡y también mantenerte seguro y a salvo!

Clive Gifford, “Flotación e inmersión” en *Materiales*. México, SEP- Altea, 2006.

128. La cometa

Vientecillo, sopla un poco,
que hemos venido a jugar.
Sube mi cometa al cielo
y déjala planear.

Quiero que esquíe en las nubes
y haga cosquillas al sol,
que sueñe ser mariposa
y juegue a ser avión.
Vientecillo, sopla un poco,
que hemos venido a soñar.
Sube mi cometa al cielo
y déjala navegar



Carmen Martín Anguita, “La cometa” en *Poemas de lunas y colores*. México. SEP-Pearson, 2003.

129. La liebre y la tortuga

Una liebre y una tortuga hicieron una apuesta.

La tortuga dijo:

–A que no llegas tan pronto como yo a ese árbol...

–¿Qué no llegaré? –contestó la liebre riendo– estás loca. No sé lo que tendrás que hacer antes de emprender la carrera para ganarla.

–Loca o no mantengo la apuesta.

Apostaron, y pusieron junto al árbol lo apostado: saber lo que era no importa a nuestro caso ni tampoco quién fue juez de la contienda.

Nuestra liebre no tenía que dar más que cuatro saltos, digo cuatro, refiriéndome a los saltos desesperados que da cuando la siguen ya de cerca los perros, y ella los da muy contenta y sus patas se ven devorando el yermo y la pradera.

Tenía, pues tiempo de sobra para dormir, pasear y para olfatear el viento. Dejó a la tortuga andar a paso lento. Ésta partió esforzándose cuánto pudo: se apresuró lentamente. La liebre, desdeñando una fácil victoria, tuvo en poco a su contrincante, y juzgó que importaba a su decoro no emprender la carrera hasta última hora. Estuvo tranquila sobre las fresca hierba, y se entretuvo atenta a cualquier cosa, menos a la apuesta. Cuando vio que la tortuga llegaba a la meta, partió como un rayo; pero sus patas se atontaron por un momento en el matorral y sus bríos fueron ya inútiles. Llegó primero su rival.

—¿Qué te parece? —le dijo riendo la Tortuga— ¿tenía o no razón? ¿de qué te sirve tu agilidad siendo tan presumida? ¡Vencida por mí! ¿qué te pasaría si llevaras como yo, la casa a cuestas?



Esopo, “La liebre y la tortuga” en *Fábulas para chiquitos*. México, Época, 2003.

130. Todo un mundo de lágrimas

Las gotitas que derramamos al sentir tristeza, dolor y a veces mucha alegría, no sólo sirven para manifestar un estado de ánimo... También encierran un mundo microscópico, cuya función principal es la de proteger nuestros ojos.

Las lágrimas además de contener agua y sales, también están formadas por anticuerpos.

Los anticuerpos, que trabajan como una especie de porteros de fútbol, no dejan pasar los goles enemigos... ¡perdón!, esos cuerpos extraños como el polvo, el polen, las bacterias y otros bichos; si



alguno llega a colarse, los porteros pueden destruirlos sin temor de que un árbitro les saque tarjeta roja y los expulse del campo.

“Todo un mundo de lágrimas” en Revista Chispa (selección) *Cosas curiosas de aquí y de allá I*. México. SEP-Innovación y comunicación, 1991.

131. Ese picudo llamado tucán

Aunque el tucán vuela dando la impresión de que se va de cabeza por su enorme pico, en realidad no tiene ningún problema con él. El pico del Tucán está formado por delgadas laminillas entre las cuales hay espacios con aire, por lo que resulta muy ligero.



El vistoso pico del tucán, de apariencia inofensiva, es un peligro para las aves menores, a las que les roba sus huevos o crías. También lo utiliza para cazar ratones pequeños, lagartijas e insectos. Y cuando le apetece un fruto tropical, que crece en una ramita delgada que no soportaría su peso, estira un poco el cuello y, con su largo pico, ¡zas! Le pega el mordisco.

Los tucanes anidan, por lo general, en las partes altas de los árboles de las selvas tropicales. La hembra pone de dos a cinco huevos blancos, en el hueco de un tronco: estos son incubados por la pareja; a los 16 días nacen los pollos –ciegos y pelones– y, durante las seis o siete semanas siguientes, son criados y alimentados por la madre y el padre.

Aunque los tucanes se dejan domesticar fácilmente y son curiosos y muy juguetones, es mejor dejarlos libres en su medio.

Luis Cariño Preciado, “Ese picudo llamado Tucán” en Revista Chispa (selección) *Cosas curiosas de aquí y de allá I*. México, SEP-Innovación y comunicación, 1991.

132. Teseo y el Minotauro

Según un antiguo relato griego, el Minotauro era un monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro que vivía encerrado en un laberinto. Cada año, exigía que le llevaran cierto número de muchachas y muchachos para comérselos. Si no lo hacían, destruiría la ciudad. Un día, Teseo, un joven astuto y temerario, decidió acabar con el Minotauro. Nunca lo habría logrado si no fuera por la ayuda de la princesa Ariadna.

Sí, al rey aquello le pareció un disparate, porque él sabía que era fácil entrar en el Laberinto, pero que era difícilísimo salir.

Por dos causas: primero, el laberinto era una trampa terrible, que tenía una sola puerta que servía de entrada y en su interior era tan complicado que todos se perdían por los pasillos oscuros y retorcidos... ¡Y no podían salir nunca más!

Y segundo, porque allí dentro estaba el Minotauro, que era invencible y no tenía piedad ni compasión de nadie. Cuando los compañeros de Teseo se enteraron de todo esto, se desesperaron. ¡No había salvación posible, por más fuerte que fuera Teseo!

Pero en medio de su angustia no se habían dado cuenta de una cosa: no todos eran malos en la isla. ¡Estaba Ariadna, la princesa, juguetona y de piel dorada y ojos de color de las algas! ¡Y que se había enamorado de Teseo! Como había decidido ayudarlo, lo citó a escondidas de su padre y le dijo:

–Eres muy simpático. Y como respeto y admiro tu valentía, te apoyaré en todo lo que hagas.

–Gracias –le dijo Teseo sorprendido y contento–. Me alegro muchísimo de tener de mi parte a una princesa tan inteligente y bonita.

¡Quiero matar al Minotauro! ¡Y cuando esté bien muerto en Atenas habrá fiesta todos los días! Cuando Teseo terminó de hablar, Ariadna aplaudió entusiasmada.

¿Qué hizo Ariadna para ayudar a Teseo? Le dio un carrete de cordel muy fuerte, para que el héroe fuera dejándolo caer por los enrevesados corredores del laberinto. Teseo era un gran guerrero: mató al Minotauro y luego fue siguiendo el cordel hasta que encontró la salida.

133. La hormiga y la cigarra

Muchos de ustedes ya conocen esta fábula: la hormiga trabaja durante todo el verano, y al llegar los fríos del invierno puede encerrarse en su casa y tiene qué comer. En cambio la cigarra se pasa el verano cantando, y al llegar el invierno no tiene qué comer. Vamos a ver qué se dijeron.

Un espléndido día de primavera estaba una cigarra cantando encima de la hoja de un árbol. De pronto vio a una hormiga que se dirigía nerviosa al hormiguero. La hormiga iba cargada con una increíble cantidad de comida y se la veía trabajar sin descanso. La cigarra se rió de ella, le propuso que dejara el duro trabajo y que cantara con ella tomando el agradable sol de la mañana. Al pasar el verano, bajaron las temperaturas y con las nevadas la cigarra se murió de frío. La hormiga, gracias al grano que tenía en sus despensas, consiguió sobrevivir al crudo invierno

El origen de esta fábula lo encontramos en la Grecia antigua. La cigarra representa la despreocupación por las cosas, mientras que la hormiga hace el papel de persona inteligente y previsor. Es cierto que las hormigas, que son insectos sociales, pasan el día recolectando comida para su hormiguero. Las cigarras, entre tanto, no son tan tontas como cuenta la historia, sino que su tarea es la de cantar sin parar. Gracias al ruido de sus alas, en realidad, lo que logran es llamar la atención de su pareja.



Xavier Marcet Soler, "La hormiga y la cigarra" en *Los animales invertebrados*. México: SEP-Parramón, 2007.

134. En el pasado

Imagina que no tuviéramos luces que encender por la noche y que no hubiera farolas en las calles. Así era hace miles de años. ¿Cómo hacías nuestros antepasados para ver por la noche?

Desde siempre, el hombre ha necesitado la luz para ver. Aquí tienes algunos ejemplos de los métodos para iluminar que usaban.

Fuego.

Hace más de 10,000 años, el hombre utilizaba el fuego para mantenerse caliente y ver en la oscuridad. Prendían fuego a palos de madera que usaban como antorchas.



Velas.

Las velas se utilizaron por primera vez para iluminar las casas en el siglo XIV. Las personas llevaban una vela para poder ver el camino hasta la cama.

Algunas velas están hechas con la cera que fabrican las abejas.

Lámparas de aceite.

Las lámparas de aceite se han usado desde hace 2,000 años y hasta hace unos 120 años.

Tenían una mecha, como una vela, que se empapaba en aceite y ardía.

Farola de gas.

En 1813, se encendió en Londres, Inglaterra, la primera farola. Funcionaba con gas y tenía que encenderse manualmente todas las noches.

135. El lobo y el perro

Una vez un lobo muy flaco llegó caminando hasta las afueras de un pueblo. Ahí se encontró con un perro gordo y le preguntó:

–Cuéntame, perro, ¿dónde consiguen la comida?

El perro le contestó:

–La gente nos la da.

–¡Ah, claro! –dijo el lobo– Seguro ustedes deben prestarle un servicio difícil y especial a la gente.

Y el perro le contestó:

–No, nuestro servicio no es difícil. Sólo cuidamos los zaguanes en la noche.

–¿Y nada más por eso los alimentan tan bien? –replicó el lobo–. Pues yo me haría parte de tu servicio enseguida, porque para los lobos no es nada fácil conseguir alimento.

–Pues si quieres, ven –dijo el perro–. Seguro que a ti también te alimentará el amo.

El lobo se alegró y se encaminó con el perro dispuesto a servir a la gente.

Cuando estaba por pasar la entrada, el lobo notó que el perro tenía pelada la piel del cuello. Entonces le dijo:

–Oye, perro, ¿por qué tienes eso?

–Ah, esto, no es nada –contestó.

–¿Cómo que no es nada?

–Sí, no es nada más que por la cadena. Como todo el día estoy amarrado, pues la cadena me ha pelado un poco la piel del cuello.

–¿La cadena? Entonces, de ser así, yo me regreso, perro –dijo el lobo–. No me iré a vivir con la gente. Puede ser que nunca sea tan gordo como tú, pero por lo menos soy libre.



La libertad es lo más precioso que tienen los seres humanos. El estudio nos prepara, nos hace más capaces, y eso puede permitirnos ser libres. Siempre que también tengamos la voluntad de decidir por nosotros mismos lo que queremos hacer.

León Tolstói, "El lobo y el perro" en *El león y el perrito, y otros cuentos*. México, SEP-Panamericana, 2002.

136. ¿Qué tienen? Adivinanzas

¿Les gustan las adivinanzas? Qué bueno, porque vamos a leer unas cuantas, y las van a adivinar. ¿Listos?

- Ⓢ Mis rayas amarillas y negras y se ven entre árboles y hierbas.
(El tigre)

- Ⓢ Tengo grandes colmillos y vivo en climas muy fríos.
(La morsa)

- Ⓢ Tejo y tejo sin parar hasta mi tela acabar.
(La araña)

- Ⓢ Aunque mi aspecto es gracioso puedo ser muy peligroso.
(El rinoceronte)

- Ⓢ Vivo en el mar y tengo ocho tentáculos para nadar.
(El pulpo)

- Ⓢ Salto de rama en rama y soy de color naranja.
(El orangután)

- Ⓢ Si por el bosque quieres pasear, aprovecha cuando yo no vaya a estar.
(El lobo)

137. El pozo de los deseos

Una vez una ratita encontró un pozo de los deseos.

–Ahora podré conseguir todo lo que quiera –exclamó.

Tiró una moneda al pozo y formuló un deseo.

–¡Ay! –dijo el pozo.

Al día siguiente la ratita volvió al pozo.

Tiró una moneda al pozo y formuló un deseo.

–¡Ay! –dijo el pozo.

Al día siguiente la ratita volvió otra vez.

Tiró una moneda al pozo.

–Me gustaría que este pozo no dijese ¡ay! –dijo.

–¡Ay! –dijo el pozo– ¡Me lastima!

–¿Qué haré? –dijo la ratita llorando.

–¡Así, mis deseos nunca se harán realidad!

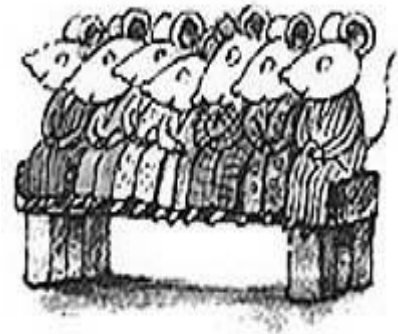
La ratita corrió a casa. Cogió la almohada de su cama.

–Quizá esto sirva –dijo la ratita, y volvió corriendo al pozo. La ratita tiró la almohada al pozo. Luego tiró una moneda al pozo y formuló un deseo.

–¡Ah!, ¡qué diferencia! –dijo al pozo.

–¡Bien! –dijo la ratita– Ahora puedo empezar a pedir.

Después de este día la ratita formuló muchos deseos junto al pozo. Y todos se le cumplieron.



Arnold Lobel, "El pozo de los deseos" en *Historias de ratones*. México, SEP-Alfaguara Infantil, 1992.

138. El sol y sus amigos

Esta linda flor tiene un amigo.

Esta mariposita también tiene un amigo.

Estos niños tienen un buen amigo.

¿Quién es el amigo de todos ellos?

¿Puedes adivinarlo?

Su amigo es... el Sol.

El Sol ayuda a que los campos se llenen de flores.

El Sol ayuda a que las plantas crezcan.

El Sol hace que la Tierra sea un buen lugar para vivir.

El Sol es una estrella.

Es nuestra estrella especial.

El Sol nos da luz.

También nos da calor.

¿Sabes qué más hace el Sol?

¿Es de mañana, tarde o de noche?

Es de mañana: hora de levantarse.

Es de noche: hora de dormir.

El Sol es una gran bola ardiente.

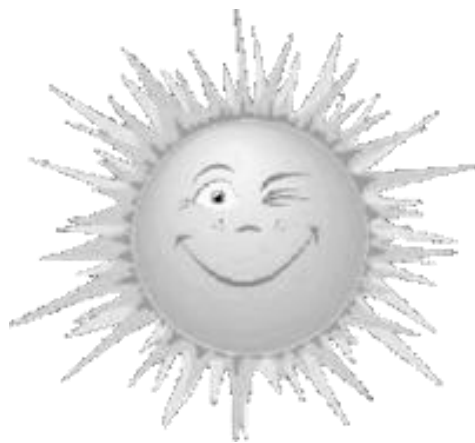
Está muy lejos de nosotros, pero no demasiado lejos.

Si el Sol estuviera muy lejos... tendríamos mucho frío.

Y si el Sol estuviera muy cerca... tendríamos mucho calor.

Pero nuestra estrella especial está justo donde debe estar.

Está en el lugar preciso para ayudar a que todo crezca: los animales, las flores, los árboles, tú y yo.



139. Mi visita a los dinosaurios



Ayer fui a ver los dinosaurios. Iba con mi padre y mi hermanita. Entramos en un museo, entramos a una sala y... ¡allí estaban!

Grandes esqueletos. Verdaderos esqueletos de dinosaurios. Uno de los esqueletos era casi tan largo como toda la sala. Daba miedo.

Papá dijo que no nos asustáramos, porque los dinosaurios vivieron hace millones de años. Ya no existen.

Yo saqué una foto del enorme dinosaurio llamado *apatosaurio*.

Luego me acerqué más.

El esqueleto estaba sujeto con alambres. Unos fuertes soportes lo aguantaban. Descubrí que algunos de los huesos no eran de verdad, sino de yeso.

¡Qué trabajo debió de ser armar semejante rompecabezas!

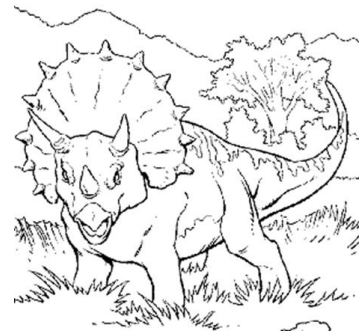
¡Cómo podían saber dónde iba cada pieza?

Cuando los dinosaurios morían, se iban cubriendo de arena y barro.

Permanecieron enterrados millones de años.

La arena y el barro se petrificaron, y los huesos de los dinosaurios se convirtieron en fósiles.

El primer fósil de dinosaurio fue hallado por casualidad. Pero después muchos excavadores comenzaron a buscar fósiles en zonas rocosas.



Aliki Brandenburg, *Mi visita a los dinosaurios*. México, SEP-Juventud, 2007.

140. D de despedida

Hay despedidas que son por un rato. Nos decimos hasta luego en la mañana, y en la tarde nos vemos para merendar. Pero cuando alguien muere, la despedida es por mucho más tiempo. Cuando se despide a un muerto, su familia se preocupa porque los amigos que vienen a decirle hasta luego estén bien atendidos. Se prepara comida y bebida, se cuida que estén cómodos.

Mi bisabuela me dio unas aku [semillas de palmeras]. Ahora que ya está muerta, las sembraré. Recuerdo muy bien a mi bisabuela, sobre todo su cara: unos ojos, una nariz y una boca preciosos. Cuando iba a verla, siempre me decía: “Hola, Ikenna. Eres hermoso y vivaracho como el Sol”.

¿Saben cómo la llamaba yo? La llamaba mamá Nkuelle, porque era muy buena persona, y todos en Nkuelle pensaban lo mismo.

Cuando mamá Nkuelle murió, todo el mundo vino a decirle adiós. Mi tío Asika dijo que sería una despedida muy especial. Duró más días que los dedos que tengo en las manos. ¡Todos se pusieron a trabajar de lo lindo para preparar el acontecimiento!

Voy a explicarles cómo le dijimos adiós.

Mis amigos Uzo y María nos hicieron unos trajes para la ocasión, de color blanco, a mí, a mi abuela, a mi madre y a mis tíos y tías.



Después, unos primos nos ayudaron a limpiar y barrerlo todo.

Mis tías prepararon arroz.

Mis tíos pusieron unos toldos para resguardar a los invitados del sol.

El día siguiente fue muy especial, porque por primera vez la gente le dijo adiós a mamá Nkuelle.

Es triste que la gente que queremos muera, pero la muerte es algo natural, la parte final de la vida. Y en cada lugar se despide a los difuntos de diferente manera.

141. La canción de la rana

Cuando la rana quiere gozar,
viene la mosca y la hace gritar.
 La mosca a la rana.
La rana en el agua se echa a nadar.
Cuando la mosca quiere gozar,
viene la araña y la hace gritar.
 La araña a la mosca,
 la mosca a la rana.
La rana en el agua se echa a nadar.
Cuando la araña quiere gozar,
viene la escoba y la hace gritar.
 La escoba a la araña,
 la araña a la mosca,
 la mosca a la rana.
La rana en el agua se echa a nadar.
Cuando la escoba quiere gozar,
viene la lumbre y la hace gritar.
 La lumbre a la escoba,
 la escoba a la araña,
 la araña a la mosca,
 la mosca a la rana.
La rana en el agua se echa a nadar.
Cuando la lumbre quiere gozar,
viene el agua y la hace gritar.

El agua a la lumbre,
la lumbre a la escoba,
la escoba a la araña,
la araña a la mosca,
la mosca a la rana.
La rana en el agua se echa a nadar.
Cuando el agua quiere gozar,
viene la llave y la hace callar.
 La llave al agua,
 el agua a la lumbre,
la lumbre a la escoba,
la escoba a la araña,
la araña a la mosca,
la mosca a la rana.
La rana en el agua se echa a nadar.
Cuando la llave quiere gozar,
viene el plomero y la hace gritar.
 El plomero a la llave,
 el agua a la lumbre,
la lumbre a la escoba,
la escoba a la araña,
la araña a la mosca,
la mosca a la rana.
La rana en el agua se echa a nadar.

“La canción de la rana” en *¡A jugar! Lírica popular*. México, SEP-Artes de México, 2007.

142. La sombra de la escalera



Sin saber cómo ni cuándo, estoy otra vez en el colegio. Entro al salón. Todos me miran y pienso que la profesora se dice por dentro que estoy flaco como alma en pena. Los compañeros me hacen señas de bienvenida con las manos. Camino hasta mi pupitre vacío. (Eulalia, ¿dónde estás? ¿Por qué no estás en la silla de al lado?).

No logro concentrarme en la clase. (Para algo sirve estar enfermo, no me van a preguntar ninguna lección.)

En el recreo busco a Eulalia. Nadie me da razón de ella.

Me cuentan que no vino ayer ni la semana pasada, ni la antepasada. No llegó hoy.

–Tal vez venga mañana –me dice alguien.

Yo sé que no va a volver. Pero también sé que ella está por ahí, con sus mariposas negras, sus trenzas ridículas, sus faldas largas y sus ropas descomunales. Cuida a alguien como me cuidó a mí. Cuida tal vez a otro niño condenado por otra maldición, ayudada por sombras amigas que saben cómo revocar las sentencias.

Por lo pronto, a mí ya me salvó. Lo único que siento es que se fue sin despedirse.

Aunque trato de no pensar mucho en todo esto, en mi cabeza se mezclan los presagios de José Dolores, la procesión de los nazarenos en semana santa y las matas de la abuela muertas al pie de la escalera.

I 43. Rayos y truenos

Todos hemos enfrentado alguna vez la gran batalla del cielo durante una tormenta. Espesas y oscuras nubes que se aprietan en un mismo espacio, las refulgentes luces de los rayos seguidas por el ruido trepidante del trueno... Más de alguno habrá sentido erizarse sus cabellos.



Pues deben saber que, antiguamente, el rayo y el trueno vivían en la tierra y entre los hombres, El rayo era un gallardo borrego cimarrón que ostentaba la recia espiral de su cornamenta y se erguía sobre sus largas patas traseras en la cima de los afilados riscos. El trueno era su madre, una vieja borrega gritona y escandalosa.

Pero ninguno era bien visto por los hombres, porque ocurría que, a la menor provocación, el joven borrego cimarrón se desataba en furia y empezaba a incendiar las chozas y con su poderosa cornamenta derribaba los árboles frutales. Dañaba toda la tierra con su fuego y a veces mataba a las personas que se interponían en su camino.

Tan pronto como su madre se enteraba del destructivo comportamiento de su hijo, alzaba su voz gritando tan fuerte que se escuchaba en todas las aldeas.

Naturalmente, los hombres estaban muy enojados por los destrozos del rayo y por el insoportable ruido que eran las reprimendas de la madre.

Las tribus consultaron con los hechiceros en varias ocasiones, hasta que finalmente se decidió que lo mejor era que el rayo y el trueno se fueran a vivir lejos de los hombres. Se les desterró a la montaña más alta y les fue prohibido mezclarse con la gente.

De cualquier forma esto no resultó, ya que el rayo todavía podía ver a los hombres caminando por las tierras que habitaban, vigilante desde su montaña. Estaba resentido por su destierro y se desquitaba lanzando su furia.

Aún habrían de venir muchos problemas.

El rayo estaba tan disgustado que prendió fuego al matorral durante la temporada de sequía. Muchos animales que eran el alimento de las tribus murieron quemados o de

hambre. Las llamas se extendieron hasta los sembradíos que la humanidad aprendía a cultivar apenas. Hubo incluso aldeas que ardieron completamente.

Desesperados, los hombres escucharan los ruidos regaños de la madre trueno llamando al orden a su rebelde hijo; pero aquello no remediaba la destrucción.

En tal circunstancia se encontraban, que una vez más se reunieron los hechiceros con los ancianos de las tribus para encontrar solución. Así, idearon un plan.

—¿Por qué no desterramos a esos dos muy lejos de la tierra? —dijo uno de los hechiceros—. Dondequiera que vivan serán un problema, pero si los enviamos al cielo estaremos a salvo de ellos.

Quedaron de acuerdo y así se hizo.

En un ritual sin precedentes, las artes de los hechiceros lograron separar los espíritus de los cuerpos del rayo y el trueno, de tal forma que el borrego cimarrón aún señorea su hermosa estampa en las altas montañas, pero los espíritus furiosos corren por los cielos.



Sin embargo, las cosas no resultaron tan bien como se esperaba, porque así como la montaña sigue retumbando cuando un macho cimarrón estrella su cornamenta contra la de su rival en los días de primavera, en las noches de tormenta el rayo sigue perdiendo el control y envía su fuego a la tierra.

Y aún se escucha a su madre que no soporta estar con él y se aleja por un tiempo a otras regiones del cielo.

Podemos saber que esto ocurre cuando se observa el resplandor del rayo, pero su madre está tan lejos que no puede verlo y por ello guarda silencio.

“Rayos y truenos” en Juana Ríos Aizú (recop. y adap.) *Cuando el mundo se gobernaba de otra manera*. México, SEP-Instituto de Cultura de Baja California, 2007.

144. El mago

Un mago con mucha magia
 por una puerta salió
 y su sombrero volando
 por la puerta regresó:
 Regresó, cruzó las piernas
 Y en la mesa se sentó.

Del sombrero sale un gato,
 del gato sale un avión,
 del avión sale un pañuelo,
 del pañuelo sale un sol,

del sol sale todo un río,
 del río sale una flor,
 de la flor sale una música
 y de la música yo.



David Chericián, “El mago” en *Urí urí urí. Palabras para jugar*. México, SEP, 1994.

145. Plumas

Las plumas son la característica esencial de las aves. Las protegen del frío y del agua, pero sobre todo les permiten volar. Además, gracias a una gran variedad de formas y colores, les permiten reconocerse entre ellas.

Las plumas más bellas las poseen los machos: en época de apareamiento, las exhiben en “danzas” en las que despliegan la belleza de su plumaje, con el cual atraen a las hembras, de aspecto más discreto. Es de todos conocida la famosa “rueda” del pavo real.

Las plumas más largas miden 13 cm. Con la muda cada año las aves renuevan su plumaje. Por cada pluma que cae crece otra.

Entre las aves salvajes, las plumas más largas son las que adornan la cola del faisán que llegan a medir 1.8 m., es decir tres veces la longitud de su cuerpo.

Las aves con mayor cantidad de plumas son los pingüinos privados de grandes plumas, las tienen pequeñas, cortas y compactas, pero les recubren todo el cuerpo, sin dejar zonas desnudas típicas de las otras aves. Su plumaje es el más tupido que se conoce. El pingüino más grande, el emperador posee probablemente el mayor número de plumas de todas las aves: más de 30,000.



Annete Tyson y Taulus Taylor, *Pelos y plumas*. México, SEP-Mondadori, 1992.

146. El zorro y el gato

Ocurrió una vez que un gato se encontró al señor Zorro en el bosque, y pensando: “Éste sí que tiene experiencia de todas las cosas del mundo”, se dirigió a él de la manera más amable.

–¡Buenos días, querido señor Zorro! ¿Cómo está usted y cómo le va en estos tiempos tan duros y penosos?

El Zorro, muy orgulloso, miró al Gato de pies a cabeza, dudando unos momento si contestarle o no. Por fin, dijo:

–¡Oh, infeliz casa–ratas, mísero roba–perros, bigotudo bribón!
. ¿Cómo te atreves a acercarte a mí?. ¿Qué educación has recibido? ¿En cuántas artes eres maestro?

–Solamente en una– dijo el Gato modestamente.



–¿Se puede saber en cuál? –pregunto el Zorro.

–Cuando los perros corren tras de mí, trepo por un árbol y así me pongo a salvo.

–¿Y nada más? –preguntó el Zorro–. Yo soy maestro en cien artes y, por añadidura, tengo un saco lleno de artimañas y malicias. Pero me das lástima. Ven conmigo y te enseñaré cómo escapar de los perros.

En aquel preciso momento llegaba un cazador seguido de su jauría. El Gato se subió, trepa que treparás, a un árbol copudo, yendo a parar a la más alta rama, donde quedó enteramente escondido por las hojas.

–¡Abre tu saco, señor Zorro! ¡Abre tu saco!–gritaba el Gato al maestro en artes; pero los perros le acorralaban y no tardaron en dar cuenta de él.

–¡Oh, señor Zorro! –exclamó entonces el Gato–. Tú con tus cien artes y tu saco lleno de artimañas, has sido casado, mientras que yo, con una sola sabiduría, estoy a salvo. Con que hubieras podido trepar hasta aquí, no habrías perdido la vida.

“El zorro y el gato” en *Cuentos de Grimm*. México, SEP-Juventud, 2002.

147. Inés del revés

Cuando Inés se levantó aquella mañana se sentía del revés.

Se puso el zapato izquierdo en el pie derecho y el zapato derecho en el pie izquierdo.

Durante todo el día Inés del revés lo hizo todo al revés: montó en bicicleta de espaldas, leyó un libro al revés. Su mamá movía la cabeza... Y de repente se le ocurrió una idea.

Esa noche, a la hora de dormir, acostó a Inés con la cabeza a los pies de la cama.

Descorrió las cortinas, encendió la luz, y dijo: “¡Buenos días!”

Inés se reía sin parar. “¡Mami del revés!”, dijo.

“¿Me quieres, Inés del revés?”, preguntó su mamá dándole un gran abrazo.

“¡No!”, contestó Inés del revés. Y dio a su mamá un beso ENORME.

Anita Jeram, *Inés del revés*. México, SEP-Kókinos, 2005.

148. El lobito bueno

Érase una vez
un lobito bueno
al que maltrataban
todos los corderos.
Y había también
un príncipe malo,
una bruja hermosa
y un pirata honrado.
Todas estas cosas
había una vez.
Cuando yo soñaba
un mundo al revés.



José Agustín Goytisolo

http://www.catedu.es/abrapalabra/index.php?option=com_content&task=view&id=233&Itemid=254

149. Estaba la calavera. Trabalenguas

Estaba la calavera
sentadita en su butaca,
Llega la muerte y le dice:
“comadre ¿por qué tan flaca?”.



Astaba la calavara
santadata an sa bataca,
llaga la marta a la daza:
“camadra ¿par cá tan flaca?”

Si Pancha plancha
con cuatro planchas
¿con cuántas planchas
plancha Pancha?
Pájaros, pájaros,
pájaros negros.
Tápalos, tápalos,
vuela con ellos.

“Trabalenguas” en Luz María Chapela (compilación) *No me maravillaría yo*. México, SEP, 1993.

150. Félix no tiene ganas

Félix no tiene ganas de cepillarse los dientes. Se pone a jugar con su cepillo de dientes...

Llega papá y se cepilla los dientes.

¡Es divertido tener la boca llena de pasta de dientes! De golpe, Félix tiene ganas de hacer lo mismo que papá.

Félix no tiene ganas...

De recoger sus juguetes. De ir a la cama por la noche. De acabar su comida.

Cuando Félix no tiene ganas de hacer algo...

Suspira. Arrastra los pies al andar. Pone cara de enojado. Protesta.

A Félix le gusta mucho el chocolate. Y a ti, ¿qué te gusta?

Félix se pone celoso cuando su mamá se ocupa de Juan. Y a ti, ¿qué te pone celoso? Félix



quiere saber todo sobre la tarta de chocolate de papá.

¿Eres tú también curioso como Félix? Félix está decepcionado cuando se le cae la bola de helado al suelo.

¿Cuál es tu última gran decepción?

Didier Lévy, *El imaginario de los sentimientos de Félix*. México, SEP-SM, 2005.

151. ¡El mundo está lleno de bebés!

Por todo el mundo hay bebés que están naciendo; tu naciste en un cuarto calentito.

Si tu madre fuera un pájaro cucú, ¿sabes lo que habrías hecho al salir del cascarón?

Empujar los demás huevos fuera del nido.

Si tu madre fuera una osa polar, ¿sabes dónde habrías nacido? En una guarida de hielo, en pleno invierno.

¡Buaaaaaaaaah! Por todo el mundo hay bebés que están llorando. Tú llorabas a menudo para que tus padres te hicieran caso. Los bebés enseguida reconocen la voz de sus padres, y los padres distinguen también rápidamente la voz de su bebé.

Por todo el mundo hay bebés cuyos padres los llevan de un sitio a otro. Quizás a ti te llevaron de paseo en una mochila especial para bebés.

Mick Manning, *¡El mundo está lleno de bebés!*. México, SEP-SM, 2002.

152. La lengua se vuelve loca con estos frutos que hacen agua la boca

Rosado por fuera
colorado por dentro,
de pepa grandota;
comerlo quisiera,
pero no del centro.



Blanca por dentro,
verde por fuera;
si quieres que te la diga,
espera.



Ventana sobre ventana,
sobre ventana balcón,
sobre el balcón una dama,
sobre la dama una flor



En medio del monte
hay un cantarito,
aunque llueva o no llueva
siempre está llenito.



Un perrito dice gua, gua
Y la señora dice ya va.



María Teresa Miaja (compilación) *¿Será melón?, ¿será sandía?* México, SEP-Artes de México, 2008.

153. El ratón joven y el ratón viejo

Varias veces el ratón joven había observado en las excursiones que hacía con su tío, que éste se apartaba del queso que hallaban en la despensa, porque según él, estaba muy duro y no podía clavarle los dientes, ya muy flojos.

En alguna ocasión, el tío no quiso trepar a un armario, a pesar de que en lo alto había olorósísimo pan, pues el reumatismo –esa razón adujo él– se lo impedía.

Aun llegó a ver el ratón joven que, cierto día, el viejo, temeroso de que le dolieran los dientes, desdeñaba un terrón de azúcar que estaba invitándolos o roerlo.

Y siguió ocurriendo así hasta que, por último, cansado de que su tío desdeñara siempre el excelente queso que estaba en la despensa, el ratón joven dijo para sí:

“¡Cosas de viejos!...”

Y cayó en la ratonera.

Los viejos saben muchas cosas simplemente por eso, por viejos, porque han vivido ya muchos años y han visto suceder muchas cosas. Pongámosles atención.



Francisco Monterde, “El ratón joven y el viejo” en *Lengua Nacional Tercer grado*. México, SEP, 1969.

154. El pantano de la belleza escondida



Un vientecillo apenas perceptible empezó a tomar fuerza hasta agitar las plantas y los árboles del lugar. Sombras inesperadas aparecieron danzando al compás del viento, mientras una parvada de murciélagos sobrevolaba la cabeza de Luis haciéndole gritar, presa del pánico.

—No pasa nada... son murciélagos, son animalitos... —se decía Luis a sí mismo, intentando darse valor—. ¡Sí, pero también son vampiros, y los vampiros chupan la sangre! —se

contestaba.

En su interior, los diferentes Luises que lo habitaban intentaban controlar la situación.

—En las películas... sólo en las películas, pero nunca se ha visto que en la realidad existan. Son sólo animalitos, y muy chiquititos. No hacen nada... no me pueden hacer nada. Ellos son chiquitos y yo soy mucho más grande...

De nueva cuenta, la parvada de murciélagos agitó la cabellera de Luis, pero esta vez no hubo gritos. Luis respiró profundo y enfrentó con la mirada a los murciélagos, que siguieron volando sin preocuparse mucho por el niño.

El orgullo lo inundaba, se sentía triunfante por haber podido enfrentar a los murciélagos. Ahora los veía como seres inofensivos, simple animalitos nocturnos en busca de alimento; no sangre, como decían las historias de miedo, sino seguramente insectos, como les había contado su maestra en una clase.

155. Caminito de la escuela

Caminito de la escuela,
apurándose a llegar,
con sus libros bajo el brazo
va todo el reino animal.

El ratón con espejuelos,
de cuaderno el pavorreal
y en la boca lleva el perro
una goma de borrar.

Cinco gatitos
muy bien bañados,
alzando los pies,
van para el kínder
entusiasmados
de ir por primera vez.

Caminito de la escuela,
pataleando hasta el final,
la tortuga va que vuela,
procurando ser puntual.

Caminito de la escuela,
porque quieren aprender,
van todos los animales
encantados de volver.

El camello con mochila,
la jirafa con su chal
y un pequeño elefantito
da la mano a su mamá.

No falta el león,
monos también
y hasta un tiburón,
porque en los libros
siempre se aprende
cómo vivir mejor.

La tortuga por escrito
ha pedido a Santa Clos
sus dos pares de patines
para poder ir veloz.

Francisco Gabilondo Soler, *Cri Cri Cuentos para cantar y canciones para leer*. México SEP, 1994 .

156. Resurrección

Amo la vida,
el sol, el aullido del viento en la montaña,
la tempestad, los truenos,
el canto alegre de los pájaros,
la alegría de los conejos. El ladrido de los perros
y el paseo de los caracoles después de la lluvia.

...

Amo la vida,
piel morena o blanca,
el brillo de las mejillas de los negros,
los cabellos que tienen el color
del pelo del maíz.
Amo las hormigas nunca ociosas,
el mugido de las vacas
y el tintineo de sus campanas
en los Alpes.

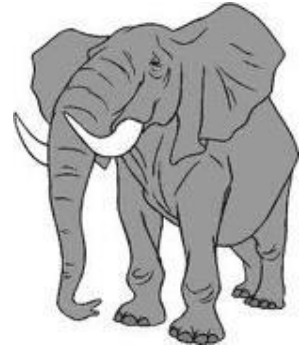
Amo la vida,
el zumbido de las abejas golosas,
las travesuras de las ardillas,
la piel maravillosa del zorro,
la bella estampa del cervatillo
y la gallardía del caballo
con su melena al viento.



157. Dientes

A excepción de las aves, la mayoría de los vertebrados tienen dientes que les permiten agarrar y sostener el alimento. Las dimensiones y el número de dientes varían considerablemente según la alimentación y las costumbres de cada especie.

Los dientes más largos pertenecen al elefante africano cuyos incisivos superiores o colmillos pueden medir hasta tres metros y medio de largo y pesar 100 kg cada uno. Los de las hembras son más pequeños.



Los colmillos demasiado largos pueden ser un gran obstáculo para el elefante que se ve obligado a llevar siempre la cabeza levantada para no arrastrarlos por el suelo. Además sus colmillos atraen la codicia de los cazadores. Las hembras son las que poseen el marfil más apreciado.

Algunos dientes, como los nuestros por ejemplo, tienen un crecimiento limitado. Otros, como los de los roedores, crecen toda la vida, pero conservan dimensiones normales gracias al desgaste.



La morsa tiene colmillos que, en el macho, llegan a medir un metro de largo por seis kg de peso. Los de las hembras, más pequeños que los de sus compañeros, no superan los 60 cm. Las morsas usan los colmillos como pinzas para hurgar en las rocas y recoger los moluscos de los que se alimentan. También les ayudan para apoyarse cuando se arrastran por el hielo.

Annete Tyson y Taulus Taylor, *Dientes y cuernos*. México, SEP-Mondadori, 1992.

158. El sonido

Hay sonido en todo nuestro alrededor. Oímos música y oímos voces, pero el sonido tiene muchos otros usos. Puede “dibujar” imágenes y ayudar a los animales a encontrar a su presa.

Los sonidos que son desagradables al oírlos, como el de taladros pesados, son llamados ruido.

Los murciélagos usan el sonido para cazar. Sus chillidos rebotan en cualquier objeto sólido. Escuchan el eco e investigan dónde se encuentra la comida.

Los médicos usan el sonido para crear imágenes de bebés que aún no han nacido. Ondas de sonido salen fuera del bebé, y las computadoras pueden “dibujar” la imagen.



www.educared.org.ar

Mike Goldsmith, *Luz y sonido*. México, SEP-Altea, 2007.

159. Hormiga de noche

Como la hormiga quiso viajar segura, se colgó una linterna en la cintura.

Nadie en el hormiguero tenía experiencia en iluminar la noche con tanta ciencia.

Ninguna de las hormigas se había animado a desafiar el mundo de lo ignorado.

Por eso nuestra hormiga, que era valiente, tuvo a favor y en contra a toda la gente.

Salió del hormiguero con paso entero, se trepó al espinillo [*una planta*], cantó un bolero.

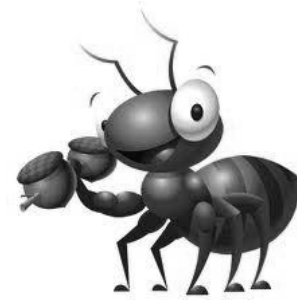
Caminó por la plaza de los malvones, vio dormir una abeja sobre almohadones.

Conoció escarabajos bandoneonistas [que tocan el bandoneón, una especie de acordeón], mariposas nocturnas, sapos artistas.

Y mecida en la copa de un pensamiento, descansó del paseo por un momento.

Mojadita en rocío, pasos ligeros, regresó hasta su casa del hormiguero para contar a todos los que quisieran, del mundo que se mueve sombras afuera.

Ahora no podemos hacer sombras en la pared, pero cuando salgamos al recreo podemos jugar con nuestras sombras.



María Cristina Ramos, "Hormigas de noche" en *Las sombras del gato*. México, SEP-Panamericana, 2006.

160. El agua lo trajo, el agua se lo llevó



Tata Bus rezaba a San Isidro: –¡Ay, San Isidro! Por favor, dame tan siquiera una vaca con su cría. Te prometo que yo nunca venderé leche mezclada con agua como lo hace mi vecino al que apodan *aguador*. San Isidro le concedió su deseo en forma milagrosa y Tata Bus comenzó a vender leche pura de su vaquita a tres personas.

Un día vino una señora y le suplicó: –Tata Bus, véndeme siquiera medio calabazo de leche al día.

Tata Bus dijo que iba a pensarlo. Si le ponía medio calabazo de agua a toda la leche que ordeñaba, seguramente no se notaría. De ese modo podría venderle a la señora lo que pedía. Y así lo hizo.

Con el dinero que hizo de la venta del medio calabazo diario de agua, compró dos vaquitas más. Todos los días las llevaba al campo a pastar.

Un día mientras pastaba su ganado, cayó un torrencial aguacero. Tata Bus se apresuró a llevar de nuevo sus vacas al pueblo. La que le había dado San Isidro cruzó oportunamente

una hondonada, pero las dos que había comprado con el dinero de la venta del medio calabazo de agua, se retrasaron y murieron ahogadas.

Entonces Tata Bus dijo:

–¡Y qué más da! El agua me las trajo, el agua se las llevó.

Domingo Dzul Poot “El agua lo trajo, el agua se lo llevó” en *Leyendas mayas*. México, SEP-Patria, 2002.

161. Lola Álvarez Bravo: cazadora de imágenes



Un día, a Lola se le ocurre una idea: hacer retratos de todos sus amigos; es decir, tomarles fotos.

Los retratos nos permiten saber cómo es una persona físicamente, si tiene la nariz grande o chiquita como de ratón; si tiene pelos en las orejas o sólo en la barba. Además del aspecto físico de una persona, un retrato también nos permite ver rasgos de la

personalidad, es decir, aspectos de su carácter. Así, un buen retrato nos deja ver si alguien es tranquilo, tierno y risueño o por el contrario, inquieto, hosco y más bien serio. La expresión de su rostro y la postura de su cuerpo hablan por sí solos.

Cuando Lola iba a ver a un amigo o amiga para hacer su retrato, a veces, en lugar de tomar la cámara y poner manos a la obra, se le iba el tiempo en platicar y cuando se daba cuenta, ya se le había ido la luz, que es esencial para lograr una buena imagen.

Afortunadamente, como eran sus amigos, se ponían de acuerdo para verse de nuevo y entonces sí, ¡clic!, empezaba Lola con la cara sobre el visor de su cámara de pie y moviéndose lentamente.

Para nosotros es más fácil tomar fotos, con una cámara digital y hasta con un celular. Cuando tomen la foto de una persona, recuerden que su retrato debe capturar sus rasgos físicos, y también los de su personalidad.

Carla Faesler, *Lola Álvarez Bravo: cazadora de imágenes*. México, SEP-SM, 2006.

162. Por la vía de los sentidos

Mamá y papá saben muchas cosas que han aprendido en la escuela, en el trabajo, en la vida, y leyendo toda clase de libros. Hay que poner atención a sus lecciones.



Su papá regresaba tarde los lunes, así que lo esperarían a cenar. Hicieron palomitas de maíz para entretener el hambre y se las comieron en silencio, y cuando el silencio se hizo más pesado, Camila se dio cuenta de que su mamá preparaba una andanada de preguntas, de modo que se adelantó a interrogar: –¿Cómo olemos lo que olemos?

Eso era lo que su mamá necesitaba para darle una clase de anatomía, su especialidad.

–El olfato –respondió– es un sentido mudo, no tiene palabras. Por eso es casi imposible para alguien describir el olor de algo que no ha oído. Es el más directo de nuestros sentidos. Cuando aspiró una lila –demostró la mamá de Camila, acercándole la macetita que adornaba la mesa–, las moléculas de olor suben flotando más allá del puente de la nariz, donde las absorbe la mucosa. Allí, cinco millones de células llamadas cilias disparan impulsos al centro del olfato en el cerebro.

–Si cada cosa huele diferente, ¿Cómo lo reconocemos? –preguntó Camila.

–Según algunos estudiosos –continuó su mamá–, cada molécula de olor tiene una forma diferente: hay esferas alcanforadas, la menta es triangular, el aroma de las flores está hecho de discos minúsculos. Cada una busca en la mucosa el espacio adecuado a su forma.

–¿Y los olores ácidos? –se interesó Camila.

–¡Ah!, ésos son muy interesantes –explicó la mamá–, su carga es positiva y se adecuan a un espacio cargado negativamente.

Camila escuchó que su papá entraba y corrió para contarle cómo olemos lo que olemos.



Alicia Molina, “Por la vía de los sentidos” en *La noche de los trastos*. México, SEP-FCE, 2006.

163. Lobo Valiente

Hace tiempo, en un pueblo, no lejos de aquí, todo el mundo tenía miedo, porque una manada de lobos rondaba por los campos y atacaba a los animales y a las personas.

El jefe de esta manada se llamaba Lobo Valiente, y era más audaz y más cruel que cualquier otro.

Un día, la mujer de un granjero enfermó y su marido tuvo que llevarla con el doctor, que vivía muy lejos.

Lobo Valiente le dijo a sus compañeros de manada:

—Ahora que el campesino está fuera, atacaremos su casa.

Los lobos aullaron de alegría.

Sin embargo, la casa no estaba vacía. Había un caballo, un buey, un gato y un gallo. El granjero les había pedido que cuidasen la granja.

El gallo estaba sobre el tejado, el gato cerca de la chimenea, el buey en el establo y el caballo en el granero.

Cuando se hizo noche, los lobos llegaron a la casa. Lobo Valiente ordenó:

—Espérenme aquí y les diré por dónde tienen que entrar.

Y saltó al patio, se deslizó a lo largo de la pared y entró al granero. Pero allí, el caballo le soltó una tanda de coces y Lobo Valiente tuvo que huir.

Cojeando entró en el establo, pero el buey lo recibió a cornadas, y Lobo Valiente salió corriendo.

Se deslizó en la cocina. Pero el gato le saltó encima, le arañó el hocico y le arrancó la piel de las orejas.

Lobo Valiente salió corriendo de la casa y, en aquel momento, el gallo le cayó encima. ¡Quiquiriqui! ¡Quiquiriqui! gritaba mientras lo picoteaba. Lobo Valiente aullaba como loco.

Al escucharlo, los demás lobos sintieron miedo y huyeron. Lobo Valiente alcanzó a su manada en el lindero del bosque.

Sin aliento, por haber corrido tanto, le preguntaron:

—Pero ¿qué te pasó en aquella casa?

—¡Es para morir de miedo! Hay un fantasma en el granero, que me dio de bastonazos. En el establo vive un diablo, que quiso traspasarme con una lanza. ¡En la casa hay una bruja,



que me arañó con las uñas, y sobre el tejado acecha un mal espíritu que grita cosas terribles! ¡Vámonos de aquí!

¡Pobre Lobo Valiente! Creyó que el caballo era un fantasma, el buey un diablo, el gato una bruja y el gallo un mal espíritu.

A los lobos no se les volvió a ver jamás. A partir de entonces, todo el mundo puede dormir tranquilo en ese pueblo, no muy lejos de aquí...

“El lobo valiente” en Pascale Chenél (adaptación) *El gran libro del lobo feroz*. México, SEP-Juventud, 2006.

164. Conozco los alimentos

¿Qué como y cuándo como?

Hoy acompañé a mi mamá al mercado.

Primero compramos arroz y pastas. Después, nos acercamos al puesto de verduras para comprar zanahorias, jitomates y cebollas. Cerca encontramos manzanas, uvas y una sandía para preparar agua fresca.

Luego llegamos al puesto donde venden huevo y queso. También compramos pollo para la comida de hoy.

Al final convencí a mi mamá para que lleváramos dulces y chocolates. Saliendo del mercado, le pedí que me comprara un chicharrón.

Al llegar a casa, corrí a lavarme las manos, tallé mis manos con cuidado y también lavé mis uñas. Me enjuagué muy bien y me sequé con una toalla limpia.

Después ayudé a mi mamá a lavar y desinfectar las verduras y las frutas. Mi mamá lavó el pollo y luego lo cocinó.

Lo que compra mi mamá en el mercado lo utiliza para preparar el desayuno, la comida y la cena. Todos los días también me preparar algo para comer en el recreo. Por la tarde, me da leche y galletas.



Álvaro Osornio, et al, “Conozco los alimentos” en *Yo me cuido. Lo que hago con mi cuerpo*. México, SEP-Santillana, 2004.

165. Stelaluna

En latín, Stela significa estrella. Así que Stelaluna es Estrellaluna. En esta lectura se llama así ¡una murciélago! Ese animalito vive de noche, se cuelga cabeza abajo para dormir y se alimenta de fruta.

En un bosque vivían una murciélago y su bebé recién nacida. ¡Cómo quería mamá murciélago a su chiquitina!

La llamó Stelaluna.

Una noche, mientras volaba en busca de comida, con Stelaluna pegada a ella, un búho se lanzó contra ellas y, al chocar, se cayó Stelaluna entre los árboles del bosque. Las ramas detuvieron la caída y Stelaluna se agarró de una ramita, pero no tenía suficiente fuerza y se soltó de nuevo. Finalmente cayó en un nido donde había tres pajaritos.



Mamá pájaro aceptó a Stelaluna y les llevaba insectos para que comieran los cuatro. Stelaluna estaba acostumbrada a comer frutas, pero no aguantó el hambre y terminó comiendo lo que mamá pájaro llevaba.

Stelaluna aprendió a ser como los pájaros. Estaba despierta en el día y dormía de noche. Sus costumbres de murciélago iban desapareciendo.

Excepto una: a Stelaluna le gustaba dormir colgada de patas, cabeza abajo. Una vez que mamá pájaro no estaba, les dijo a los pajaritos que lo intentaran, y al llegar mamá pájaro vio ocho patitas agarradas del borde del nido. Se enojó mucho y le dijo a Stelaluna que tenía que respetar sus reglas.

Los polluelos crecieron y llegó el día en que tenían que aprender a volar; uno a uno saltaron del nido, y Stelaluna lo hizo también.

Al día siguiente volaron durante horas para ejercitar sus alas. El Sol comenzó a ocultarse. Stelaluna se había adelantado y los pajaritos, que ya no la veían, decidieron regresar sin ella.

Stelaluna se quedó sola. Voló y voló hasta que las alas le dolieron y se dejó caer en un árbol.

En eso, oyó que alguien se acercaba.

Era su mamá, que la había reconocido por el olfato.

La abrazó, le preguntó cómo había escapado del búho y le dijo que estaba feliz de encontrarla.

Su mamá la llevó a comer fruta. Stelaluna la disfrutó y se dijo que jamás volvería a comer insectos.

Stelaluna le contó a su mamá cómo había vivido con sus amigos los pájaros.

Al día siguiente fue a verlos, y los invitó a que conocieran a su mamá.

Estuvieron tan felices que les anocheció. Cuando iban volando de regreso, Stelaluna podía ver bien en la oscuridad, pero los pajaritos no, y ya iban a estrellarse, cuando ella los llevó a unas ramas.

“Estamos a salvo”, dijo Stelaluna.

Los pajaritos y Stelaluna se preguntaron: “¿Cómo podemos ser tan distintos y sentirnos tan iguales?”

Y dijeron: “Eso es un misterio. Pero lo que está claro es que somos amigos.”

Una linda historia que nos enseña cómo podemos llegar a ser amigos de gente que es muy diferente a nosotros. Hay que aceptar las diferencias, no permitir que nos separen y, mucho menos, que nos pongan a unos en contra de otros.

Janell Cannon, *Stelaluna*. Janell Cannon, Ilus. México, SEP-Juventud, 2003.

166. El globo de Francisco

Un día Francisco encontró un globo y como estaba aburrido empezó a soplar. El globo se fue inflando, y Francisco siguió soplando sin darse cuenta que sus pies se despegaban del piso y comenzaba a volar.

Su mamá, que estaba haciendo las camas, lo vio por la ventana y salió corriendo con una almohada bajo el brazo. Quiso bajarlo, pero sólo pudo agarrarse de un zapato de Francisco, que seguía soplando y se la llevó por el aire.

Una vecina que revolvía la sopa los vio por la ventana y salió con el cucharón en la mano. Quiso bajarlos, pero sólo alcanzó a abrazar la almohada de la mamá de Francisco, que iba agarrada del zapato de su hijo, que seguía soplando y se las llevó a las dos por el aire.



El cartero quiso bajarlos, pero sólo alcanzó a colgarse del cucharón de la vecina abrazada a la almohada de la mamá de Francisco que iba agarrada del zapato de su hijo, que seguía soplando y se los llevó a los tres por el aire.

La maestra quiso bajarlos, pero sólo pudo sostenerse del bolso del cartero colgado del cucharón de la vecina abrazada a la almohada de la mamá de Francisco que iba agarrada del zapato de su hijo, que seguía soplando y se los llevó a los cuatro por el aire.

El panadero quiso bajarlos, pero sólo se enganchó del bolsillo de la maestra sostenida del bolso del cartero colgado del cucharón de la vecina abrazada a la almohada de la mamá de Francisco que iba agarrada del zapato de su hijo, que seguía soplando y se los llevó a los cinco por el aire.

El barrendero quiso bajarlos, pero sólo mordió un pan del panadero enganchado del bolsillo de la maestra sostenida del bolso del cartero colgado del cucharón de la vecina abrazada a la almohada de la mamá de Francisco que iba agarrada del zapato de su hijo, que seguía soplando y se los llevó a los seis por el aire...

El pueblo se había reunido en la plaza a ver lo que pasaba. El globo parecía una enorme cometa con una extraña cola. De pronto, Francisco se cansó de soplar, miró hacia abajo y muerto de risa empezó a soltar el aire del globo de a poquito.

Todos comenzaron a dar volteretas por el cielo mientras el globo se desinflaba hasta que el barrendero llegó al suelo y dejó de morder el pan del panadero que se desenganchó del bolsillo de la maestra que soltó el bolso del cartero que se descolgó del cucharón de la vecina que dejó de abrazar la almohada de la mamá de Francisco que ya no se agarró del zapato de su hijo, que aterrizó con el globo flaquito en la mano.

Todos volvieron a su trabajo contentos, y Francisco se guardó el globo en el bolsillo por si otro día estaba aburrido y tenía ganas de jugar.

167. Adivinanzas indígenas

Nace en el monte,
muere en el mar.
Nunca regresa
a su lugar.

El río.

¿Qué es,
qué es,
dos negritos
tapan diez?



Los zapatos.

En la orilla de la mar
de algún pájaro el huarache;
de las olas, en tus manos,
como un trozo de la noche.

La estrella de mar.

¿Qué cosa es,
en el cielo encendido,
serpiente de fuego
con un chasquido?

El rayo.

No hacen tortillas
y dan palmadas,
van por el aire
muy apuradas.

Las mariposas.

Unas estrellas
subieron al cielo,
otras quedaron
brillando en su vuelo.

Las luciérnagas

Adivinanzas indígenas, Elisa Ramírez (adaptación). México, SEP-Patria Cultural, 1989.

168. ¿Cómo dicen mamá las jirafas?

Durante la primavera, todos los animales han traído al mundo bellas crías. La jirafita ya salta con sus altas patas; el elefante y rinoceronte comienzan a barritar; el perico, el antílope y el chimpancé producen sonidos de acuerdo a su especie.

Pero la jirafita no produce ningún sonido y todos sus amiguitos se sorprenden. Empieza la aventura, porque cada uno de sus amiguitos la llevan con los animales que se distinguen por sus sonidos, como el sapo, el canario, y león, pero todo es inútil: la jirafita no produce ningún sonido.



El león, en su intento de ayudarla, produce uno de sus rugidos más fuertes y asusta a todos.

En ese momento llegan las mamás de todas las crías furiosas, pero el león les explica que sólo quiere ayudar a la jirafita a producir un sonido.

Entonces mamá elefanta explica que las jirafas hablan sin sonidos. Son mudas, afónicas. Su cuello es tan largo que no tienen cuerdas vocales. Sin embargo, ellas se hablan haciendo gestos.

“Señora jirafa, enséñenos cómo se hace entender con su pequeña jirafa.”

Y, con gran ternura, mamá jirafa, con gestos, le dice a su jirafita que la ama.

169. La ardilla

Hoy vamos a leer un poema pequeño de Amado Nervo.

La ardilla

La ardilla corre,
La ardilla vuela,
La ardilla salta
Como locuela.

–Mamá, ¿la ardilla
No va a la escuela?

Ven ardillita:
Tengo una jaula
Que es muy bonita.

No, yo prefiero
Mi tronco de árbol
Y mi agujero.



Amado Nervo, “La ardilla” en Claudia M. Lee (comp.) *A la orilla del agua y otros poemas de América Latina*. México, SEP-Artes de México, 2003.

170. Ernesto, el león hambriento

Una sábana sirve para taparse en la cama cuando uno se va a dormir. Pero la sabana es una gran llanura con unos pocos árboles y pastos muy altos. Un lugar perfecto para que los leones se escondan cuando necesitan cazar. La historia que vamos a leer hoy sucede en una sabana del África.

Caía la tarde y empezaba a refrescar. De pronto, un potente rugido ensordeció la sabana.

El más temido y fuerte de los animales se estaba despertando... Era Ernesto, el Rey de la sabana. Su tripa estaba vacía ¡y tenía un hambre feroz!

Con ganas de darse un buen banquete, Ernesto, el león, decidió salir de caza. Se puso en guardia y, con mirada penetrante, observó los alrededores... “A ver, qué tenemos por aquí para hincarle el diente...”, se dijo Ernesto.

¿Antílopes? No, no. ¡Ya comimos la semana pasada!, ¿Búfalo? ¡Ni hablar! ¡El último resultó seco y duro! ¿Avestruz? ¡Demasiado trabajo desplumarlo!

“¡Me apetece cebra! Parece jugosa y muy rica”, exclamó el león. Sin quitarle el ojo de encima, se acercó despacio a su presa. Sus movimientos eran muy lentos... ¡Sus grandes zarpas no hacían el menor ruido!

¡Allí estaba *ella*! Gordita, tremendamente apetitosa y... ¡con su pijama de rayas!

Agazapado entre las hierbas, Ernesto tensó sus músculos y se dispuso a saltar... En aquel preciso instante, se oyó por toda la sabana un berrido desgarrador.

–¡Ernestooooooo! ¡Ernestooooooo! ¿Dónde te habías metido?

El Rey de la sabana reconoció la voz de Magdalena, su leona.

–¡Shhhhtttt! Silencio, querida ¿No ves que estoy cazando? –dijo Ernesto muy bajito.

–¡Déjate de tonterías! ¡Se te olvidó ir por los niños a la escuela! –respondió la leona muy decidida–. No te hagas el valiente y compórtate como un buen padre. Y ahora, ¡déjame tranquila que tengo que ir a trabajar!

Y Magdalena ¡salió a cazar!

Porque ustedes deben saber que las leonas son mejores cazadoras que los leones.

Lola Casas, *Ernesto, el león hambriento*. México, SEP-Serres, 2006.



171. El Cuervo y el Zorro

–Buenos días –dijo el Zorro–. Linda mañana, ¿verdad? Mire usted, apenas me desperté, oí unos cantos tan preciosos, que me pregunté: ¿cuál será el pájaro que canta tan lindo? Busqué y busqué y no encontré nada. Llegué hasta aquí y ahora que lo veo a usted, tan elegante, tan lustroso, tan bien parado, tan, tan, tan... la verdad es que no hay palabras para decir lo hermoso que usted se ve, don Cuervo. Solamente digo: esas canciones que oí, sólo de su garganta, de su pico, pueden salir. En fin, señor Cuervo, yo creo que habría que nombrarlo a usted emperador de estos bosques y también de los otros, y de los de más allá. Aquí estoy, ansioso, esperando a que cante usted para tener el privilegio de oírlo en la primera fila. ¡Adelante!

“Es un poco extraño, pensó el cuervo; jamás en toda mi vida de cuervo, me pidió nadie que cantara, y a lo mejor lo hago muy bien. Si el zorro, que tiene tanto mundo, lo dice, debe ser verdad. ¿Qué canción cantaré? Podría ser aquella que sabía de chico. ¡Claro! ¡Cantaré aquella! Creo que la recuerdo muy bien.”

–Pronto don Cuervo, pronto. Nunca sentí tanta ansiedad –dijo el Zorro.



Se alisó el Cuervo las plumas, se irguió, abrió el negro pico y... el queso cayó justo, justito, en la boca del Zorro, que salió corriendo.

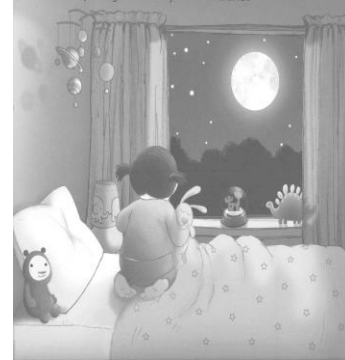
–¡Qué tonto fui! –se dijo el Cuervo– ¡Creerme todo lo que me dijo! Se está comiendo el queso y yo me quedé sin nada. Eso me pasa por vanidoso. Mejor me voy ligerito, antes de que se me ría en la cara, que eso sí que no podría soportarlo.

La zorra y las uvas, Beatriz Barnes (adaptación). México, SEP-CEAL, 1988.

172. Viaje a la Luna

La Luna está muy, muy lejos. Imagínate cómo sería ir a visitarla. Algunas personas han viajado a la Luna. Son astronautas, que han ido para ver cómo es. Si fueras a la Luna, también tú serías astronauta. A la Luna se llega viajando en un cohete enorme. Los astronautas van en una cabina muy pequeña que está en la punta del cohete.

El cohete sale al espacio. Allí no hay más que estrellas y oscuridad. El viaje a la Luna dura cuatro días enteros. Poco antes de llegar, te montas en una nave espacial pequeña. La nave baja... y baja..., hasta que se posa lentamente en la Luna. Para salir tienes que ponerte un traje espacial. Los trajes espaciales llevan aire para respirar porque en la Luna no lo hay.



La Luna es un lugar silencioso, desierto y cubierto de polvo. Tiene montes enormes... y agujeros gigantes. Pero no hay árboles, ni agua, ni animales, ni personas. En la Luna te sientes muy ligero, casi como si flotaras. Los astronautas andan brincando a grandes zancadas. Puedes llegar muy lejos de un solo salto, mucho más que en nuestro planeta.

En ocasiones los astronautas exploran la Luna en un coche lunar. Recogen rocas lunares para estudiarlas luego. Hacen fotos de la Luna para que los demás veamos cómo es.

Los astronautas colocan banderas para que sepan que han estado allí. Nuestro planeta, la Tierra, se ve desde la Luna. Como está muy lejos, parece muy pequeño.

Cuando llega el momento de irse, los astronautas despegan con rumbo a la Tierra.

La Luna se queda como estaba, sin contar con la bandera, el coche... y unas huellas en el suelo.

¿Crees que algún día viajarás a la Luna?.

173. ¿Por qué a los niños les da miedo la oscuridad?

En la oscuridad, los niños siempre se sienten un poco perdidos. Cuando se despiertan por la noche, no saben muy bien de qué lado de la cama están, ven sombras raras que puedan parecer monstruos y entonces gritan, lloran, llaman a sus papás...

Es normal tener miedo, pero la oscuridad no es peligrosa.

Los trucos de Félix para estar tranquilo

Una pequeña luz en la habitación o dejar la puerta de la habitación entreabierta a un pasillo con luz.

La oscuridad es bonita.

Pasea por casa a oscuras con papá o mamá y verás que no hay nada de qué asustarse.

Si hubiera un peligro, papá y mamá te protegerían.

¿Hasta cuándo crecerás?

Durante los primeros años de vida, crecemos mucho.

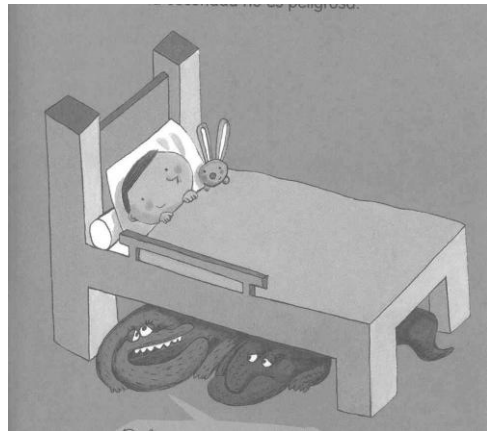
A los 20 años dejamos de crecer: ya somos adultos.

Pero en nuestra cabeza y en nuestro seguiremos creciendo toda la vida.

Dormir es crecer...

Los niños crecen, sobre todo cuando duermen.

Así que, si una mañana te despiertas y la pijama te queda pequeña...No es que haya encogido: tú creciste.



Lévy, Didier, *Crece con Félix*. México, SEP-SM, 2007.

174. Ahora no, Bernardo

“Hola, pa”, dijo Bernardo.

“Ahora no, Bernardo”, dijo su papá.

“Hola, ma”, dijo Bernardo.

“Ahora no, Bernardo”, dijo su mamá.

“Hay un monstruo en el jardín y me va a comer”, dijo Bernardo.

“Ahora no, Bernardo”, dijo su mamá.

Bernardo salió al jardín.

“Hola monstruo”, le dijo al monstruo.

El monstruo se comió a Bernardo de un bocado.

Luego el monstruo entró a la casa.

“ R.”, hizo el monstruo detrás de la mamá de Bernardo.

“Ahora no, Bernardo”, dijo la mamá de Bernardo.

El monstruo mordió al papá de Bernardo.

“Ahora no, Bernardo”, dijo el papá de Bernardo.

“Tu comida está lista”, dijo la mamá de Bernardo.

Y puso la comida frente al televisor.

El monstruo se comió la comida.

Luego vio televisión.

Después leyó una de las historietas de Bernardo.

Y rompió uno de sus juguetes.

“Vete a la cama. Ya te subí la leche”, dijo la mamá de Bernardo.

El monstruo subió las escaleras.

“Pero si yo soy un monstruo”, dijo el monstruo.

“Ahora no Bernardo”, dijo la mamá de Bernardo.



175. Yo siempre te querré

Esta es la historia de Elfi, la mejor perrita del mundo.

Elfi y yo crecimos juntos, pero ella creció mucho más aprisa que yo.

Me gustaba apoyar la cabeza sobre la piel caliente. Soñábamos juntos.

Mi hermano y mi hermana también querían mucho a Elfi.

Pero Elfi era *mi* perro.

Todos los días, Elfi y yo jugábamos juntos.

A veces, Elfi hacía alguna diablura, y entonces mis padres se enojaban y la regañaban.

Pero la seguían queriendo mucho.

Sólo que nunca se lo habían dicho. Pensaban que Elfi ya lo sabía.

Los años pasaron muy de prisa. Yo crecía hacia lo alto, hacia lo alto, y Elfi crecía hacia lo ancho.

Cuanto más años tenía Elfi, más dormía. Ya no quería salir de paseo como antes. ¡Aquello me preocupaba!

Llevamos a Elfi al veterinario. No había nada que él pudiera hacer.

—Elfi se está haciendo vieja.

—dijo el veterinario.

A Elfi cada vez le costaba más subir las escaleras.

¡Pero *tenía* que dormir en mi cuarto!

Le puse un almohadón muy blando para que estuviera más cómoda.

Cada noche, al acostarnos, le decía:

—Yo siempre te querré.

Sé que Elfi me entendía.

Una mañana me desperté y vi que Elfi había muerto durante la noche.

Entre todos enterramos a Elfi. Lloramos y nos abrazamos para consolarnos.

Mi hermano y mi hermana querían mucho a Elfi, pero nunca se lo habían dicho.

Yo también estaba muy triste, pero me consolaba pensar que cada noche le habían dicho: —Yo siempre te querré.

Hans, Wilhelm, *Yo siempre te querré*. México, SEP- Juventud, 2006.

176. Lola

Cerca, cerca del bosque hay una vieja granja. Y en esa granja viven unas gallinas. Como verán, se trata de unas gallinas muy especiales.

En esa granja cada mañana canta el gallo y...

...cada mañana ¡las gallinas se alborotan!

¿Quién es la más bonita?

La más bonita es Lola.

El gallo no tiene ojos más que para Lola y sólo Lola.

Pero, ¡oh tragedia!, ella está enamorada de otro.

“¿Por qué la vida es tan difícil?”, se pregunta Lola suspirando.

De nada sirve que el gallo se lave las plumas o se pavonee frente a ella. Nada de “toc toc toc” para el gallo.

Para Lola, nada de “tralalá”. Ella no busca al gallo sino a alguien más.

Y tiene que buscar muy lejos porque su héroe está en algún lugar a la distancia, alejado de ella.

¡Se siente tan sola!

Las otras gallinas se mueren de risa.

“Ajajá... jijijí... toooooc...

Toocojoj... está enamorada. Lola está enamorada...

“Si para lo único que sirvo es para que se burlen de mí, ¡me marchó!”, dice Lola llorando.

Y se va.

Pero, ¿a dónde?

Al bosque...

De prisa, Lola.

¡Apresúrate! ¡Rápido!

Entonces...

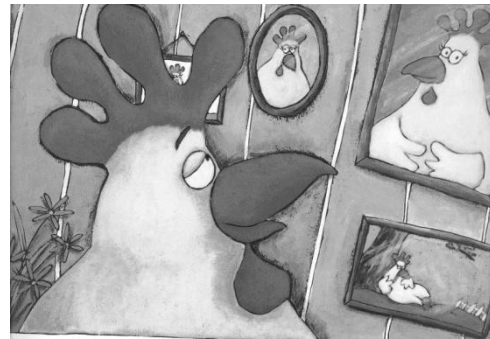
De pronto...

Es Lola.

¿Hmmm?

“¿Me buscabas?”

Y ¡fum!



177. La pobre viejecita

Érase una viejecita
sin nadita qué comer,
sino carnes, frutas, dulces,
tortas, huevos, pan y pez;
bebía caldo, chocolate,
leche, vino, té y café.
Y la pobre no encontraba
qué comer ni qué beber.

Y esta vieja no tenía
ni un ranchito en qué vivir,
fuera de una casa grande
con su huerta en el jardín.

Nadie, nadie la cuidaba
sino Andrés y Juan y Gil
y ocho criadas y dos pajes
de librea y corbatín.

Nunca tuvo en qué sentarse
sino sillas y sofás
con banquitos y cojines
y resorte al espaldar [*en el respaldo*].

Ni otra cama que una grande
más dorada que un altar,
con colchón de blanda pluma,
mucho seda y mucho holán.

Y esta pobre viejecita
cada año, hasta su fin,
tuvo un año más de vieja
y uno menos que vivir.

Y al mirarse en el espejo
la espantaba siempre allí
otra vieja de antiparras [*de anteojos*],
papalina [*gorrito de mujer*] y peluquín.

Y esta pobre viejecita
no tenía qué vestir,
sino trajes de mil cortes
y de telas mil y mil.

Y a no ser por sus zapatos,
chanclas, botas y escaquin [*una clase de*
zapato ligero],
descalcita por el suelo
anduviera la infeliz.

Apetito nunca tuvo
acabando de comer,
ni gozó salud completa
cuando no se hallaba bien.

Se murió de mal de arrugas,
ya encorvada como un 3,
y jamás volvió a quejarse
ni de hambre ni de sed.

Rafael Pombo, *La pobre viejecita*. México, SEP, 1999

178. El regalo del Sol



¿Sabías que el Sol es un regalo para la Tierra? Porque gracias a la energía del Sol, a su luz y su calor, las aguas se mueven, los animales y las plantas viven.

En un pequeño poblado vive Thulani con su esposa Dora; a él le gustaba mucho tomar el sol y no trabajar; uno de sus trabajos era ordeñar la única vaca que tenían, pero un día se cansó de hacerlo, y decidió venderla.

Compró un chivo viejo que no le sirvió para nada; sólo se comía el maíz; su mujer se enojó y le ordenó que se deshiciera del chivo.

Thulani se sintió triste, pues ya no podría pasarse los días descansando bajo el sol como lo había venido haciendo.

Así se pasaba la vida Thulani, comprando y vendiendo animales, y procurando siempre trabajar lo menos posible, para poder descansar bajo el Sol.

En una ocasión vendió unos gansos y compró semillas, como quería su mujer, pero cuando comenzó a crecer lo que habían sembrado se dieron cuenta de que habían plantado girasoles y su esposa Dora comentó: “Esas flores lo único que hacen es seguir el Sol de la mañana a la noche, igual que tú, Thulani.”

Finalmente, las plantas que habían sembrado dieron nuevas semillas, y esas semillas sirvieron para alimentar a las gallinas que Thulani había comprado, y las gallinas dieron más huevos que nunca y a partir de ese momento la vida de Thulani cambió, ya que se dedicó a vender y comprar gallinas, huevos y otros animales útiles; entre ellos una vaca.

Aunque la vida se le había vuelto a Thulani algo más ajetreada, el mejor momento era cuando, después de ordeñar a la vaca, se tendía al Sol.



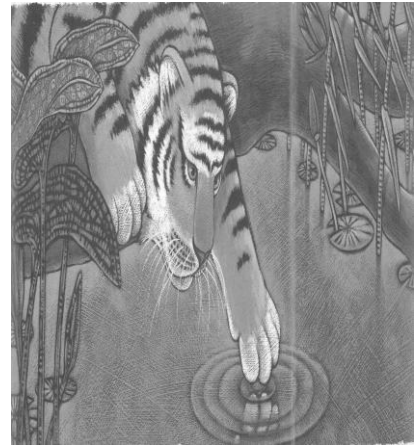
Finalmente, Thulani también recibió un regalo especial del Sol, ¿o no?

179. ¿Quién es la bestia?

Una mañana un tigre se encontraba paseando por la selva. Caminaba muy despacio, moviendo sus patas una tras otra, cuando de pronto se escuchó un grito entre los árboles: “¡La bestia! ¡Vámonos de aquí! Su larga cola sube y baja”, y en eso, unos pájaros salieron volando muy asustados. El tigre, al darse cuenta, salió corriendo de aquel lugar donde había una bestia.

Continuó su camino y entre los árboles nuevamente se escuchó una voz que decía: “¡La bestia, la bestia! Estoy asustado, veo entre las hojas su lomo con rayas negras y naranja.” Era un changuito que al ver al tigre salió brincando por los árboles. Y, nuevamente, al escuchar esto, el tigre salió huyendo de la bestia.

El tigre decidió echarse un rato a descansar y, así acostado, comenzó a mover las patas y a jugar. Cuando de pronto se escuchó una voz que decía: “¡La bestia, la bestia! Veo sus cuatro patas.” Era una abeja que en cuanto terminó de decir esto salió volando. Al escuchar aquella voz asustada, el tigre se levantó y salió corriendo con miedo de que aquella bestia lo fuera a atacar.



Se dirigió a un estanque en la selva y, ya en la orilla, escuchó la voz de una ranita que decía: “¡La bestia, la bestia! Veo sus ojos verdes.” Apenas escuchó esto el tigre se quedó quieto, con miedo de que si se movía la bestia lo fuera a atacar.

Un rato después escuchó otra voz que decía aterrada: “¡La bestia, la bestia! Veo sus bigotes, largos y blancos. El tigre retrocedió lentamente y se acercó a la orilla del estanque. Quiso tomar un poco de agua, pues estaba cansado y sediento de tanto andar huyendo de aquella bestia a la que todos le tenían miedo.

Mientras tomaba agua, una cabecita se asomó y gritó: “¡La bestia, la bestia! Tiemblo de terror. He visto sus garras.” Y se sumergió aquel pez gato que había salido a ver quién estaba en el estanque.

El tigre se puso muy triste. Volteó a todos lados y vio que no había nadie más que él. Se asomó al estanque, vio en el agua su reflejo y se preguntó ¿Quién es la bestia? Muy triste

se contestó: No veo a ninguna bestia, sólo me veo a mí. ¡Yo soy la bestia! Muy triste, se preguntaba ¿Seré yo la bestia? Después de un rato de estar pensando se dijo en voz alta: “Regresaré. Lo tengo que descubrir. Y así el tigre se dio la vuelta y regresó a los lugares que había visitado.

¡Pobre tigre! No sabía que él era la bestia. ¿Qué sucedió después? ¿Volieron a asustarse todos?

Keith Baker, *¿Quién es la bestia?*. México, SEP-Scholastic, 2002

180. No sólo las alas sirven para volar

¿Alguna vez has soñado con tener alas para poder volar? Seguro que sí. Acaso, ¿no te gustaría ser una bella mariposa y volar entre las flores... cruzar libre, como un pato salvaje, los cinco continentes formando en escuadrilla con tus mejores amigos, o desafiar al zorro sin temer a su tamaño porque tus alas te permiten volar?

Tener alas es poder subirse a un árbol y, desde lo alto el mundo mirar.

Pero no todas las alas sirven para volar. Las gallinas las usan sólo para saltar. A las grullas no se les conoce por su vuelo, sino por su altivez y vistosidad. Y a las garzas por su elegancia. Incluso los gansos, que saben nadar, además de volar, prefieren caminar.

Alas o aletas, ¿qué más da? Lo importante es navegar, sea por el aire, sea por el mar.

Y si se tiene imaginación para poder soñar, incluso un ciervo el aire puede surcar, porque no sólo las alas sirven para volar.



Josu García, et al. *No sólo las alas sirven para volar*. México, SEP-Mpc Ediciones, 2005

181. El lobo está cansado

El lobo feroz está cansado. ¡De veras!

–Ya estoy harto, en todas las historias siempre pasa lo mismo –gemía–. ¿Quién tiene que correr para atrapar a los cerditos? Yo. ¿Quién tiene que disfrazarse de abuelita para engañar a caperucita Roja? Yo otra vez. ¿Quién tiene que pelear toda la noche con la cabrita? Otra vez yo. ¡Ya no puedo más!

Entonces el lobo feroz tiene una idea. Le saca punta al lápiz con sus colmillos y empieza a escribir una carta:

“Estimada Caperucita Roja, ¿podrías venir a mi casa el lunes? Tengo algo importante que decirte. Firmado: El lobo feroz.”

Y después añade al final de la pagina: “Te prometo que no es una trampa.”

Y escribe la misma carta a los tres cerditos y a Blanquita, la cabra.

El lunes, el lobo feroz pasea arriba y abajo, nervioso, en la alfombra de su casa, cuando... ¡toc, toc, toc!

Alguien llama a la puerta.

De prisa, el lobo feroz se arregla el pelo con la garra y carraspea para aclararse la voz, prepara su mejor sonrisa, abre la puerta y exclama:

–¡Buenos días! pasen, pasen amigos míos.

Allí están todos. Caperucita Roja, los tres cerditos y Blanquita. No están muy tranquilos.

El lobo feroz toma la palabra:

–Queridos amigos, quiero decirles algo: ya estoy harto. En todas las historias, siempre soy yo el malo.

–¡Claro, siempre quieres comernos! –dice Caperucita Roja.

–¡Pero no es porque yo sea malo, es porque tengo hambre! –responde el lobo–.

Prepárenme otra cosa para comer y no los molestare más.

–No es mala idea, no habíamos caído nunca en ello –se dicen los invitados del lobo.

A la mañana siguiente; regresan con cestas llenas de comida.

Caperucita roja ofrece al lobo una tarta y un tarrito de mantequilla.

“¡Puag! ¡Demasiado grasiento!”, piensa el lobo.

Los tres cerditos le sirven un plato de bellotas.

“¡Puaf! ¡Demasiado duro!”, piensa el lobo.

Blanquita le da una hermosa col.

“¡Es vomitiva!”, piensa el lobo.

–¡A mí, denme un buen asado o una barbacoa o unas brochetas!

Entonces los invitados se dan cuenta de que el lobo empieza a abrir mucho los ojos y se relame el hocico... ¡Es hora de salir corriendo!

En un santiamén, Caperucita, los tres cerditos, y Blanquita desaparecen en el bosque.

El lobo feroz se dice que, después de todo, un poco de ejercicio le sentará bien.

Y se calza sus zapatos para correr silbando una canción:

“Sal al bosque a pasear, cuando el lobo no está...”

¿Qué va a hacer el lobo? ¿Qué se imaginan?

Bertrand Fichou, “El lobo está cansado” en *El gran libro del lobo feroz*. México, SEP-Juventud, 2006.

182. La princesa Casilda, I



Hoy, mañana y pasado mañana vamos a leer una misma historia, así que hay que poner atención para seguirla.

En el planeta Rabicún los niños iban a una escuela más o menos como ésta de ustedes. Como a ustedes, a ellos les encantaba ir, pues los maestros enseñaban cosas entretenidas y en los recreos el patio era un buen lugar para jugar.

Pero entre los niños de Rabicún, había una niña que no podía jugar ni disfrutar como los demás. Esa niña era Casilda, la hija del rey, que estaba obligada a aprender infinidad de cosas que no le gustaban para nada, como cocinar, tocar el piano, entender los idiomas que se hablaban en los planetas cercanos a Rabicún...

Cuando Casilda protestaba, el rey, su padre, se ponía de muy mal humor.

-¡Casilda!, ya te he explicado miles de veces que algún día tendrás que casarte con un príncipe y reinar en algún planeta. Así que tienes que conocer diferentes idiomas.

-Pero, papá, ¿por qué tengo que cocinar y aprender buenos modales?

-¡Silencio! ¡No me discutas! Una princesa debe estar bien educada, saber tocar el piano y aprender a comportarse como una reina.

¡Pobre Casilda! No tenía más remedio que callarse y obedecer, mientras miraba por los balcones del castillo cómo los demás niños saltaban y corrían por el patio de la escuela, y veía, muy enojada, cómo su hermano Julián estudiaba matemáticas y aprendía a montar a caballo y a navegar por el río.

-¡No sé por qué tengo que estar aburrida todo el día; encerrada en el castillo, sin poder jugar con mis amigos!

Cuando terminaban las clases en la escuela, Juana se acercaba al castillo y llamaba a su amiga para jugar juntas un rato.

-¡Casilda! ¡Casilda! Baja corriendo, tengo mucha prisa para llegar a mi casa.

-¿Qué pasa, Juana? -contestaba Casilda, bajando de tres en tres las escaleras del castillo- ¡Qué escándalo estás haciendo!

-Tengo que llegar pronto a la casa para ayudar a mis padres a terminar un ropero que van a presentar en la feria.

-¿Un ropero? -preguntó Casilda, mientras las dos amigas caminaban juntas- ¿Tú sabes hacer armarios?

-¡Claro que sé! Es muy divertido. El mes que viene hay una gran feria y vendrá mucha gente para ver los muebles que hacemos. Mis padres son muy buenos carpinteros, ¿sabes?, y llevarán a la feria un armario que ya está casi terminado.

-¿Puedo ayudarlos? Me encantaría aprender.

-¡Claro que sí! -contestó muy contenta Juana- ¡Ya verás que la pasaremos muy bien!

Y las dos amigas salieron corriendo.

Muy bien, mañana seguiremos con la historia de Casilda, así que no vayan a olvidar lo que leímos hoy.

Patricia Barbadillo, "La princesa Casilda" en *Rabicún*. México, SEP-SM, 2002.

183. La princesa Casilda, II

Acuérdense de lo que leímos ayer. La princesa Casilda se aburre de estar encerrada todo el día en el castillo de su padre, el rey. Pero un día se va con su amiga Juana para ayudarla a hacer un ropero.

Casilda muy pronto aprendió a pegar, a lijar, a clavar, a decorar y a dibujar la madera. A partir de aquel día todas las tardes, después de que Juana iba a la escuela, la acompañaba a su casa.

–Cada día me hace más feliz hacer muebles –le contaba a su amiga–. Me gustaría hacer sillas, mesas, miles de cosas preciosas; pintaría de muchos colores la madera para alegrar las casas de la gente... –Casilda se quedaba ensimismada, pensando y pensando...

–Y, ¿por qué no lo haces? –pregunto Juana.

–¿Yo? No sabes lo que dices. Mi padre nunca me dejaría; quiere que aprenda cosas aburridísimas, pues cuando sea mayor me tendré que casar con un príncipe y seré reina – contestó Casilda con una cara bien triste.

–De todas formas podrías intentarlo sin que el rey se entere.

–¿Y cómo? ¿Dónde encontraría un lugar para trabajar?

–Mis padres seguro te dejarán su taller y te darán madera, y todas las herramientas necesarias.

–¿Estás segura? –preguntó Casilda más animada.

–¡Claro! Y podrás estar en la feria. Al darse cuenta de lo importante que es para ti la carpintería, tu padre no tendrá más remedio que dejarte hacer muebles.

–Es buena idea, pero la feria ya será dentro de una semana y no me dará tiempo a tener algo terminado.

–Te ayudaremos todos. Avisaré a mis amigos y ya verás que habrá tiempo suficiente.

Juana seleccionaba las tablas más bonitas.

Su hermano Julián se dedicó a entretener al rey para que no sospechara nada, para que no se diera cuenta de la ausencia de Casilda por las tardes.

Casilda decidió que quería hacer un sillón enjoyado. El más hermoso sillón que jamás se hubiera hecho.

¿Logrará su propósito Casilda? ¿Cómo reaccionará el rey cuando se entere de todo este asunto?

184. La princesa Casilda, III

Hoy terminaremos con la historia de Casilda. El rey no sabe que su hija, por las tardes, se convierte en carpintera.

Finalmente llegó el gran día. Los padres de Juana habían llevado el sillón; así que, cuando la feria se inauguró, ya estaba reluciendo bajo el sol, con centenares de piedras incrustadas que brillaban alegremente y provocaban la admiración de todo el que pasaba.

–¿Quién hizo este sillón? –se preguntaban los visitantes– Se ve que es un artesano formidable.

La llegada del rey a la feria se anunció con un fuerte toque de trompetas.

El rey avanzaba poco a poco, felicitando a los carpinteros, hasta que llegó el lugar donde se encontraba el sillón de Casilda.

–¿Qué maravilloso sillón! ¿Quién es el artesano que lo hizo? Quisiera comprárselo y felicitarlo por su trabajo.

–Majestad –explicó el padre de Juana–, el artesano que ha realizado esta maravilla quisiera regalársela, pero con una condición.

–¿Cuál es esa condición? –contestó el rey, cada vez más encaprichado con el sillón.

–Que lo deje instalarse en Rabicún, y que le dé su palabra de que podrá trabajar como carpintero.

–¡Concedido, concedido! –Contestó el rey–. Quiero conocerlo. ¿Dónde está? ¿Quién es?

Se produjo un gran silencio. Todo el mundo quería conocer al gran artista. Casilda avanzó unos pasos, pero el rey ni se fijó; seguía mirando hacia todos lados.

–¿Quién es? ¿Por qué no se acerca? Su petición está concedida.

–Papá... –susurró Casilda.

–¿Qué pasa, Casilda? ¿Qué quieres? –respondió su padre.

–Es que, mira, ese sillón... –tartamudeaba la niña asustada, imaginándose el regaño de su padre– resulta que ese sillón lo hice yo.

–¿Tú? ¿Pero qué dices, niña? ¿Cómo que tú lo hiciste? ¿Me quieres tomar el pelo? –gritó el rey, ya rojo de lo enojado que estaba.

–Sí, yo lo hice. ¿Verdad que está bonito?

–¡Pero tú tenías que estar estudiando! Me has engañado, me has visto la cara. ¿Y tus clases de idiomas, de buenos modales, de cocina?

–Majestad –intervino el padre de Juana–, Casilda es una magnífica carpintera y lo ha demostrado; usted prometió que...

–Sí, sí, ya lo sé –refunfuño el rey–. Y si lo prometí, así será.

–¡Hurra! ¡Bravo! –gritaron los niños.

–¡Bravo! ¡Muy bien! –aplaudió la gente.

Y así fue como el rey consintió que Casilda se pasara el día amontonando viruta, pegando patas, aserrando tablas... Lo cierto es que, conforme pasaban los días, el rey se sentía cada vez más orgulloso de la habilidad de su hija. De todos los planetas cercanos a Rabicún venía gente para admirar los muebles de la princesa. Y yo que los vi, les aseguro que nunca, nunca he contemplado roperos, sillas ni mesas tan bellos...

Así termina la historia de Casilda, la princesa-carpintera.

Patricia Barbadillo, “La princesa Casilda” en *Rabicún*. México, SEP-SM, 2002

185. Hermano de los osos

Otra vez tenemos una historia que vamos a leer en dos partes. La de un muchacho que estaba solo en el mundo y quería compañía. Todos necesitamos amigos y parientes que nos acompañen.

En tiempos muy lejanos, cuando los animales todavía hablaban el lenguaje de los hombres, vivía en el territorio de los indios un muchacho que pensaba que nadie lo quería porque era muy torpe.

No podía trepar a los árboles tan bien como los otros muchachos del poblado.

Tampoco sabía nadar ni bucear muy bien, y en las carreras siempre era el último.

Los padres del muchacho murieron cuando él era pequeño.

No había nadie para cuidarlo, salvo su tío, que era el mejor cazador del pueblo.

El muchacho deseaba convertirse también en un buen cazador. Cuando su tío lo llevó con él a cazar, para enseñarle cómo moverse sin hacer ruido, pisó una rama seca, que se partió y les delató.

“Este muchacho nunca llegará a ser un buen cazador”, se dijo el tío, y ya no lo llevó con él cuando iba a cazar.

El muchacho se habría quedado muchas veces sin comer, de no ser por la niña de la cabaña de al lado, que le llevaba comida.

Un día el tío le dijo:

–Ven conmigo a cazar.

El muchacho estaba feliz:

–¿De verdad quieres llevarme? –preguntó.

–Sí –dijo el tío–. ¡Vamos!

Y marcharon hacia el bosque. El muchacho se esforzó mucho en caminar tan silenciosamente como su tío. Pero siempre que había una rama seca, la pisaba, a pesar del cuidado que ponía en no hacerlo.

El tío no dijo ni una palabra y siguió caminando, adentrándose en el bosque. Cuando ya habían caminado tanto que el muchacho no sabría encontrar el camino de regreso al poblado, dijo el tío:

–Quédate aquí y espérame.

El muchacho se sentó en el musgo y esperó. Llegó la tarde. Llegó la noche. Bajo los árboles se hizo aun más oscuro. El tío no regresó.

“Mi tío me ha traído tan lejos –se dijo el muchacho– para que no pueda encontrar el camino de regreso. No quiere tenerme en su cabaña. Nunca tuve amigos, pero ahora necesito uno.”

Y gritó muy fuerte:

–¡Estoy solo, no tengo amigos! ¿Hay alguien que quiera ser mi amigo?

Lo gritó una y otra vez.

Como nadie contestaba, se tumbó en el musgo deseando morir.

¡Pobre muchacho! Esta historia parece bastante triste. Espero que mañana se componga. ¿Qué creen ustedes?

Käthe Recheis, *Hermano de los osos*. México SEP-Anaya, 2002.

186. Hermano de los osos, II

¿Se acuerdan del muchacho que estaba tan solo en el mundo que se dejó caer en el musgo deseando morir? Eso lo leímos ayer. Ahora vamos a ver qué sucedió.

De repente el muchacho escuchó correr muchas patas. Se incorporó y pensó que soñaba. Todos los animales del bosque, desde el pequeño ratón hasta el gran oso y el majestuoso alce, se habían reunido a su alrededor.

–Está muy solo –chilló el ratón–; no tiene ningún amigo. Eso no puede ser. Todo el mundo debería tener un amigo. ¿Queremos ser sus amigos?

–¡Sí! –dijeron los animales. ¡Claro que queremos! Uno de nosotros debe adoptarlo. ¿Quién quiere hacerlo?

–¡Yo, yo, yo! –gritaron los animales.

–Así no funciona –gruñó la osa–. Cada uno debe explicar dónde y cómo vive. Después dejaremos que el muchacho elija.

–¡De acuerdo! –contestó el ratón–. Empezare yo. Nosotros los ratones excavamos túneles en la tierra. Ahí abajo está oscuro pero es acogedor. Para comer hay suficiente: semillas, raíces..., todo lo que quieras.

–Ratón –dijo el muchacho–, me gustaría ser tu hijo, pero soy demasiado grande para tus túneles.

–¡Ven con nosotros! –dijo la nutria–. Nadie sabe nadar y bucear tan bien como nosotros. Pescamos peces y cangrejos y jugamos unos con otros.

–Nutria –dijo el muchacho–, me gustaría ser tu hijo, pero no sé bucear ni nadar tan bien como ustedes.

–¡Ven con nosotros! –dijo el castor–. Los castores cortamos árboles y comemos su corteza. Nuestra madriguera se encuentra en el centro del lago. Está caliente hasta en invierno.

–Castor –dijo el muchacho–, me gustaría ser tu hijo, pero no puedo cortar árboles ni comer cortezas.

–¡Ven con nosotros! –dijo la ardilla– Las nueces y las raíces te gustarán. Trepamos a los árboles y saltamos de rama en rama. Ya verás qué bonito es.

–Sí, sería bonito –dijo el muchacho–, pero no puedo trepar bien ni saltar de rama en rama.

–¡Ven con nosotros! –dijo el lobo–. Nadie camina tan calladamente como nosotros. Con nuestro fino olfato olemos cada presa. ¡Qué emocionante es cazar en manada! Te gustará.

–Sí –dijo el muchacho–, eso me gustaría. Pero no sé andar silenciosamente.

–¡Ven con nosotros! –dijo el alce–. Somos grandes y fuertes y te protegeremos.

–¡Ven con nosotros!– dijeron los lince y los gatos salvajes.

La liebre y el conejo, la marta y el mapache, todos los animales le preguntaron al muchacho si quería vivir con ellos.

La osa fue la última que habló:

–¡Ven con nosotros! –dijo–. Paseamos por el bosque, nos alimentamos de bayas y sabrosas raíces. Yo tengo dos pequeños en mi cueva con los que puedes jugar. Y cuando haga frío, mi piel te calentará.

–Sí, mamá osa –dijo el muchacho–, quiero ser tu hijo y el hermano de tus cachorros. ¡Pensé que no tenía ningún amigo y ahora tengo muchos!

¡Qué bonito final! Y a ustedes, ¿con quién les gustaría vivir?

Käthe Recheis, *Hermano de los osos*. México SEP-Anaya, 2002.

187. Qué es el azúcar

Un día, un niño que estaba celebrando su cumpleaños sopló con todas sus fuerzas y apagó con un solo soplido todas las velas del pastel. Y su madre le dijo: –Ayer me pasé todo el día haciendo tu pastel y hoy, en un momento, nos lo comimos todo.

–Es que somos un poco golosos –comentó el abuelo– ¿Qué haríamos si no tuviésemos azúcar?

–¿Por qué? –preguntó Beatriz, la hermana menor.

–¿No sabes que sin azúcar no podríamos hacer golosinas? Y no encontraríamos sabrosos los helados, ni los flanes, ni los turrone...

El abuelo preguntó al hermano mayor:

–Oriol, ¿sabes de dónde viene el azúcar?

–Sí, de la caña de azúcar, o del betabel.

Y el padre añadió:

–Hay vegetales que contienen azúcar. Y también la leche y la miel. Pero en poca cantidad. Y no es igual al que conocen. Es otra clase de azúcar. El azúcar es un alimento muy importante. Da energía y calor. A nosotros nos conviene tomarlo mucho. Si van de excursión, lleven siempre terrones de azúcar o caramelos. Cómanlos si están fatigados. Pronto se sentirán fortalecidos.

Amelia Benet, *Qué es el azúcar*. México, SEP–Teide, 1980.

188. Suená México

Ayer tuve fiebre a la noche y hoy no fui a la escuela.

Desde la ventana de mi casa todo el día oigo México que suena.

Antes del desayuno, a la mañana suena el señor que recoge la basura, la campana **Tilín,**

Tilín

(y salió mi padre corriendo para ver si lo alcanza).

Después vino el agua para beber de la garrafa.

Se oyó el **gaaaas** para calentar el agua.

El afilador de cuchillos y tijeras tocó su flauta.

Llegó un camión con fruta y se quedó un rato en la esquina:

Lléveese a diez pesoos la bolsa, señooraaa, de naranjaass, a diez pesoos el kiloo de pláátanooo, el kiiiloo de tomatees, le traeeemos, esta veeez a su casaaa, la papaaaaya a doce peeesooos.

Por la tarde suena la bocina y yo ya sé que viene el chavo del pan dulce en su bicicleta con corbatas y cuernitos y teleras. **BBIIP,**

BBIIPP.

El señor de los tamales no se puede confundir porque canta tamaleees calientiiitoos, oaxaqueeeñoos, pero yo ya cené y me voy a dormir.

A lo noche de repente se oye el silbido del camote dulce del camotero: nos asusta y despierta al bebé y al perro.

Lo que más me gusta de todo es a la hora de la siesta, cuando pasan tocando el tambor y la trompeta y mi mamá y yo les echamos una moneda.

Annuska Angulo *Suena México*. México, SEP-Rocío Mireles Gavito, 2006.

189. Historia de un pájaro bobo

¡Hola! Soy un pájaro bobo de patas azules.

Me dicen bobo porque piensan que soy muy torpe para aterrizar y porque dicen que soy muy fácil de atrapar, pero eso no es verdad, simplemente es que no soy miedoso.

Vivo en una isla. Esta isla era un volcán que nació en medio del mar. Ahora el volcán está extinto, por eso muchas aves decidimos mudarnos de aquí.

Cuando era yo un pollo no tenía las patas azules, pero comí todos los peces que mis papás me servían, por eso, ahora soy un bobo muy sano con patas azules.



Estoy buscando una bonita boba que quiera hacer un nido conmigo.

Para que me volteen a ver, les chiflo cuando pasan.

Los bobos machos le declaramos nuestro amor a las hembras bailándoles una danza. Es una danza muy especial.

Primero extendemos las alas, alzamos una pata, mientras levantamos hacia el cielo la cabeza y la cola. Al mismo tiempo les entonamos un suave silbido.

Cuando la hembra nos acepta, construimos juntos un nido sobre el suelo para formar una familia de bobos. Generalmente ponemos dos huevos, de los que salen unos pollos muy lindos.

Los dos papás cuidamos mucho a nuestros hijos, por eso cuando hay que darles de comer, uno se va a pescar, mientras el otro se queda en sus nido.

Martha, Salazar. *Historia de un pájaro bobo*. México SEP-Pluralia, 2006.

190. Algo de nada

Cuando Joseph era muy pequeño, su abuelo, que era un sastre, le hizo una preciosa manta para que durmiese calentito y para ahuyentar los malos sueños.

Pero pasó el tiempo para Joseph, y también para su preciosa manta.

Un día su mamá le dijo:—Mira tu manta, Joseph. Está vieja y deshilachada. Está impresentable. Es hora de tirarla.

—El abuelo la arreglará— dijo Joseph.

El abuelo de Joseph miró la manta de arriba abajo, le dio vueltas al derecho y al revés.

—Hmm —dijo, mientras hacía con las tijeras tris, tris, tras, y daba puntadas con la aguja por aquí y por allá—. Aquí hay suficiente material para hacer una preciosa chamarra.

Joseph se la puso enseguida y salió a la calle a jugar.

Pero pasó el tiempo para Joseph, y también para su preciosa chamarra.

Un día su mamá le dijo: —Mira tu chaqueta, Joseph. Has crecido y ya te queda chica. Es hora de tirarla.

—El abuelo la arreglará— dijo Joseph.

El abuelo de Joseph miró la chaqueta de arriba abajo, le dio vueltas al derecho y al revés

—Hmm —dijo, mientras hacía con las tijeras tris, tris, tras, y daba puntadas con la aguja por aquí y por allá—. Aquí hay suficiente material para hacer...



¿Qué habrá hecho el abuelo? ¿En qué puede convertir la chamarra? No se los voy a decir. Hay que buscar el libro para averiguarlo.

191. El día que naciste

Nunca olvidaré el momento en que naciste. Primero salió la cabecita cubierta de húmedo cabello. Después salió el resto de tu mojado y resbaladizo cuerpo y la comadrona te sujetó con las dos manos.

Soltaste un grito muy fuerte... Parecía increíble que una persona tan chiquita pudiera gritar tan fuerte.

Tú y yo aún estábamos unidas por un largo cordón. Durante los nueve meses que pasaron antes de que nacieras, la comida y el aire viajaron de mi cuerpo al tuyo por aquel cordón. Ahora ya no lo necesitabas.

Por eso la comadrona le puso una pinza y lo cortó con unas tijeras. No nos dolió nada. Alargué las manos hacia ti y la comadrona te dejó en mis brazos.

Papá te besó la cabeza y yo te besé la mejilla. Abriste los ojitos y me miraste un rato.

Poco después, el doctor te echó un buen vistazo y nos dijo que estabas muy sana guapísima.

Papá te abrazó. Estabas muy graciosa y tranquila, en brazos de papá. Tu dedo pulgar se deslizó hacia tu boca y te pusiste a chuparlo. Pronto se te empezaron a cerrar los ojos.

Nacer no te debió de resultar nada fácil... ver la luz, oír nuevos sonidos, sentir el aire... No es raro que estuvieras cansada.

Mientras dormías, entraron nuestros mejores amigos con un osito de peluche para ti. Tu tía abuela se presentó con un triciclo rojo. Tu prima te llevó un dibujo de su perro. Y tu tío no paró de sacarte fotos.

¡Todos se alegraron de conocerte!

De repente te despertaste y empezaste a llorar. Yo te tomé en mis brazos. ¡Pensé que no ibas a parar nunca!

Pero, mientras yo te acariciaba, respiraste hondo... te callaste y empezaste a mamar. ¡Hacías unos ruiditos muy graciosos!

Cuando terminaste de mamar, te sostuve sobre mi hombro y te di unas palmaditas en la espalda.

¡Entonces soltaste un eructo muy fuerte!

Por la tarde vinieron los abuelos. Te hablaron de todas las cosas bonitas que harían contigo... ir al cine, comer helados, colorear dibujos, construir castillos de arena y volar papalotes.

Aunque no tenías ni siquiera un día de vida, les encantó hablar contigo.

Aquella noche, papá rodeó tu manita con aquella mano suya tan grandota y tú le agarraste un dedo con una fuerza tremenda.



Después papá se quedó dormido y tú también, sin soltar su dedo.

Te miré acurrucada entre papá y yo, les di un beso a los dos. Me daba la sensación de que te conocía de toda la vida.

Pídeles a tus papás que te cuenten cómo fue el día en que naciste.

Robie H. Harris, *El día que naciste*. México, SEP-Serres-Océano, 2004

192. Penélope y los monstruos

Penélope es una pequeña con graves problemas a la hora de dormir: aparecen monstruos de todo tipo en su habitación. Por si fuera poco, su padre no cree que existan esos seres. Así que para evitar su aparición, ella promete que no se dormirá “ni en un millón de billones de años”.

Al salir su padre de la habitación los primeros que aparecen son los gnomos, escondidos en la cómoda. Papá regresa y, luego de una exhaustiva búsqueda, no los encuentra.

A ellos siguen los duendes, ocultos en el closet, que tampoco son encontrados.

Enseguida aparecen los gigantes debajo de la cama, lo cual colma la paciencia de su papá, que sólo le ordena dormir desde el pasillo.

Ante esta falta de apoyo, hacen estragos en la cama, la cómoda y el closet, todos los monstruos juntos.

Hasta que Penélope se enfada, se arma de valor y dice “¡Basta!” Y los hace salir de su cuarto.

Los monstruos, al ver que ya no causan el efecto deseado, se retiran sin siquiera despedirse, pero no se van del hogar; únicamente se mudan... al cuarto del papá, quien ahora oye ruidos en su recámara.

Sheri Radford, *Penélope y los monstruos*. México, SEP-Cordillera de los Andes, 2006.

193. Si le das una galletita a un ratón

Si le das una galletita a un ratón, te pedirá un vaso de leche. Una vez que le hayas dado el vaso de leche, posiblemente te pedirá un helado. Cuando haya terminado, te pedirá una servilleta.

Después, querrá mirarse en un espejo para asegurarse de que no tiene leche en el bigote.



Al mirarse en el espejo, se dará cuenta de que necesita cortarse el pelo. Así que posiblemente te pedirá unas tijeritas.

Cuando se haya cortado el pelo, querrá una escoba para barrer el piso. Comenzará a barrer.

Se entusiasmara tanto, que terminará barriendo todas las habitaciones de la casa. Incluso, hasta lavará los pisos.

Una vez que haya terminado, probablemente querrá dormir la siesta.

Tendrás que prepararle una cajita con almohada y colcha. Se acomodará en la cama, y sacudirá la almohada varias veces.

Posiblemente, te pedirá que le leas un cuento. Le leerás un cuento de tus libros y te pedirá que le enseñes los dibujos. Al ver los dibujos, le gustarán tanto que él también querrá dibujar. Te pedirá papel y lápices de colores. Hará un dibujo.

Cuando haya terminado el dibujo, querrá firmarlo con una pluma. Entonces, querrá pegar el dibujo en la puerta del refrigerador. Y para eso necesitará cinta adhesiva. Pegará el dibujo y dará unos pasos hacia atrás, para verlo mejor.

Al ver el refrigerador se acordará de que tiene sed. Así que... te pedirá una galletita.

Laura Joffe Numeroff, *Si le das una galletita a un ratón*. México, SEP-Scholastic, 2002.

194. El papalote y el nopal

“Adiós, adiós”, le dijo a la lagartija; “Adiós”, le dijo a las flores, “Me voy a conocer el mundo”. Subió agitando su cola en señal de despedida. “Adiós”, le gritó a un gorrión mientras seguía volando.

Miró hacia abajo y vio todo tan pequeño: las plantas y las flores se habían convertido en manchones verdes, a veces salpicados de puntos como confeti. El diminuto sonido de las campánulas, el aleteo de las mariposas, todo se perdió allá lejos, mientras el papalote se elevaba. Un zumbido enorme cortó el aire.

Alarmado, el papalote buscó la causa: un águila pasó rozando cerca, muy cerca de él; su ala tocó la cauda y estuvo a punto de arrancársela. “De la que me he salvado –dijo el papalote–, el águila no sólo me habría dejado sin mi cola, sino que también habría rasgado mi hermoso cuerpo.”

Poco a poco, el papalote fue adquiriendo valor para gozar el rapidísimo viaje por las alturas. Cada vez más alto, suspiró: “Quiero llegar hasta las nubes, hasta donde el águila no pueda hacerlo. Entonces seré más fuerte.”

Abajo ya no se distinguían los puntos de colores entre las manchas verdes. Desde esa altura jamás habría creído que existieran mariposas o flores o lagartijas que, ansiosas, esperaban los rayos del sol.

Siguió volando y el cielo se asomaba en trocitos, por huecos como ventanas, entre la blanca espuma de las nubes. El papalote empezó a temblar de gusto. Estaba a punto de llegar. Al fin se acercó a una nube y se metió en ella.

De pronto sucedió algo muy raro: parecía que se hubiera olvidado de volar. “¿Qué me sucede? –se preguntó asustadísimo– me estoy cayendo.”

El papalote, empapado con las gotas de lluvia de la nube, se hizo tan pesado que se desplomaba.

Caía... caía... caía... sin remedio sobre una gran mancha de color café. Alcanzó a ver un pájaro que desapareció; no vio a nadie más y por fin acabó por derrumbarse.

195. Los fantasmas en mi cuarto

Cuando llega la noche...

El abrigo es un GIGANTE
que me mira fijamente.

El sombrero y la sombrilla
son un OGRO en una silla.

El florero con la rosa
es una araña PAVOROSA.

El armario, un ELEFANTE
que se acerca amenazante.

Y la luna en la ventana
es un monstruo que me LLAMA.

Y yo siento que a mi lado
hay un tigre agazapado.

Veo bichos en cada esquina
y mi llanto se aproxima

Cierro mis ojos
y oigo sus pasos

Sé que ya están acá
y llamo a mi MAMÁ

Ella llega presurosa
y su cara primorosa
aleja monstruos, bichos, miedos
y deja sólo AMOR alrededor.

Celso, Román *Los fantasmas en mi cuarto*. México SEP-Santillana, 2008.

196. Querida Abuelita

Vamos a leer dos cartas. Una de Carlos a su abuelita, y la otra, lo que su abuelita le contesta. A veces escribir una carta es la manera de comunicarnos con alguien que está lejos. Pero también se le puede escribir a los abuelos aunque vivan en la misma casa que uno.

Querida abuelita:

La casa nueva está bonita, pero todavía no tenemos cortinas.

Cuando me fui a dormir, mi mamá tuvo que colgar una sábana.

Te extraño mucho.

Te quiere,

Carlos.

Mí querido Carlos:

Después de ver el plano de tu casa creo que debe estar preciosa.

Te estoy haciendo unas cortinas para tu cuarto.

Te quiere mucho,

Tu abuelita

P.D. Yo también te extraño muchísimo.

Claro que ahora nos comunicamos por telégrafo, por teléfono, por celular, por correos electrónicos... Pero escribir una carta es algo especial. Uno tiene más tiempo para decir las cosas con más cuidado, con más detalle. ¿Quién me escribe una carta? Pueden dictarla, por supuesto.

197. Me gusta leer

Me gusta leer de todo y en todas partes.



Libros y revistas de ciencia y de aventuras, historietas con héroes y villanos, algunas noticias del periódico, cuentos, poesías, recetas de cocina, folletos, anuncios, papelitos, cartas de amor, y mensajes con secretos.

Por eso leo en el camión rumbo a la escuela, en vacaciones, en los juegos del parque, en todos los rincones de mi casa, Y hasta a escondidas en el salón de clases.

Aquí nadie tiene que leer a escondidas. Porque todos los días, para leer mejor día con día, dedicamos veinte minutos a la lectura, además de estos breves minutos en que siempre leemos para comenzar bien el día.

Liliana Santirso y Leonid Nepomniachi, *Me gusta leer*. México, SEP-Amaquemecan, 1992.

198. El caldo de pollo de la abuela

De todos los remedios que la gente ha intentado durante miles de años para ayudar a la gente con gripa a sentirse mejor, resulta que el caldo de pollo posiblemente sea el mejor. La gente lo ha usado como medicina desde hace muchísimos años.

Los doctores saben que beber muchos líquidos ayuda en una gripa, y saben que los líquidos calientes actúan como una fiebre que eleva la temperatura de tu cuerpo y frena al virus. Pero el caldo de pollo parece ayudar incluso más que eso y los doctores no saben explicar por qué.

En un experimento, los investigadores le dieron a un grupo de enfermos de gripa, mucha agua fría. Al segundo grupo le dieron la misma cantidad de agua caliente, y al tercer grupo, caldo de pollo caliente. La gente que tomó el caldo de pollo se alivió de muchos de los síntomas de la gripa, especialmente la congestión, que las de los otros grupos.

Trudee Romanek, "El caldo de pollo de la abuela" en *¡Achuuuú!*. México, SEP-Planeta Mexicana. 2007.

199. Oscuro, muy oscuro

Había una vez una llanura oscura, muy oscura.
En esa llanura había un bosque oscuro, muy oscuro.
En ese bosque había una casa oscura, muy oscura.
En esa casa había una oscura puerta, muy oscura.
Tras esa puerta había un oscuro vestíbulo, muy oscuro.
En ese vestíbulo había unas escaleras oscuras, muy oscuras.
Al subir esas escaleras había un pasillo oscuro, muy oscuro.
Al final de ese pasillo había una cortina oscura, muy oscura.
Tras esa cortina había una habitación oscura, muy oscura.
En esa habitación había un armario oscuro, muy oscuro.
En ese armario había un rincón oscuro, muy oscuro.
En ese rincón había una caja oscura, muy oscura.
Y en esa caja había... un ratón, ¡muerto de miedo!



Ruth Brown, *Oscuro, muy oscuro*. México, SEP Océano, 2007.

200. Mi abuelo es poeta

Un poeta es una persona que juega con las palabras como si fueran piezas de un rompecabezas.

○ como si fueran clips, o papelitos de colores o plastilina.

Un poeta toma en sus manos las palabras, las junta y les da forma. Y construye figuras muy bonitas.

○ a veces logra que las palabras juntas suelten música. ○ que suenen chistoso.

Esto no lo puede hacer cualquiera. Sólo los poetas.

Por eso, estoy muy orgullosa de mi abuelo, porque es poeta y puede hacer que las palabras huelan a fresas, o que arrojen chispas o te enseñen los dientes.

La semana pasada, por ejemplo, para que me durmiera, me regaló un poema chiquito, de tres palabras.

**Arrullo
de mar**

Me dejó el poema en el buró y apagó la luz. En un ratito empecé a oír las olas, el viento, las gaviotas, la noche quietecita. Y me quedé dormida bien pronto.



Toño Malpica, *Mi abuelo es poeta*. México, SEP-Progreso, 2007.

201. La importancia de los zapatos

Usted seguro sabe que los zapatos generalmente se venden en una zapatería (pero también se pueden encontrar en muchas otras tiendas).

Pues bien, si se asoma a una de ellas podrá darse cuenta que los zapatos vienen de dos en dos, y que los hay de todos tipos: zapatos, zapatillas, de agujetas, de tacón, de piel, de tela, pantuflas, botas, sandalias.

A todos se les conoce como zapatos.

Déjeme platicarle que, a pesar de haber hecho una profunda investigación, no pudimos dar con el inventor del zapato.

Buscamos en libros, preguntamos a los viejos más viejitos y nadie sabe quién los inventó.

Cuando se les preguntó a los viejos más viejitos ellos buscaban en su mente, miraban al cielo, se rascaban la barbilla y soltaban un “em.... mm.... no, no recuerdo el nombre, pero sé la historia del hombre que usaba un solo zapato”.

Otros dijeron que fue un famoso señor Zapata.

Algunos me contaron alguna leyenda.

Yo creo que en realidad sucedió lo siguiente:

El hombre, hace muchísimos años (cuando dejó de ser todo peludo), sintió frío en sus pies y al caminar descalzo por todos lados siempre traía los pies bien sucios, así que para no tener que bañarse a diario tomó la decisión de cubrirlos con algo. Y claro, así los protegía. Se inventaron así distintos tipos de zapatos según el clima en que se habitara.

Desde entonces los zapatos siguen siendo lo mismo: vienen de dos en dos, tienen suela, muchos son de piel y tienen algo para sujetarlos al pie o al tobillo.

Después, con el paso del tiempo, el hombre descubrió que los zapatos servían para muchas cosas más:

Para ser más alto.

Para bailar como estrella de cine, para subir montañas, para reconocer a un payaso, para jugar fútbol y meter un golazo.

Los zapatos sirven para quitárselos y andar descalzo.

Los zapatos nos llevan. Con ellos podemos llegar casi a cualquier lugar. Los zapatos sirven para ser minero, para brincar en los charcos.... hasta para ir al Banco. ¿Acaso has visto a alguien descalzo ahí?

Gracias a los zapatos existen los zapateros que se especializan en cuidarlos.

Y gracias a los zapatos existen y tiene trabajo los boleros.

Pero a mí me gustan los zapatos porque con ellos puestos ...

no me tengo que bañar a diario.

202. Romeo y Julieta

Había una vez un enorme elefante, grande como una montaña: su nombre era Romeo y era feliz.

Bueno, casi...

Solamente tenía un pequeño problema. Un problemita de nada, pero que le molestaba mucho.

Era tímido, muy, muy tímido. Por nada se ponía rojo, se ruborizaba de la cabeza a los pies. Era terriblemente molesto. Sus amigos le llamaban “Tomate” y eso le hacía enrojecer aún más. A su alrededor veía al flamenco rosa, la cebra blanca y negra, la jirafa amarilla y el cocodrilo verde. Eso era normal.

Pero un elefante rojo, ¡eso es ridículo! Un elefante siempre es de color gris.

Había adoptado la costumbre de salir cuando la sombra pinta de negro todos los colores y viste las formas de misterio.

En uno de los paseos nocturnos, escuchó una vocecita que le susurraba en las orejas: “Eh, despistado, vigila dónde pisas. No estás solo en el mundo. A mí también me gusta la calma de la noche”.

Las nubes se alejaron y la luna aclaró la escena. “Hola, me llamo Julieta, ¿y tú?”

“Yo, Romeo, pero todos me llaman Tomate porque me ruborizo constantemente...”

Romeo es un nombre muy bonito y el rojo es mi color preferido. Así estás muy bien”.

Romeo estaba encantado: nunca le habían hablado así.

Se sentía ligero como una pluma. La vida era bella.

“Llévame a ver el océano”, dijo Julieta.

“¡Con tus enormes patas, seguro que no está lejos!”.

Contemplaron el continuo movimiento de las olas que mueren en la orilla de la playa. Allí donde abarcaba su vista se extendía un enorme tapiz azul. Se quedaron largo tiempo fascinados por la infinita línea del horizonte.

“Ves, el cielo, a veces, también es rojo”, dijo Julieta.

“Estoy muy bien contigo”, suspiró Romeo.

“Yo también”, le confesó Julieta.

Romeo estaba impaciente de ver a los suyos para contarles su dicha.

“¡Salud, Tomate!”, gritaron los elefantes a coro.

Romeo empezó a enrojecer, enrojecer, enrojecer...

“¡Hola!”, dijo Julieta muy educadamente.

“¡Ahhh Una ratita”, gritaron los elefantes verdes de miedo.

“Parecen un grupo de ensaladas”, pensó Julieta.

Así fue como Romeo reencontró el placer de pasearse tranquilamente al sol.

Por supuesto todavía se ruborizaba a menudo, pero sabía que era encantador.

Julieta y Romeo todavía dan numerosos paseos a la luz de la luna. Nunca se separan porque están muy bien juntos. Así de simple.



Mario Ramos, *Romeo y Julieta*. México, SEP-Celística, 2006

203. Mis manos

¡Cu cu!

¿Juegas con los dedos?

¿Cuentas con los dedos?

Si lo haces, sabes lo mismo que sé yo.

Tengo dos manos.

Una mano izquierda y una mano derecha.

Cada mano tiene cinco dedos.

Cada dedo tiene un nombre.

Se llaman:

Pulgar

Índice

Medio

Anular

Meñique

El pulgar es el dedo más gordo.



El índice es el que señala.

El medio es el dedo más largo.

El anular es el que lleva los anillos.

El meñique es el más pequeño de todos.

Algunos lo llaman también “auricular”.

Cada dedo tiene una uña. La uña protege el dedo. Con las uñas puedo recoger cosas muy pequeñas.

Junto las manos. Los dedos de la mano derecha tocan los mismos dedos de la mano izquierda.

Ahora estiro los dedos. Hay dos que son diferentes de los demás. ¡Los pulgares!

Se apuntan el uno al otro mientras que los otros señalan hacia arriba o hacia abajo.

Los pulgares señalan hacia arriba o hacia abajo, mientras que los otros dedos apuntan a un lado y a otro.

Con el pulgar puedo tocar los otros dedos.

Utilizo el pulgar para agarrar o sujetar cosas. Intenta sujetar un lápiz sin utilizar el pulgar.

Intenta abrocharte los botones sin utilizar el pulgar. Intenta hacer chasquear tus dedos sin el pulgar. No es fácil. Siempre utilizamos nuestros pulgares.

Ésta es la palma de la mano. Puedo sujetar cosas en mis palmas. Uso las palmas para hacer bolas de nieve.

Empleo las palmas para acariciar, aplaudir, o para modelar la arcilla.

La yema de los dedos es muy sensible. Me indican si toco algo rugoso, caliente, liso, frío o espinoso.

Soy zurdo. Algunas personas son diestras. ¡Algunos incluso son ambidiestros!

Pueden valerse de ambas manos para hacer cosas.

Utilizo las manos para escarbar o hacer cosquillas, comer, espantarme las moscas, rascarme o martillar.

Utilizo las manos para tocar música y para jugar.

Las personas emplean sus manos para trabajar o jugar, y tú también lo haces.

Pon las manos en la cabeza. Mira cuánto tiempo puedes aguantar sin necesitarlas.

Aliki Brandenburg, *Mis manos*. México, SEP Celistia, 2005.

204. Listos, cámara, acción...

¡Ven conmigo! Vamos a conocer a alguien igual a ti, pero diferente.

Alguien que quizá no puede caminar igual que tú, ni ver las mismas cosas, ni escuchar los mismos sonidos, ni aprender al mismo ritmo.

Pero al igual que tú, aprende a abrocharse los zapatos y como a ti, le gusta jugar a la casita.

Le gusta trepar escaleras como chango. Le gusta imaginar que es invisible, jugar a las escondidillas y reírse de la risa.

Al igual que tú, va feliz a la escuela porque ahí están sus amigas y amigos.

En la escuela aprende a leer, a escribir y a descubrir los secretos que guardan las letras y los números.

Y si no pueden ver, aprende de su maestra a leer con la yema de los dedos.

Y si no puede oír, aprende de su maestra a hablar con las manos.

Y si no puede caminar, aprendemos a esperarlo para que no se quede atrás.

A veces se aburre, pero otras veces el tiempo pasa volando, como cuando asiste al teatro.

Si lo molestan se enoja, si le duele llora, y cuando se cae se levanta de inmediato como lo haces tú.

Aun sin ver como vemos tú y yo, puede disfrutar de sus amigos, cuidar una tortuga o compartir la hora del recreo.

Aun sin escuchar los mismos sonidos que escuchamos tú y yo, goza cuando siente el ritmo de la música, y baila.

Aun sin caminar de la misma manera que lo hacemos tú y yo, puede jugar a la pelota y echarse por la resbaladilla.

Todos somos diferentes y especiales.

¿Qué nos hace iguales a ti, a mí y a todos?

205. Cinco diablitos

En una lejana llanura había cinco estatuas solitarias.

Dentro de cada estatua vivía un diablito.

Cada día salían y se maravillaban con todo lo que los rodeaba.

Un día decidieron tomar el objeto que más les gustaba.

Uno tomó el Sol, otro tomó la tierra, otro tomó el cielo, otro tomó el mar, otro tomó la Luna.

Escondieron sus tesoros en cada una de sus estatuas, y los admiraban. Pero pronto comprendieron que...el Sol no podía sostenerse sin el cielo, el cielo no tenía lugar donde estar sin la tierra, la tierra empezó a morirse sin el agua del mar, el mar no se movía sin la ayuda de la Luna, y la Luna no podía brillar sin la luz del Sol.

Entonces decidieron...volver a poner todo en su lugar.

Y otra vez se maravillaron con todo lo que los rodeaba.



Sarah Dyer, *Cinco diablitos*. México, SEP-Planeta Mexicana, 2007.

CONTENIDO

- Presentación
1. Los colores
 2. El día y la noche
 3. Flor chiquita
 4. ¡Qué rico banquetel!
 5. Cuántas palabras
 6. La abeja
 7. Ronda del enredo
 8. Un puñado de besos
 9. El traje nuevo del emperador
 10. Ahí vienen los monos
 11. Colas
 12. Huesos
 13. Mi trabajo como hada de los dientes
 14. La boda del conejo
 15. “Querida señora La Rue”. Cartas desde la Academia Canina
 16. En las playas
 17. Los delfines
 18. Los duendes de la tienda
 19. Las mentiras
 20. El coco coco cocotero
 21. Pero, ¿dónde está Ornigar?
 22. Un corazón que late y late
 23. Un hombre cualquiera y los pepinos
 24. El elefante y su hijo
 25. Adivinanzas
 26. Margarita
 27. Gustavo va a la escuela
 28. Un azul muy especial
 29. ¿Qué quieres ser?
 30. Los colibríes
 31. Ronda de la niña de mis ojos
 32. Un amigo
 33. La pulga y el camello
 34. ¡Ay señora mi vecina!
 35. Redondo
 36. Historia verídica
 37. El señor don gato
 38. El arca de Noé
 39. Los pregones de Juan Bobo
 40. Palabras para conocer el mundo
 41. La mosca vanidosa
 42. Los compadres
 43. Amapolita. Coplas
 44. La tortuga y los patos
 45. El desierto
 46. La piel es nuestro escudo
 47. Adivinanzas nahuas
 48. La liebre y el elefante
 49. Recuerdo
 50. El campesino y los pasteles
 51. Hechizo para deshechizarse
 52. El mundo de los insectos
 53. ¡Cuánta gente!
 54. El aire y las nubes
 55. La semilla
 56. Suma de ecos
 57. Vista de gato, oído de perro
 58. El paseo de Chapultepec
 59. La piñata
 60. Canción de cuna para despertar a un niño
 61. Tierra

62. Veinte ratones
63. Las risas del monte
64. Del cacao al chocolate
65. Canción de los constructores
66. ¿Por qué nos comunicamos?
67. El lagarto
68. Se va a caer el mundo
69. Nariz de papá, cabello de mamá
70. La cenicienta
71. Trabalenguas
72. Las burbujas
73. El pájaro carpintero y el tucán
74. Cajitas frutales
75. La muerte y el pelón
76. ¿A qué sabe?
77. Libélula
78. La matraca traca
79. El gato con botas
80. Pedro y el árbol de dinero
81. No puedes ver tus huesos con
binoculares
82. El país de la fantasía
83. La camella bailarina
84. Una polla pinta. Coplas
85. La tierra de arena
86. Mambrú
87. Las colas de cerdo
88. Más que un par de alas
89. El duende que jugaba canicas
90. Los secretos del agua
91. La luna empieza a salir
92. El león y el mosquito
93. El hombre feliz
94. ¿De qué se hace el pan?
95. Ricitos de Oro y los tres ositos
96. El sueño de Camilo
97. La Tierra es redonda
98. Cancioncilla
99. ¿Por qué tienes hambre?
100. El peinado de la tía Chofi
101. La nariz
102. Las hormigas
103. Pulgarcita
104. Un podador
105. La caja
106. Festín congelado
107. ¿En dónde tejemos la ronda?
108. ¿Qué son los sentidos?
109. Aventuras de Picofino
110. El convite del zorro y la cigüeña
111. Hola bebé
112. Avestruz y otros animales
113. El enmascarado de lata
114. El águila
115. Jorna, el horno
116. Ripios y adivinanzas del mar
117. Las siete cabritas y el lobo
118. Cómo aparecieron las cuevas y las
montañas
119. La edad de la basura
120. Así nace una rana
121. Canción
122. Ruiditos
123. La mariposa y el grillo
124. En espera de la lluvia
125. Los fantasmas no existen
126. El señor de los siete colores
127. Flotación e inmersión

128. La cometa
129. La liebre y la tortuga
130. Todo un mundo de lágrimas
131. Ese picudo llamado tucán
132. Teseo y el Minotauro
133. La hormiga y la cigarra
134. En el pasado
135. El lobo y el perro
136. ¿Qué tienen? Adivinanzas
137. El pozo de los deseos
138. El Sol y sus amigos
139. Mi visita a los dinosaurios
140. D de despedida
141. La canción de la rana
142. La sombra de la escalera
143. Rayos y truenos
144. El mago
145. Plumas
146. El zorro y el gato
147. Inés del revés
148. El lobito bueno
149. Estaba la calavera
150. Felix no tiene ganas
151. El mundo está lleno de bebés
152. La lengua se vuelve loca con estos frutos
que hacen agua la boca
153. El ratón joven y el ratón viejo
154. El pantano de la belleza escondida
155. Caminito de la escuela
156. Resurrección
157. Dientes
158. El sonido
159. Hormiga de noche
160. El agua lo trajo, el agua se lo llevó
161. Lola Álvarez Bravo: cazadora de
imágenes
162. Por la vía de los sentidos
163. Lobo valiente
164. Conozco los alimentos
165. Stelaluna
166. El globo de Francisco
167. Adivinanzas indígenas
168. ¿Cómo dicen mamá las jirafas?
169. La ardilla
170. Ernesto, el león hambriento
171. El cuervo y el zorro
172. Viaje a la luna
173. ¿Por qué a los niños les da miedo la
oscuridad?
174. Ahora no, Bernardo
175. Yo siempre te querré
176. Lola
177. La pobre viejecita
178. El regalo del sol
179. ¿Quién es la bestia?
180. No solo las alas sirven para volar
181. El lobo está cansado
182. La princesa Casilda I
183. La princesa Casilda II
184. la princesa Casilda III
185. Hermano de los osos
186. Hermano de los osos II
187. Qué es el azúcar
188. Suena México
189. Historia de un pájaro bobo
190. Algo de nada
191. El día que naciste
192. Penélope y los monstruos

193. *Si le das una galletita a un ratón*

194. *El papalote y el nopal*

195. *Los fantasmas de mi cuarto*

196. *Querida abuelita*

197. *Me gusta leer*

198. *El caldo de pollo de la abuela*

199. *Oscuro, muy oscuro*

200. *Mi abuelo es poeta*

201. *La importancia de los zapatos*

202. *Romeo y Julieta*

203. *Mis manos*

204. *Listos, cámara, acción...*

205. *Cinco diablitos*